VIDA, Y PASSION
DE LA SANTA MARTYR
EUDOCIA,
SAMARITANA,
SACADA DE SUS ANTIQUISSIMAS
Actas,
POR EL P. Fr. THOMAS DAVILA,
del Orden de San Agustin.

Segunda impresion.

Año de 1736.

CON LICENCIA: En Madrid: A costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mag. Se hallarà en su Imprenta, y Libreria, Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste.

A LA MADRE PRIORA;

Y

RELIGIOSAS CARMELITAS

DESCALZAS

DEL CONVENTO DE SANTA ANA

de esta Corte.

EN el Sacratissimo Libro de los Canticos, oygo, que dice Dios à aquella Alma escogida, y santa: *Vèn à mi Huerto, Hermana, y Esposa mia.* Y despues se refiere, que *la vieron las Hijas de Syon, y la predicaron Beatissima.* Ellas son las flores, y azucenas de su Huerto, y la llevò à èl el alborozado Esposo, para que la viessen, y la admitassen; no permitiendo à otros ojos el examen de su hermosura, ni fiando de otros entendimientos la debida ponderacion de su virtud, y su gracia

Cant. 5

Cant. 6.

Delito fuera en mi, sabiendo el gusto discretissimo de Dios, no seguirle, y proponer à los ojos de el ignorante, y profano Vulgo la singularissima perfeccion, y hermosura de Santa Eudocia, digna de ser atendida solo de Almas ilustradas, y puras. *Los hijos de este siglo son mas prudentes, que los hijos de la luz*, dice Christo, Señor nuestro, en su Evangelio: Son mas linçes, y astutos acà en sus arrastrados cuydados, y en las cicaterias de la tierra; pero para lo de el Cielo son unos topos; porque què entienden ellos de los rapidos buelos de un alma àzia el Empyreo? Lo proprio es, què mostrarle à la pesada tortuga la velocidad con que la Paloma rompe los ayres, y el arrebatado ardimiento, con que la coronada Aguila se remonta por las nubes.

No quiere Dios, que Santa Eudocia salga de sus Jardines; y yo la conduzgo à los de el Carmelo, por muchas razones. En ellos es muy particular el asseo, y la fragrancia, su silencio mayor, y su clausura. Santa Eudocia, como escarmentada, y herida, cobrò tanto aborrecimiento al bullicioso, y perverso mundo, que aun aora, desde los Astros, mira con ceño la amar-

amarga tierra ; por cuyos triſtes campos vagò un poco de tiempo ſu alma, errante ſuera del centro. Deſde que conociò ſu engaño, y ſu deſdicha, huyò eſtremadamente de ſu inquietud, y rumor, y nunca mas à ſu blanca veſtidura ſe llegò el polvo: Agravio fuera de ſu puro eſpiritu, no colocar ſu eſtatua en el ſilencio, pureza, y retiro de el floridiſsimo Carmelo.

Viviò Santa Eudocia en aquellos primeros ſiglos de la Chriſtiandad, y en tiempo cercano à los Apoſtoles: entonces eſtaba el celeſtial fuego en ſu fuerza, como poco antes deſprendido de las alas de la Divina Paloma, viendoſe aun todavia las llamas, y lenguas ſobre las cabezas de muchos, que encendian en igual fervor à otros. Confieſſo, que en las leyendas de los Santos me llevan mas las de aquel ſiglo de oro, en que florecia la Igleſia, y germinaba con mas fuerza, como recien regada con la Sangre del Cordero, y cultivada por los Jardineros, que el Divino Hortelano dexò inſtruidos en el arte de deſmontar las malezas, y bolverlas en vergeles.

Entonces eſtaba el Sol en ſu fuerza, acalorando eſte terreno frio, y los dorados eſcudos

despedian vistosissimos reflexos; El fuego de Santuario, era fuego, y aora, si le buscamos, hallarèmos agua crassa: Lastimosos siglos! Desgraciadas edades las que alcanzamos! La Fè de algunos, y la virtud de pocos, es el unico consuelo que queda; y bolviendo la atencion al Carmelo de Santa Theresa, està muy seguro. De èl dixo el insigne Maestro Augustiniano Fr. Luis de Leon, en aquel celebrado Prologo, que hizo à las Obras de la Santa Madre, dedicandosele à la V. Madre Ana de Jesus, Fundadora de esse Religiosissimo Convento de Santa Ana, y demàs Religiosas de èl, estas formales palabras: *Y en esta vejèz de la Iglesia, tuvo por bien* (Dios) *de mostrarnos, que no se envejeze su gracia, ni es aora menos la virtud de su espiritu, que fuè en los primeros, y felizes tiempos de ella; pues con medios màs flacos en Linage, que entonces, haze lo mismo, ò casi lo mismo que entonces.* Pues donde mejor florecerà, como de nuevo, Santa Eudocia, parto hermoso de la Primavera de la Iglesia, que entre las Carmelitas Descalzas, cuyo Huerto passea, y vivifica aquel primero vigoroso Austro de la Gracia?

Estas razones justifican la Oferta, que à V.V.

V.V. RR. hago de esta Vida; corta à la verdad, por lo que à mì toca; grande en sì, por los motivos que trae, para engrandecer las obras del Altìssimo, y ponderar las mudanzas que hace la diestra del excelso.

S. Greg. homil. 33. in Evang. San Gregorio afirma, que la penitencia, y lagrimas de Magdalena pueden enternecer un corazon de piedra; y queriendo elogiar à tan ilustre Santa, confiessa el Santissimo Pontifice, que tenia mas prompto el llanto, que el estilo: à qualquiera le sucederà lo mismo con Santa Eudocia, si advierte los lances de su Vida. Un tesoro es, si bien se mira, para quien supiere apreciarle; y à ser possible, aquella preciosa caxa, que el engañado Alexandro hizo custodia de la iliada de Homero, debia serlo de la Vida de esta Santa, y de este Libricto, que aunque pequeño, contiene assumpto de mas valor, y hazañas, no de Heroes fabulosos, sino de alma inclita, que batallò gloriosa con el Abysmo, y Mundo, y sellò sus victorias con su sangre.

Disculpado quedo, aun en mi juicio, de llegar al umbral de essa sagrada clausula, con este breve, y compendioso escrito. Mi afecto

à las hijas de Santa Thereſa es cordial, y preciſo; las razònes de union, y mutua caridad ſanta entre tan eſclarecida Familia, y mi Religion Sagrada, ſon muy eſpeciales: Dèxo el aver ſido las dos Religiones juntamente regiſtradas en el Concilio General Lugdunenſe. El averſe criado nueſtra Santa Madre Thereſa de Jeſus en el Convento de Aguſtinas de Avila, donde confieſſa aver viſto en aquellas Santas Religioſas mucha mortificacion, aſpereza de vida, y exemplos de virtud, paſſo à otros motivos, ſi no mayores, mas particulares.

La Ven. Madre Ana de Jeſus, Coadjutora de Santa Thereſa, y Fundadora de eſſe Santo Monaſterio de Santa Ana de eſta Corte, fue tan de afecto Auguſtina, como ſe vè en el familiar trato que tuvo con diferentes Padres de mi Orden, y eſtimacion, que hizo de ellos. Juntò los originales eſcritos de N. Santa Madre Santa Thereſa, y los entregò de ſu mano al P. Maeſtro Fray Luis de Leon en Madrid, à quien los avia remitido el Conſejo Real: *Tal Corrector ſe debia à tan grandes Obras*, dice el *Lib. 4. cap. 12.* Iluſtriſsimo ſeñor D. Fr. Angel Manrique en la Vida de la Ven. Ma-

Madre. Ella, y por ella, la Mageſtad de la Emperatriz Doña Maria, le encomendaron el Libro, no tanto como à Comiſſario del Conſejo, para la Aprobacion, quanto como à hombre de tan grande autoridad para la correccion de los traslados por ſus originales, aſsi en aquel, como en los demàs libros de la Santa. Diò la Cenſura el Padre Maeſtro, y hizo el Prologo, de que arriba hablamos, dedicado à la miſma Venerable Madre Ana de Jeſus, de quien ſolia decir, y ſe lo oyeron muchos: *Que quando ſe huvieran perdido la oracion, y meditacion, ſe hallàran en Ana de Jeſus; y que ſabia, ſin aver eſtudiado ella, harto mas que èl, con ſus años de Eſtudios, y de Cathedras.*

Correſpondiòſelo muy bien la Ven. Madre, la qual, eſcriviendo à una Religioſa de ſu miſma Orden, la dice: *Pidole à V. R. por el grande amor que nos tenemos, me ayude ſiempre con ſus oraciones, y las ofrezca muchas vezes por el Padre Maeſtro Fr. Luis de Leon, que ſe lo debemos todas, yo mas que perſona à otra en la tierra; Preſto irà à eſſa; tratele V. R. que es muy ſanto, y para quanto noſotras hemos meneſter, tiene mucho caudal de Dios, con grande deſeo de ſervir à ſu Mageſtad,*

tad, en hacernos bien: Harto nos ha hecho aqui, en cosas de que gozarà toda la Orden, que ha avido ocasion, &c. Explicò este gran Varon el libro de Job, à ruegos de la misma Venerable Madre, à quien se le dedicò.

Los sugetos mas calificados de esta Orden de San Agustin, en esta Provincia de Castilla, veneraron intimamente à la Venerable Madre Ana de Jesus, è hicieron de ella tan alto concepto, como se vè en sus Deposiciones, y trae en su Vida el mismo señor *Lib.4.cap.12.* Don Fray Angel Manrique.

Aquel gran Santo (dice) Fray Alonso de Orozco, Agustino, tambien solia decir: *Que el saber de la Madre Ana de Jesus no era saber de el suelo, y que no creìa que huviesse entonces en el Mundo otra como ella.* Este testimonio es de gran monta, por ser de un varon tan señalado, cuyo cuerpo oloroso guardamos en este Colegio, esperando su Beatificacion muy en breve.

El Padre Maestro Fray Agustin Antolinez, Cathedratico de Prima en Salamanca, Provincial repetidas vezes de mi Orden, y despues Arzobispo de Santiago, menor en la grandeza de

esta

ſtos pueſtos, que en la que le adquiriò ſu ſantidad, y de quien ſe cree, que ha llegado à hacer milagros, tenia por Oraculo de ciencia infuſa à la Venerable Madre, y conſultaba con ella (lo miſmo hicieron otros cèlebres Maeſtros) la inteligencia de los Verſos mas dificultoſos de el Pſalterio, y de puntos dificiles de Theologìa Myſtica, Moral, Poſitiva, y Eſcolaſtica, y en publico concurſo de la Univerſidad fundaba ſus opiniones, en que aſsi lo ſentia la Madre Ana de Jeſus, que para èl era prueba concluyente: Eſto hacian hombres tan eminentes en literatura, y tan exemplares en virtud: afrenta de otros, que tienen el juicio muy diſtante de el ingenio, y preſumen, que aun los Sabios no los alcanzan.

Compitieron con el Maeſtro Antolinez la Cathedra de Eſcritura otros cèlebres Maeſtros de otras graviſsimas Religiones. Tomò poſſeſsion de ella, pero no tan pacificamente, que quedaſſen en ella ſeguro. Interpuſieron apelacion contra èl, y ſe temia del ſuceſſo. Los Religioſos de San Aguſtin (dice el ſeñor Manrique) acudieron à conſultar à Ana de Jeſus, como pudieran à un Oraculo Divino, y oyeron de

 de su boca: *La Cathedra será el Padre Maestro Antolinez, y el Cathedratico de Escritura; ó si no lo es, no creerè mas à mi espiritu.* Assi lo dixo la Venerable Madre al Padre Maestro Fray Diego de Guevara, entonces Provincial de mi Orden, con quien, mientras viviò, tuvo mucha intimidad, escriviendole muchas cartas tambien desde Francia, y Flandes.

Tratò tambien con el celeberrimo Maestro Fray Basilio de Leon, à quien pidiò traduxesse en Latin las Obras de Santa Theresa, y debiò de estàr la traduccion tan adelante, que tuvo la Venerable Madre la impression Latina por comenzada, y le embiò à pedir un libro de ella para el Confessor del Archiduque Alberto, pero no sabèmos saliesse à luz.

Noticiosa, sin duda, de todo esto la señora Infanta Doña Isabèl Clara Eugenia, Señora de las Provincias de Flandes, por cesion de su Hermano el señor Phelipe III. encargò al Padre Maestro Fray Basilio escrivièsse la Vida de la Venerable Madre, yà difuntas pero apenas lo intentò, quando le faltò la suya, poniẽdo fin dichoso à sus trabajos, y estudios, por cuya caus

causa; encargò este cuydado la señora Infanta al Padre Maestro Fray Angel Manrique, que fuè quien la escriviò elegantissimamente, como todo consta de copia de Carta de su Alteza, que trae al principio del Libro.

Estos hombres tan grandes de mi Religion, tan atendidos de la Venerable Madre, Fundadora de esse Santo Convento, y tan estimadores de esta gran Muger, y de sus Hijas, me han dado aliento para ofrecer à V. V. R.R. esta Obra, y renovar de passo la memoria de los singulares favores, que debimos à la Venerable Madre, y de la estrecha inclusion, que huvo entre ambas Familias. En el siglo, las que hacen aprecio de aver emparentado, ponen cuydado en renovar con repetidos matrimonios el vinculo de sangre, en que una vez se enlazaron. La caridad es el lazo de oro, y el mas estrecho; y los Augustinos, aunque tan descuydados en otros intereses, no debemos dexar que se olviden estos blasones.

La gustosa memoria de ellos, me ha hecho dilatar esta Dedicatoria, mas de lo que juzguè. Pido à V.V.R.R. reciban con benignidad este corto obsequio, y alaben à Dios en esta glo-

rio-

riosa Santa; y à mi me alcancen, con sus oraciones, gracia para servirle. De este Colegio de la Señora Doña Maria de Aragòn de Madrid, Orden de nuestro Padre San Agustin, à 26. de Agosto de 1699.

De V.V. R.R.

Humilde Capellàn, y seguriſsimo Siervo,

Fr. Thomàs
Davila.

APRO-

APROBACION DEL P.M.Fr. FRANCISCO de Avilès, Regente de Theologia en el Colegio de la señora Doña Maria de Aragòn de està Corte.

POr mandado de V. P. M. R. he visto un Libro, intitulado: *Vida, y Pasion de la Santa Martyr Eudocia, Samaritana, escrita por el P. M. Fr. Thomàs Davila, Regente jubilado de este Colegio, y Chronista de nuestra Sagrada Religion, por esta Provincia de Castilla.* Y aunque en obedecer no ay riesgo, mi obediencia se halla oy amenazada de un peligro, porque el cordial afecto con que al Autor estimo, expone mi Censura à la de sospechosa; pues lo que atiende el cariño, antes suele aprobarlo la voluntad inclinada, que el ingenuo entendimiento: (a) *Quid periculo- sius! Censura pro Censura clamat.* (b) *Quod nobis corde est, facilè comprobare solemus.* Pero si quando alienta la razon, para que resuene el merecido aplauso, no ha menester respirar el amor para el elogio, essempto me hallo de la nos

(a) *Acursio, citado de Farinacio, consil. 169.*

(b) *Zonaras.*

nota de Censor apasionado; con que sin riesgo obedezco el precepto, que V. P. M. R. me concede. Antes que le lograsse, debì al Autor el buen rato de leer este Libro; pero como quien mira con buenos ojos un objeto, no se satisface, sin atenderle repetidas vezes: (c) *Amanti semel aspexisse non sufficit*; rindo à V. P. M. R. las debidas gracias, por el mandato con que me ofrece nueva ocasion de bolver à reparar lo que empezè à leer con gusto, proseguì curioso, y acabé admirado.

(c) S. Gregorio.

Es digno empleo de ingenios elevados, por ser de importancia grande, escrivir las Vidas de los ilustres Santos, para proponer à todos los que viven en la tierra un exemplar, y espejo, en que mirando, se compongan sus costumbres: (d) *Semper quid operæ pretium fuit illustrium Sanctorum scrivere vitas, ut sint in speculum, & exemplum, ac quoddam veluti condimentum vitæ hominum super terram.* Asi la Romana providencia ponia à vista de todos

(d) D. Bernard. in Præf. ad vitam Sancti Malachiæ.

Ima-

Imagenes; ò Estatuas de los insignes Heroes; para que leyendo en ellos hazañas valerosas, se resolviessen generosos à imitarlas: *Ut eius virtutes non solùm legerent, sed etiam imitarentur.* Este es el fin zeloso con que el Autor de este Libro nos ofrece una imagen tan parecida à Santa Eudocia, que desmintiendo el Castellano Proverbio, que vocèa: *Entre lo vivo, y pintado ay muy grande diferencia*, no permite, que la atencion mas perspicàz señale alguna del sagrado original à este retrato; pues con tanta viveza nos propone la heroyca resolucion, con que Santa Eudocia despreciò los alhagos del Mundo, moviendo à que la imitassen, que no pudiera persuadirnos con mas eficacia Santa Eudocia viva, que Eudocia aqui copiada de Pinzèl tan diestro, que mezclando su eloquencia pura las sombras de la noche, que padeciò Santa Eudocia, con las luces que el Sol Divino se dignò franquearla, dispone (sin moler) tan vivo colorido, para copiar esta maravillosa Obra de la Divina Diestra, que no avrà vista, que al registrar sus lìneas, no quede rendida al suave golpe de sus resplandores.

(e) *Valer. Maxim. lib. 5. cap. 8.*

Maravilloso se manifestò Dios en nuestra Samaritana Santa Eudocia ; pues si imitò à la otra Samaritana escandalosa , obscureciendo à *Heliopolis* , con las tinieblas de su hermosura incauta , tambien siguiò el exemplar de aquella muger insigne , arrepentida, y zelosa , ilustrando los entendimientos de sus Ciudadanos , para que con las luces de la Fè Divina se transformasse en verdadera *Ciudad del Sol Divino* , tan dichosa Patria. Prodigio fue este de la piedad Divina ; pero entre los beneficios , que franqueò à Santa Eudocia el celestial Esposo , no es el menor averle concedido este Historiador tan discreto, que aya engastado las piedras preciosas de sus heroycas virtudes en el oro de su eloquente vena , copiosa de erudicion con que le esmalta , enlazando fielmente el hilo de la Historia , con sus discretas Sentencias , para atraer los corazones con Joya tan preciosa, adornada de tantos desengaños, como palabras, y de tanta eficacia en sus razones , que con suave violencia arrastra, como que inclina la voluntad mas rebelde. Consiguiò este discreto lo que deseaba Plutarco: (*f*) Quisiera , dice ingenioso, imprimir en

(*f*) *Plutarc. lib. de Aud. Poes. init.*

en este Libro la virtud del Ametisto; porque es piedra, que atrae las voluntades. (g) Esto logra nuestro Autor con gran ventaja; porque si enternece con dureza aquella piedra, este devoto Libro ablanda al corazon con discrecion suave.

(g) *Theofrast. lib. de Lapidibus.*

Pequeño parecerà este Libro para retratar original de perfeccion tan grande; pero *Arte*, y *Naturaleza* defienden al Autor de esta Censura: *Censura pro censura clamat.* El *Arte*, porque su primor excelso es reducir à breve espacio la idèa mas crecida. En un grano de mostaza nos copiò el pincel Divino la Celeste Machina. (b) Tambien le defiende la naturaleza; pues como dice mi Glorioso Padre: *Plus habent admirationis, quæ mollis minimum habent.* (i) En la mas pequeña Obra se obstenta mas admirable la sabiduria del Autor Supremo; y assi, un pequeño diamante vale mas, que mucho oro; y poco oro, mas que mucho cobre.

(b) *Matth. 13. v. 31.*

(i) *P. Aug. 22. de Civ. Dei, cap. 24.*

(l) *Mantuan. lib.4.*

(l) *Sic Auri pondera parvi Exuberat prætio, numerosos æris acervos. Sic Adamas punctum Lapidis precioſius Auro eſt.*

Esta rica Joya, y esta perfecta Imagen, me ordena V.P.M.R. que repàre, previniendo, si hallare algun defecto. Y aunque el pincèl de Protogenes corre medroso sobre las lineas de Apeles, y à la sutìl solidèz de tan precioso engaste, no se atreve la tosca lima de mi Censura ruda, disculpando mi obediencia la accion; que sin guiarla precepto tan soberano, fuera arrojo. Digo, que en cada linea, que el sutilissimo pincèl de este Autor tira, forma una estampa à su aplauso, y en cada punto, que su burìl toca, abre espaciosa senda, por donde corra seguro de caer en adulacion qualquier elogio.

Tanto dista este Libro de oposicion à nuestra Santa Fè, y sanas costumbres, que antes aquella se aviva, inflamandola el fervor con que nos propone la de Santa Eudocia, y à estas se alientan nuestros corazones, por las discretas razones, con que nos persuade. Por estos motivos juzgo, que V.P.M.R. no solo le dè la licencia

cia, para que en el precioso candelero de este Libro manifieste à todo el mundo la brillante luz de Eudocia, (*m*) que no merece aver estado oculta, sino que con su mandato le impela à que lo execute, para que en el merito de su obediencia empieze à cobrar los reditos de el caudal, que en esta devota Fabrica hypoteca su aplicacion zelosa, de la mayor gloria, que consiga (*n*) pue gue para nuestro Padre, (*n*) publicando sus obras tan perfectas, que le acreditan digno Hijo de aquel Espiritu rendido, y elevado. Bien merece, que la Religion premie el trabajo, con que solo solicita acreditarla, ayudandole à que no queden en retirado Lethreo sepultadas las aguas cristalinas, con que se enriqueze el caudaloso mar de las universales noticias, que ha adquirido, y liberal ministra su eloquencia. Assi lo siento, salvo, &c. En este Colegio de Doña Maria de Aragon, Orden de N.P.S. Augustin de Madrid, à 10. de Enero de 1699.

(*m*) *Matth. c. 5. vers. 15.*

(*n*) *Matth. c. 5. v. 15.*

Fr. Francisco de Avilès.

LICENCIA DE LA ORDEN.

Dió su licencia el muy Reverendísimo Padre Maestro Fray Diego de Villoria, Provincial de esta Provincia de Castilla, del Orden de N.P.S. Augustin, para que se imprima esta Vida, despachada en el Convento de Madrigal en 7. de Febrero de 1699.

APRO-

APROBACION DEL R.mo P. M. Fr. Miguel Varona, Rector de el Colegio de la señora Doña Maria de Aragon.

POr comiſsion del ſeñor Doctor Don Alonſo Portillo, y Cardos, Vicario de la Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. he viſto *la Vida, y Paſsion de la Glorioſiſsima Martyr Santa Eudocia, Samaritana*, ſu Autor el M. R. P. Maeſtro Fray Thomàs Davila, Regente que fue de los Eſtudios en el inſigne Colegio de la ſeñora Doña Maria de Aragon de eſta Corte, y Chroniſta de el Orden de nueſtro gran Padre San Aguſtin: Bien poca letra, mucho eſcrito, y hallè la mas eſparcida vida de quantas à *Heliopolis* dieron luſtre, recopilada en ſagrada, veridica Novela, yà reducida à la Caſa de el que es verdadero Sol: Si antiguamente encanto, que fue de una Babylonia, yà glorioſa habitante en la triunfante Syon.

Breve es la Vida, que el Padre Maeſtro Da-

vila dà à la Estampa, que no es lunar de lo bue-
no ser poco lo que es mejor, antes sì es va-
lentìa de la accion, dice el Discreto, que el
todo, siendo por esfera mucho, se reduzca à
la parte, que es tan poco: (a) Breve digo, que es esta Vida,
sin duda, que es para todos
escrita; pues la mas larga, es
muy breve, (b) por mucho
que el mortal viva. Para todo
es; pues siendo, por malos
de nuestros pecados; delin-
quentes primero, y despues
arrepentidos: Si en los prime-
ros tercios de la Vida de Eudo-
cia la vimos tan pagada de sus
deslices, à costa de sus tropiezos, finalmente la
contemplamos penitente, y martyr, labrandole
los tormentos la palma, y sus austerezas la co-
rona, que aun parece, que quando S. Ambro-
sio, hablando de la Magdalena, dixo à todos los
mortales: Si traxeres por exemplar de tus ofen-
sas à esta Magdalena pecadora, considerala tù
tambien exemplo de peniten-
cia. (c) Para nuestro desenga-
ño, y nuestro exemplo, ha saca-
do

(a) *Sen. Magni Artifices est clausisse totum in exiguo.*

(b) *Eccl. cap. 10. n. 11. Omnes potentatus, brevis vita.*

(c) *Amb. Si vis sequare errantē, sequere penitētē*

do à luz este Chronista Vida tan prodigiosa, que alienta à los hijos de Adàn à seguir los ultimos tercios de su Vida, borrando los torpes passos, que diò en la juventud: En esta Vida hallan todo quanto necessitan aprender, para saberse salvar. Y pues para todo es, no se les niegue à los Fieles el consuelo, que tendràn en que se dè à la Estampa Obra que es de tanto provecho para las almas, y no tiene cosa que sea contra nuestra Santa Fè. Assi lo siente mi dictamen, salvo meliori. En este Colegio de la señora Doña Maria de Aragòn de esta Corte en 28. de Enero de 1699.

Fr. Miguèl Varona.

Apro-

AProbò eſte Libro por orden de ſu Mag. y Señores de ſu Real Conſejo de Caſtilla, el Reverendiſsimo Padre Maeſtro Fr. Juan Campuzano, Calificador de la Suprema, tres vezes Abad, Difinidor, y Maeſtro General del Numero de la Religion del Glorioſo Padre San Bernardo, como mas largamente conſta de ſu Aprobacion original. Su fecha en Madrid en 24. de Enero de 1699.

LI-

LICENCIA DEL CONSEJO.

Tiene licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad, para por una vez imprimir, y vender este Libro, intitulado: *Vida, y Passion de la Santa Martyr Eudocia, Samaritana,* como mas largamente consta de su original. Madrid 24. de Julio de 1736.

D. Miguèl Fernandez Munilla.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

EL señor Doctor Don Alonso Portillo y Carlos, Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, por el Eminentissimo señor Cardenal Arzobispo de Toledo, diò licencia para imprimir este Libro, su fecha à 5. de Febrero de 1699. firmada de Manuel de San Martin, como mas largamente consta de su original.

FEE DE ERRATAS.

DE orden del Consejo he visto este Libro, intitulado: *Vida, y Passion de la Santa Martyr Eudocia, Samaritana*, y corresponde en todo con su original. Madrid, y Julio 28. de 1736. años.

Lic. D. Manuel Garcia Alessón.

Corrector General por su Mag.

TASSA.

TAssaron los Señores de el Consejo Real de Castilla este Libro, intitulado: *Vida, y Passion de la Santa Martyr Eudocia, Samaritana*, à seis maravedis cada pliego, como consta de su original. Madrid, y Agosto 4. de 1736.

AL

AL LECTOR.

QUalquiera que hiciere caso de los varios juicios de los hombres, no hará en toda su vida cosa de provecho. Discutriendome algunos inclinado à escrivir, me han dicho, que Vidas de Santos es poco assumpto: tengo lastima à su entendimiento, y à sus cortas noticias: si tuvieran mas, hicieran otro concepto, y reformàran su delayrado juicio.

Merecen esta agria censura, y se la doy, fiado en aquel documento Divino de la Sagrada Escritura: *No quieras ser humilde en tu sabiduria, no sea que humillado caygas engañado en la necedad.* La humildad, tan encargada al Sabio, y al Christiano, ay lances en que puede ser dañosa. No solo el presumido, tambien el demasiado humilde, comete grandes desaciertos; y esse es el que mas por pusilanimidad, que por moderacion de animo, desampàra el recto dictamen que seguia. Procurarè no caer en este yer-

Eccles. c. 13.

yerro; ni dexarme llevar de entendimientos aſſeglarados, que todo lo diſcurren, y lo votan àzia el lado de alcanzar nombre, eſtimacion, y fama, yo no la pretendo, porque hà dias, que me tiene convencido el diſcretiſsimo Cancelario de Inglaterra, y glorioſo Martyr Thomàs Moro, que dixo:

Thom. Mor. Epigram. de glor. & populi iudicio.

Maxima pars hominum,
fama ſibi plaudit inani,
Atque levis vento fertur in Aſtra levi:
Quid tibi fama facit?
Toto lauderis ab Orbe,
Articulus doleat, qui tibi fama facit?

Quando no fuera eſto tan cierto, y claro, y aſpiràramos à tener nombre, y honor entre las gentes, las Vidas de los Santos nos corrigieran eſte deſordenado afecto. Eſſo tiene de grande eſte aſſumpto, aprovecha, y no envanece, deleyta, y no precipita. Gaſten otros, ſi quiſieren, ſu tiempo en otros afanes; yo emplearé dulces horas en tan util eſtudio.

Eſta Vida de Santa Eudocia junta à la utilidad el guſto, y con èl es mas cierto el fruto; por-

porque quando la tierra se esponja con la blan-
da lluvia, nada se pierde del ro-
Eccles. c. 43. cìo del Cielo: *Mira el arco ce-*
leste, (dice el Ecleſiastico) *y*
bendice al que le hizo: El Cielo gyra con el circui-
to de su gloria, y las manos del excelso se abrie-
ron. Què otra cosa fue Santa Eudocia, que un
hermoso Arco Iris, cuyos varios colores se pin-
taron sobre la negra nube de su primera, y des-
graciada edad? Bendito sea Dios, que entre
nubes de tempestad levantò este arco glorioso
de esperanza; las manos del excelso le erigie-
ron; benditas sean tales manos. Para esto se
publica esta Vida, para que dès gloria à Dios
en esta Santa. *Mira el arco, y bendice à*
quien le hizo.

(JHS)

VIDA, Y PASSION DE LA SANTA MARTYR EUDOCIA, SAMARITANA.

CAPITULO PRIMERO.

Juventud, y vida perdida de Eudocia.

EN los tiempos de Trajano Empe-
rador huvo una muger, por nõ-
bre Eudocia, eficacissimo instru-
mento del demonio, desvelado
siempre en proponer à los hom-
bres amable su ruìna. De linage, y descendencia

Samaritana; pero avia nacido en Heliopolis; Ciudad de Fenicia de el Libano, muy celebrada de los Autores antiguos, y particularmente de los Eccleſiaſticos, por aver avido en ella Cathedra Epiſcopal inſigne, ſufraganea de Damaſco, que era la Metropoli, la qual, aunque con otro nombre, ſe dice, que dura oy, y permanece. Otra Heliopolis huvo en Egypto, muy nombrada, y muy antigua, de quien hizo mencion el Profeta Iſaias. Heliopolis, quiere decir: *Ciudad de el Sol*; y aunque en poblacion, ornato, y edificios, ſe aventajò mucho la de Egypto, aviendo ſido la de Fenicia de el Libano, ò Celeſyria, el Oriente de Eudocia, ſe coronò de mas luces, y adquiriò mejor titulo de *Ciudad de el Sol*, pues lo fue Eudocia ſuyo; bien, que al principio oculto en pardas ſombras, y eſcondido entre nubes, que pudieron apagarle, ſi Dios, compaſsivo, y milagroſo, no huviera hecho reſplandecer la luz enmedio de las tinieblas, para deſpique ayroſo de ſu ciega ira, y tropheo alegre de la gracia.

Era la hermoſura de Eudocia tan ſingular, y rara, que con un cierto genero de natural encan-

tanto; trastornò à muchos, y los puso en cautiverio, sin que su ruina, y perdicion miserable, pudiesse contrastar lo bien visto de los lazos en que caìan, y prisiones duras, que les echaba. No solo hizo Eudocia estrago en las libertades, sino tambien en las haciendas, llegando à ser tantas las riquezas que juntò, divertida, y codiciosa, que todos los tesoros de las circunvecinas Regiones se abreviaron en sus Camarines. Tan grande llama de impuro, y ciego amor encendiò en la incauta juventud, con dos hachas; una, la de su natural perfeccion, que era tanta, que no podian los desvelados Pintores retratarla al vivo, ni copiar bien su peregrino semblante; y la otra, la de su cuydadissimo ornato, en que se esmeraba Eudocia, dando al trage tanta alma, que se perdian las de los descuydados, tanto en el asseo, y precio de su vestido, como en la belleza, y actividad de su rostro; à que añadiendo despejo ayroso, desembarazo alegre, chiste discreto, y artificiosas, lubricas acciones, con que pretende la hermosura adelantar su imperio, y saquear el Pais de los humanos sentidos; era Eudocia inevitable hechizo de los ojos, que por su mal la miraban, y atendian.

Gloriabaſe, engañada, de ſus mal gā-nados trofeos, imaginandoſe en el Solio de ſu hermoſura adorada, y rendidos à ſus pies todos aquellos, que con igual engaño la admiraban, y ſeguian. Fabricaban ellos de heridas; y de laſtimas ſus gozos, y Eudocia creìa ſu eſclavitud ſeñorìo, infamando las claras prendas naturales, de que la dotò el Cielo, ſin reparar la inadvertida Moza, que en donde falta entendimiento, y modeſtia, las que parecen perfecciones, que agradan, ſon lunares, que afean; y traſtos, que eſcandalizan.

Corriò la fama del prodigio de hermoſu-ra, que encerraba Heliopolis; y como en otro tiempo à Corintho por Laìs, venian à Fenicia por Eudocia. De las mas diſtantes Ciudades de la Aſsia acudiò gran multitud de mancebos nobles, pretextando ſu viage à Heliopolis con varios, y aparentes motivos, quando no era otro ſu fin, que vèr à Eudocia, y ſervirla, è introducirſe à ſu agrado, con cuydadoſos rendimientos, y opulentos dones. No era eſſa la mayor laſtima, porque entonces los mas en el Aſsia eran Gentiles, è Idolatras, y adorando vanos bultos, y Eſtatuas inſenſibles, caſi ſe puede de-

cir,

cir, que redimian parte de su desgracia; pasando la adoracion, y el sacrificio de la libertad à las aras de una animada hermosura; disculpa, aunque lastimosa, de su inutil error.

Lo sumo de la desgracia estuvo en que no solo los Gentiles buscaban, y seguian apasionadamente à Eudocia, sino tambien los Christianos, que en aquellos primeros siglos eran tan exemplares, y virtuosos, como se colige de la Vida de San Tiburcio, nobilisimo Martyr, hijo de Chromacio, Prefecto de Roma, el qual negò ser Christiano un falso amigo suyo, que peynaba el cabello con estudio, y procuraba no desagradar à los ojos de las mugeres. Lo que aora se atribuye à prolixidad, y venial flaqueza, era en aquel tiempo criminal descuydo, que desacreditaba con las costumbres la Fè que se professaba, y la constante, finisima Christiandad, que florecia.

No solo los comunes Christianos, tambien (ò triste assombro!) los Eclesiasticos se deslumbraron, y cayeron; algunos de los quales despreciada la Religion, y la salud de las almas, que estaban à su cargo, se dexaron llevar de el pestifero alhago de Eudocia, pagando necesi-

mamente ſu gran deſgracia, ſin aprecio de la fatal ruina, con que ſe deſpeñaban de la ſacra altura; ni Eudocia reparaba en las perſonas; lo ſagrado, y profano confundia, ſin diferencia alguna de ſugetos, pueſta ſolo la mira en adquirir deſpojos, y amontonar riquezas, que llegaron à ſer tantas, que pudo competir la opulencia de los Reyes, como ſe dirà adelante en la liſta de lo que renunciò al convertirſe.

En tan miſerable eſtado vivia Eudocia, engañando, y engañandoſe, perdiendo laſtimoſamente ſus floridos años, empleando mal ſu diſcrecion, y hermoſura, y fiando del ſutil hilo de la fragil vida ſu verdadera ſuerte, y ventura. Con el largo uſo de pecar, y cebo de el interès, eſtaba tan inmòbil en ſus vicios, que ſolo el gran poder de Dios podia deſpertarla de letargo tan mortal, y ſer la medicina de tan arraygada dolencia, y mal tan deſeſperado.

Razones tenia ſu enojo para fulminarla; viendola ſer inſtrumento de la perdicion de muchos, en quienes ſe malograba la Sangre del Cordero, y en eſſos lances ſe acuerda de que es Leon, explicando con el bramido el juſto ſentimiento. Robarle del rebaño de ſu Igleſia

ſus

ſus ovejas, y tambien ſus Paſtores, ſin valerles à ſus Miniſtros el aſylo de ſus altares, hacia à Eudocia ſingular fiera, que pacia ſus viñas, y aſſaltaba ſu apriſco, y ſus cabañas, y todo executaba ſalir à monteria contra ella, y armar de venablos à ſus Angeles, al modo que la Grecia ſe convocò contra el Eſpin de Calidonia, y comunmente los Pueblos, contra las encarnizadas fieras, que eſcandalizan ſus montes.

Eſtraño aſſombro embuelven los errores humanos! Aſſalta, y deſtruye à vezes el celeſte imperio una deſmayada, terrena hermoſura, ſin mas armas, que una tibia, enmarañada luz, que aùn no imita à la menor Eſtrella; y ſon tan inſenſatos los mortales, que la admiran mas que al Sol; à tener entendimiento los Aſtros, y los Planetas, tomàran facilmente ſatisfacion de ſu injuria, y muchas vezes la toman, mirando con maligno aſpecto las tierras, que alientan tal oſſadia, y marchitando à poca diligencia eſtas deſvanecidas flores, que preſumen ſer Aſtros, y obſcurecen el ayre, que à ſu parecer alumbran: todas las criaturas vengàran facilmente el agravio del celeſte Rey; pero como èl ſe templa, las ſuſpende.

Viendo à Eudocia, causa en el Mundo de tan grandes males, serenò Dios los motivos de su enojo, y la atendiò compassivo. El verdadero Padre de Familias tomò suave providencia en el cuydado de su viña, expuesta al daño, y al robo de los caminantes: gustò el piadoso Autor de reformar la obra de sus manos, depravada por vicio, y culpa agena: reparò en el pelico, que vistiò en nuestros campos, y con la dulce memoria de ser Pastor, y bueno, acudiò enternecido à recobrar la perdida ovejuela. El Tesorero Celestial, viendo tan rica dragma entre el terreno lodo, procurò trasladarla à los eternos tesoros; y en fin, el Divino Samaritano, que se interpreta Guarda, de quien dixo *Psalm.* David, que ni se duerme, ni aun dormita, y à quien daba vozes el *Isaìas.* Profeta Isaìas, diciendole, y preguntandole: *Guarda, què ay de noche? Guarda, què ay de noche?* Velando sobre la gracia, esperada de los Justos, llamò à la perfecta esperanza de su ternura, y agrado à esta infeliz, y yà casi desahuciada Samaritana, que en triste noche se perdia desalumbrada, y erraba ciega.

Ra-

Rayò en ella el dilatado amable explendor de la Piedad Divina; y moſtrando à Eudocia la infauſta region en que vivia, y la gran felicidad guardada à los que aſpiran à otra, y obran bien conſiguiò, que el demonio quedaſſe ſin el eficàz inſtrumento de ſus engaños, y con graviſsimo deſayre ſuyo, ſalieſſe con las manos vacìas, donde creyò ſacarlas llenas de deſpojos, y deſpreciado, y confuſo de una muger, antes perdida, y yà iluminada, que à la clara luz, que la aſsiſtiò benigna, reconociò la viliſsima calidad de las riquezas, que pròdiga de ſu hermoſura avia adquirido, pues no eran ſus teſoros mas que precio de ſu afrenta: De eſte honroſo deſengaño, que fue cobrando por inſtantes mayores fuerzas; ſe ſiguiò un prodigio, qual fue ſer vaſo de pureza, la que lo avia ſido de inmundicia: el albañal cenagoſo, ſe convirtiò en criſtalina fuente: el rio inmundo, en lago lleno de olor: el charco hediondo de pozo corrompido, paſsò à ſer alabaſtro de unguento precioſo: y el Mar de Eudocia, en cuyas ondas traydoramente alegres, y diſfrazados eſcollos, dieron al travès tantas vidas, al imperio de Dios ſe quietò, y ſe ſerenò, de ſuerte, que ſus infames playas ſe hicieron puerto ſeguro, y feliz

liz ſurgidero, de los que echaban las ancoras en lo profundo de ſus deſengaños.

CAPITULO II.

Coloquio de Eudocia con Germano Monge.

EL principio de la ſalud de Eudocia, y de la Providencia Divina, deſvelada en ſu remedio, fue el que ſe ſigue: Un virtuoſo Monge, por nombre Germano, bolviendo de cierta peregrinacion à ſu Monaſterio, paſsò neceſſariamente por Heliopolis; y entrando en en ella algo tarde, fue hoſpedado, y recibido de un piadoſo Chriſtiano, amigo ſuyo, cuya caſa no muy diſtante de la puerta de la Ciudad, confinaba con la de Eudocia. Deſpues de aver tomado algun deſcanſo, ſe levantò Germano, como tenia de coſtumbre, en el mayor ſilencio de la noche, à rezar Pſalmos, dando à Dios ſacrificio de ala-

banças

banza; en las horas mas quietas, y libres de ruido. Gastò en esso algun tiempo; y acabado el rezo, se puso, muy de assiento, à leer en un Libro, que traìa siempre en el seno, y aora era su dulce compañero en el camino.

Con el gusto de leer, ò pareciendole, que estaba retirado, y tan à solas, que nadie le oìrìa, empezò Germano à leer en alta voz, y prosiguiò assi un gran rato. Era el argumento del Libro el Juicio final, y en èl se ponderaba la excelencia de Gloria à que avian de ser sublimados los Justos, resplandeciendo como Soles à los ojos de todos los hombres, que fueron, son, y seràn; y el horrible suplicio de los pecadores, en fuego inextinguible, à que avian de ser condenados por Sentencia irrevocable, durando à par de los eternos siglos, su ansia, dolor, y pena, sin tener nunca fin su tormento, ni remission alguna su congoja. El aposento en que avian hospedado à Germano, estaba inmediato al retrete, en que solia dormir Eudocia, sin aver de por medio mas que un ligero tabique, que no estorvaba el oìr, y mas en el silencio de la noche, en que se percibe todo mas facilmente. Estaba Eudocia solitaria, y recogida; y

Dios,

Dios, que la rondaba la puerta, mandò aquella noche al ſueño, que ſe retiraſſe, para que no ſiempre deſagradecieſſen ojos dormidos, penſamientos deſvelados.

Eudocia excitada primero de las vozes de Germano, que rezaba tambien, y cantaba Pſalmos, diò en atender curioſa, y quizà ſe le ofreciò al principio, ſeria algun amante ſuyo, que la feſtejaba cuydadoſo, por parage remoto, y eſcuſado, huyendo el encuentro de tantos, como en la calle daban muſica à ſus rexas. Deſengañòla la calidad de los ſagrados Canticos, cuyas myſterioſas vozes, dulciſsimos conceptos, y elevadas fraſſes, mas alto objeto tenian, que el de una caduca, enfermiza hermoſura, aſſumpto improprio de los arrebatamientos de un alma.

Deſde lo que el Monge cantaba, paſsò Eudocia la atencion à lo que en voz alta, y perceptible leìa. Oyò el terrible Juicio, que à todos nos eſpera; la cuenta riguroſa, que à cada uno ſe le ha de pedir de ſu vida, y de ſus obras; y la deſcuydada Eudocia, que haſta alli no avia ſabido, que de ſus licencioſos divertimientos, le aviã de formar cargos, empezò à conmoverſe,

se, temerosa yà de su destino. Escuchò la gloria de los buenos, por aver triunfado de las pasiones; y viendose à sì tan esclava de los vicios, conociò, que no eran para sus sienes aquellos inmortales lauros, y coronas. Oyò la pena, y desdicha de los malos, que por breves, y amargos gozos, pierden eternas venturas, è inmortales alegrìas, y hallòse Eudocia engañada, y perdida, por aver abatido el Alma, y cuerpo à indignos gustos, que traen consigo afàn, ceguedad, y afrenta; y por ultimo, destierro perpetuo al helado tenebroso Paìs de las desgracias, Region triste de llantos, y de dolores. Temblaba Eudocia mas, que la hoja del arbol, quando el viento se esfuerza: sus pensamientos eran muchos, y mucha su confusion; y en el labyrinto de sus varios discursos, è imaginaciones, sin hallar por entonces el hilo para salir del riesgo, passò toda la noche llorosa, y penada, deseando viniesse el dia, para buscar la luz, que necesitaban, y pedian sus dudas, y temores.

Apenas amaneciò, quando llamando à un criado, ò esclavo, de muchos que tenia, le mandò passar à la vecina casa, è informarse de quien

quien era el Cantor nocturno, que tanto la avia desvelado, y pedirle, que si no le era de molestia, passasse luego à verla. Hizolo assi Germanos; y al verle Eudocia, le dixo, sin perder tiempo: Ruegote, (è Forastero!) que me digas, y declares, con toda verdad, quien eres, y de donde? Tu forma de vida, y la religion que professas? No pienses que es vana curiosidad la mia: cuydado es, y grande, nacido de lo que esta noche passada has hablado, y yo, sin saberlo tù, he oìdo. Turbada tengo el alma, y confusa, porque à la verdad, son raras, y admirables cosas las que te he escuchado, è inauditas para mì; porque hasta aora no he tenido de ellas la menor noticia. Lo que mas me peturba, es, lo que decias, que los que pecan han de ser entregados à fuego, que nunca se apaga; si esto es assi, quien podrà ser salvo? Avrèmos nacido todos para ser arrojados à los incendios.

Respondiola el santo Monge: Cosas son, sin duda, admirables las que yo à noche leìa, y tù oìste; pero no me causa à mì menos admiracion lo que asseguras, de q̃ nunca, hasta aora, llegaron à tu noticia. Tan desimaginada has estado de lo que tanto importa? Y tan libre de

aquel

aquel ſuſto univerſal, y preciſo, que à todos los mortales ſe les ofrece, dudando, y temiendo, què deſtino ſerà el ſuyo, deſpues de eſta corta, y fatigada vida? En què Clyma has vivido? En el de los racionales, lo dificulto; porque aun los que mas degeneran de ſerlo, igualandoſe con los brutos, y creyendo, que ſus almas eſpiran con ſus cuerpos, no pueden deſechar de sì eſte interno ſobreſalto, ni deſpreciar de el todo eſte miedo: el miſmo error, que abrazan, temen; lo miſmo que afirman, tiemblan; y à lo menos, la duda de ſi ſe engañan, es punta ſangrienta, que los martyriza: nadie puede deſcuydar de eſta zozobra; à todos les hace eſte cuydado mirar para adelante.

Aunque ſeas Ethnica, y Gentil, no me has de ſatisfacer los motivos de mi juſta admiracion; porque allà en ſus Fabulas tienen un Prometheo, que atado à las rocas del caucaſo, dà el corazon ſiempre à una aguila, que en èl enſangrienta el corvo pico; un Ixion, que en el potro de una rueda, no ceſſa en ſu tormento; un Siſifo, atareado ſiempre con un peñaſco; y un Tantalo, anſiado continuamente por lo que mira, y no goza; las Belides, ſaçando agua en

va-

vaſos rotos: Los Gigantes fulminados, que celebran por victoria de ſus Dioſes, les dicen, que ay caſtigo, que no acaba, y pena, que ſiempre dura. Allà fingen à Plutòn triſte Rey de los Abyſmos, à cuyas puertas tiene ſu Tribunal el ſevero Rhadamanto, que juzgando las cauſas de todos, los ſentencia à los tormentos, ò los remite à los campos elyſeos, ſegun cada uno merece, por ſu obrar, ventura, ò pena. Eſtas ficciones, y Fabulas, vislumbres ſon de aquella clara luz, que dentro de todos arde, de que à los humanos los eſpera la eternidad con el premio, ò el ſuplicio. Eſto ſaben los Gentiles, de que el Mundo eſtà lleno; y aunque tù lo ſeas, me admira, y con razon, verte tan ignorante de eſtas coſas; y aſsi, ſeñora, la primera diligencia, para que yo ſepa como te he de hablar, y dàr razon de lo que me preguntas, es, que me digas, què Dogmas ſigues, y de què Religion, ò Secta eres. Eſto toca al entendimiento, que es la antorcha del alma; y ſi ella eſtà apagada, mal ſe pueden arreglar las demàs potencias, ni deſechar las nieblas, y ſombras, que las ciegan.

Yo, dixo Eudocia, ſoy de origen, y ſecta Samaritana. En los bienes de fortuna ſon tan opu-

opulenta, que casi exceden mis riquezas à mis deseos, y esta es la mayor causa de mi temor; porque el libro en que anoche leìas, intima *Ay* à los ricos, y amenaza principalmente à ellos con las eternas llamas: esto es lo que yo nunca avia oìdo, ni en los libros de mi Secta se halla tal noticia, segun yo me acuerdo; por cuya razon me ha conturbado grandemente tu voz, y tu leyenda, assi con la atrocidad de la amenazada pena, como con la novedad de la impensada doctrina. El Santo, y discretissimo Germano, que iba explorando el animo de Eudocia, y atendiendo à los mysterios de su congojado semblante, y tremulas palabras, para saber como la avia de hablar, y dirigir, le pareciò conveniente coger mas tiempo, è informarse de su estado.

Preguntòla si tenia marido, y de donde la avia venido la opulencia, y copia de riquezas que decia? No tengo Varon legitimo, respondiò Eudocia, como otra Samaritana: Las riquezas que posseo, fueron de muchos hombres, que en vida me las dexaron; pero si despues de la muerte esperan al rico tan graves, y eternas penas, de què me sirven à mì estos

deſpojos, que he cogido, ſino de medios crue-
les de mi mayor deſgracia? Eſta era la primer
ſaeta, que el celeſtial Flechero clavò en ſu co-
razon) el temor de ſu ceſtino; y con èl, deſ-
pues de aver inſinuado ſu desbaratada vida,
enmudeciò Eudocia, llorosa, y por ſu bien
afligida.

Dexandola recobrar algo de ſu llanto, y
congoja, la dixo el prudentiſsimo Germa-
no: Reſpondeme à una pregunta, que he
de hacerte, y mira, que ſea con verdad, y
ſencillèz, porque Chriſto, à quien yo ſirvo,
es ſinceriſsimo, ingenuo, y verdadero, y
aborrece ſumamente la doblèz, y engaño:
en una pregunta ſola, como la correſponda
derechamente tu reſpueſta, eſtriva tu alivio,
y tu remedio. Dìme, Señora, qual de dos co-
ſas eliges? Salvarte, deſpreciando eſſas rique-
zas, y vivir felìz, no pocos dias, ſino eternos
ſiglos: ò ſer opulenta, y afortunada en eſta
breve, y fugitiva vida, y arder deſpues, ſin
fin, en crueliſsimo incendio? Eſſo me pre-
guntas? Dixo luego al punto Eudocia: Pues
quien, que tenga el entendimiento concertado,
y la razon bien pueſta, no eſcogerà antes eter-
na, y ſegura dicha, que perdicion irreparable,

Y

y triſte? Sabio Maeſtro mio, no eſtà aì mi difi-
cultad: lo que yo eſtraño es, que el ſer ricos,
ſea tan grave, y notorio delito, que merezca
tanto enojo, y tan terrible pena: Acaſo vueſ-
tro Dios ſe enciende en fiera, innexorable ira
contra las riquezas?

De ninguna manera, reſpondiò Germano;
lo que ſolo le enoja, es, el modo injuſto
de adquirirlas, y el mal uſo deſpues de
ellas; y aſsi, el que poſſee juſtamente ri-
quezas, y ſantamente las diſpenſa, y diſ-
tribuye, eſſe, para con Dios, eſtà fuera de
todo rieſgo de culpa, y pena; pero el que
adquiere por malos, è injuſtos medios, lo
que deſpues avariento, y mezquino guar-
da, ſin atender en nada à la neceſsidad de
los pobres, y meneſteroſos, à eſte le mira
Dios con enojo, y le decreta la pena referida,
muy merecida de èl, por la inhumanidad con q̃
oye los gemidos humanos, y ſe hace ſordo, ſin
compadecerſe de los que ſiendo de ſu miſma
eſpecie, padecen el rigor de diferente fortuna:
Tener unos mucho, y otros nada, fuera deſor-
den, ſi los que tienen mucho no eſtuvieran en
obligacion de aſsiſtir à los que carecen de todo:
Providencia es de Dios, tener dividido el mũdo

en ricos, y pobres, para que eſtos merẽzcan, con ſu penoſa miſeria, y aquellos, con ſu liberalidad caritativa: ſi aſsi lo hacen, los mira Dios con agrado; de otra ſuerte, les decreta el ſuplicio; no por ſer ricos, que bien pueden ſerlo, ſin culpa, ſino por ſer deſapiadados, è inclementes con ſus proximos, cuyos Procuradores, y Mayordomos los hizo, dandoles de ſu mano las riquezas, para que los alimenten, y aſsiſtan: irritaſe ſu bondad contra los ricos, no por que tienen riquezas, ſino por dos razones, y motivos, ò por mal adquiridas, ò por mal detenidas, y guardadas.

Replicò Eudocia: Y te parece à tì, que las que yo poſſeo ſon injuſtas? Injuſtiſsimas, reſpondiò Germano, y enfadoſas à Dios, mas que las que otros adquirieron, por medio de otros pecados, diferentes de los tuyos; porque otros deſpojan à los hombres ſolo de lo temporal; pero tù, ſegun colixo de lo q̃ me has inſinuado; has ſalteado, no ſolo las riquezas, ſino las almas, que ſon el principal teſoro del hombre; en cuya comparacion, no vale nada todo el mundo: Robaſte como nadie, ſiendo tyrano dueño de libertades, y bienes: El que deſpojaſe

te de los bienes, pudo no llegar al estremo de infeliz, si tu codicia no le huviera hecho mas daño; pero al que quitaste tambien la libertad, què le dexas? Arruinaste à muchos por el tronco, sin dexar rama, pimpollo, hoja, ni aun raìz; en quien fundar esperanzas de recobrarse; Quanta serà contra tì la ira del Cielo!

No dudo, que es assi, prosiguiò Eudocia: nadie mejor que yo sabe los grandes males que he causado: mi oficio ha sido arruinar à muchos hombres; y aun puedo decir, que mi diversion, y fiesta; pues al mismo tiempo que era mi intento robarlos, me servia de entretenimiento el rendirlos: vanidad fiera de esta corporal hermosura, que hace risa de los estragos, y gusta de los troseos, que consiguen sus descuydos! infeliz vida la mia! Horas mal gastadas! Florida edad, lastimosa! Mas ciega he estado yo, que los ciegos, que me aman; y mas mal me he hecho à mì propria; pues ellos, si no eran muy necios, podian presto conocer su engaño, y recobrarse en su escarmiento; Pero yo, sobervia, deslumbrada, tenia mis despeños por victorias; mis ruinas, por laureles; y creyendome coronada de triunfos, hacia imposibles mis desengaños;

ños. No quiero (ò Germano!) hablar mas de esto, ni escandalizar tus oidos, acostumbrados al ayre puro de las soledades, y no al del mundo, que inficiono, y mancho yo con mi aliento.

Buelvo al punto de las riquezas en que ibamos hablando: Las mias, no dudo, que han sido mal adquiridas; pero en medio de mis devaneos, no me he olvidado de distribuir mucha parte con los mendigos, y necessitados: He querido tener mucho, no solo por tener, sino por dàr: He vestido à muchos desnudos, he dado de comer à muchos pobres hambrientos, y à no pocos he consolado, y socorrido con mi oro, y plata; pues còmo pueden ser de el todo malas riquezas, de quien he usado tantas vezes bien, en alivio de los miserables?

CA-

CAPITULO III.

Prosigue el coloquio de Eudocia con Germano.

REconociò Germano, que èl animo de Eudocia, desengañado yà de la fealdad de los momentaneos deleytes, estaba tenàzmente asido al alhago de las riquezas: roto un lazo, se resistia el otro, y no se aligeraba el cautiverio; porque siendo las riquezas, como decia un Gentil, irritamentos de males, y dulce cebo de la comodidad, y regalo, poco se desviaba de los peligros, quien mantenia, como de antes, las delicias. Viendo à Eudocia tan asida à sus mal ganados bienes, aplicò el prudentissimo Germano todo su zelo à destruìr afecto en ella tan dañoso; y pidiendo la atencion, la dixo assi:

Nadie que tenga entendimiento, si và à los baños, elige sitio donde las aguas turbias se estancan, y corrompen, echando de sì mal olor

ſino donde las ondas corren tan claras que ſirven de limpio eſpejo à las arenas; y aſsi, Eudocia, mientras con voluntario engaño eſtuvieres ſumergida en el cieno de los vicios, deſpreciando el agua pura, y limpia de la gracia, que piadoſo el Cielo te ſeñala, y ofrece, mal ſaldràs de el inmundo lodo de tu licencioſa vida; de el qual, no deſpegandote aora con tiempo, ſeràs deſpues arrebatada, quieras, ò no quieras, como de crecido arroyo, que deſpeñado de obſcuros montes, donde deſcargan las nubes, te harà ir ſin arbitrio al de ſus corrientes fieras, deſembocando contigo en el lago de azufre, que abraſa ſiempre, y ſin fin à los que provocaron la Divina ira. Las riquezas de que abundas, y à que tan aſida eſtàs, ſon ſumamente aborrecibles à Dios, y en los eſtrados de el Eterno, y Supremo Juez han ſido condenadas, y dadas por injuſtas, por ſer adquiridas à fuerza de engaños de mal intencionada hermoſura, que traxo à los peligros à los incautos, para robarlos en los caminos, g'oriandoſe en los deſpojos, que quita à la deſcuydada juventud, que milita en las vanderas del vicio. No puedes negar, que les vendiſte cara ſu ruina, y que eſte genero de robos,

ſe

se executa con engaño, y con violencia; porque aunque el infeliz disimula el sentimiento, y dà à entender, que agradece el robo, essas son ceremonias de las necias pasiones, que adentro la razon resiste, y siente, siendo cierto, y notorio, que el precio de pecar, que parece gustosamente ofrecido, es en la realidad hurtado; porque à no aver violencia, nadie pagàra el perderse.

En delito tan claro, no sirve de disculpa; ni aprovecha el aver, como dices, repartido con pocos necesitados, parte de lo que quitaste à muchos, compradores de su ruìna, y de tu afrenta; porque la poca luz, que essa buena obra podia dàr de sì, la apaga la fria, y dilatada sombra, que estiende su negro zeño à todas tus acciones, mientras vives gustosa entre tinieblas. Tiene Dios tan serena, y pura vista, que nunca podràs salir al agrado de sus ojos, sino te purificas, y lavas del asco de las culpas, tan de el todo, que no aya en tì cosa, que le disguste, y ofenda: entonces valdràn algo las Obras de Misericordia, que haces, y te serviràn de gala, y precioso adorno; pero mientras estàs tan disforme, que no ay en tu rostro faccion alguna de la Divina Imagen, ni en el vestido de tu obra hi-

hilo de oro de la precioſa tela de ſu gracia, poco te pueden ſervir retazos mal coſidos, que ni ocultan tu deſnudèz, ni eſtorvan tu feo deſaliño.

Los que vàn con pies deſcalzos por entre zarzas, y eſpinas, què importa que acudan à ſacarſe algunas, ſi las mas ſe les quedan, y los llagan? Y aſsi, Eudocia, de poco te ſirve la piedad con los Pobres, quando eres tan cruèl contigo, que te eſtàs clavada en los zarzales ſangrientos de la laſcivia, monſtruo deſpedazador de quantos entran en ſus eſpinoſos boſques: Si no ſales de parages tan dañoſos, el Omnipotente Juez, gravemente ofendido de tì, te amenaza de arriba con enojo. Otras muchas coſas te pudiera decir; pero eſtas baſten, ſiendo tan claras, y ciertas: Si à mì me crees, puedes ſer ſalva, y conſeguir los eternos gozos, de eterna felicidad, que ſuſpiras, librandote de el caſtigo, y penas, que con tanta razon temes: lo principal, y en lo que todo ſe cifra, es, aplacar à Dios, porque mientras le tienes enojado, eſtàs perdida.

Suſpirò Eudocia de lo intimo de ſu corazon, yà mas adelantada, y convencida; y à las ſa-

Iabias razones de el Maestro, que Dios le avia embiado, correspondiò con otras, diciendole: Ruegote, (ò hombre!) à quien puedo llamar mio, pues eres solo el que para mi dicha me ha tratado: pidote, (ò Siervo del Dios verdadero!) que yà que has tomado à tu cuenta el instruìrme, me declares la forma de obrar, con que tù, y los de tu profesion mereceis el agrado de Dios, para que imitandola yo, logre essa dicha, y alcance la salud que deseo, con el buen uso de las riquezas que tengo: Tù me asseguras, que Dios se deleyta en la justa, y santa distribucion de los bienes temporales: A mì yà nada me embaraza para deshacerme de ellos, y comprar, con todo el daño de mi hacienda, la seguridad de las penas, que esperan à los pecadores en el dia del Juicio: no sea todo discursos, vamos disponiendo efectivamente lo que importa.

Yo tengo (venerando, Padre, y Maestro mio) gran numero de Esclavos: harè que carguen sobre sus ombros el oro, plata, y demàs cosas preciosas, que posseo; y guiandonos tù, irèmos al Templo de tu Dios, à solicitar, mediante tu intervencion, se digne de aceptar esta oferta mia, aunque tan pequeña, y que se des-

eno-

enoje conmigo, dandome la ſalud del alma; y la total medicina de tan miſeras dolencias. Mira, Eudocia, lo que dices, la dixo Germano, guardate de hablar, y penſar de Dios al uſo, y modo humano: Elevaſe ſu grandeza, con inmenſa diſtancia, de nueſtros atraſſados diſcurſos, y humildes penſamientos: èl fabricò la Aurora, y el Sol, Artifices del Oro, y de las Perlas: Suyos ſon el Orbe de la Tierra, la region de el Ayre, los ſenos de el Mar: Tan lexos eſtà de apreciar eſtas coſillas, que poſſeemos los humanos, que antes bien, ſiendo por sì tan opulentiſsimo, vino al mundo en trage, y eſfera de pobre, à curar con ſu myſterioſa mendiguèz nueſtros males, ſiempre nacidos de la deſordenada ambicion, y afecto de eſtas coſas de acà abaxo, que arraſtran nueſtros apetitos, como ſi no huviera eternos teſoros en que ſaciar la ſed de nueſtros animos. A mi Dios no le conquiſtan dones, ni riquezas; lo que le agrada ſon los pobres: Reparte entre ellos las tuyas, y hàz cuenta, que al miſmo Dios las ofreces; cuya ternura es tanta con el pobre, que le hace ſu Subſtituto, eſtimando ſu ſocorro, como proprio agaſſajo, y beneficio hecho à ſu grandeza: èl

le obliga à la paga, y despues verás, por tu dicha, lo mucho que interessas, por esso poco que ofreces.

Hecha primero esta diligencia, has de ir despues al sacro, y medicinal Baño del Bautismo, donde te lavarás de la inmundicia, y lodo de los pecados, que aora te manchan, y afean, de que no quedará en tì señal alguna. De alli saldrás muy otra, como renacida, por regeneracion de el Divino Espiritu, que te dará nuevo sèr, y quedarás tan pura, y limpia, tan elevada, perspicàz, y generosa, que mires con alegre confianza, sin la menor flaqueza de los ojos, la incorruptible, y sempiterna luz de la Gloria, à que tendrás derecho, como hija yà de Dios, y heredera suya: entonces verás la noche, q̃ aora te cerca, herida, y disipada de el explendor de tu frente, que arrojará à tus plantas las tinieblas: què alegre estenderás la vista entonces à gustos, y delicias, que aora ignoras! Serás càndida cordera, apacentada en las dulcissimas yervas de los Prados Celestiales, siendo tu Pastor, y guia Jesu Christo, Salvador nuestro, cuya amable Magestad robará todo tu afecto. Hija Eudocia, abreviemos, como dices: Si quieres

res ser salva, ház lo que te aconsejo; y serás Bienaventurada, y felìz en los eternos siglos.

Si no huvieran penetrado altamente en mi animo, respondiò Eudocia, las cosas que te oì à noche, no te huviera pedido passasses à mi casa, ni llamadote: prompta estoy à seguir lo que me dices; y en conocimiento tambien de lo mucho que te debo, quisiera mostrarlo de algun modo; porque aunque mala soy, agradecida. No te ofendas de lo que voy à decir, porque tù estàs muy ilustrado; yo por aora muy ruda, y no puedo explicarme, sino à mi modo: recibe, te suplico, de mì todo el oro que quisieres, que te darè gustosa, y obligada, en muestra de agradecimiento al bien que me haces, y detente en Heliopolis algunos dias, para informarme de el todo de tu religion, y forma de vivir, à cuya norma quiero arreglar mi vida, y disponiendo bien, y como conviene, de mi hacienda, te seguirè adonde me llevares, aligerada de cuydados viles.

Justissima causa de detenerme, dixo Germano, es la esperanza de reducir al rebaño del Señor una ovejuela perdida. Otras cosas me dabã priessa, y moviã à acelerar mi viage, pero

importando tanto esta, me detendrè por tì, con mucho gusto, unos dias: el oro, que me ofreces, no le quiero, porque no le necesito, ni dice con mi estado: toda mi ambicion se reduce al presente à que no se pierda tu alma, y à ponerte en salvo: haz ante todas cosas lo que te mando: llama luego à tu casa à uno de los Presbyteros de el Clero de esta Ciudad, el qual te catequice, è instruya, y dè despues el Sagrado Bautismo, poniendo en tu frente el Sello Real de Christo, por donde conste ser suya. Esto es lo principal, y el fundamento de todo lo demàs: despues, con su orden se tomarà disposicion en lo que resta, para que acabes de poner por obra lo que la benignidad de Dios quiere de tì.

CA-

CAPITULO IV.

Trata Eudocia con el Presbytero de su conversion.

DEspedido el Santo Monge Germano, llamò luego al punto Eudocia à uno de los criados de mas cuenta de su casa, y le mandò fuesse, sin la menor tardanza, à la Iglesia de los Christianos, y rogasse à uno de los Presbyteros viniesse à cuydar de una alma, que necesitaba de su piadosa assistencia; pero con tal recato de palabras, que no se hiciesse capàz distintamente de quien era quien le llamaba, ni de la causa por què le llamaban. Tan en conocimiento estaba yà Eudocia de los deslucimientos de su persona, y vida tan desayrada à sus mismos ojos, que no se atrevia à decir su nombre, cuya ruìdosa fama era el clarin de su afrenta; la qual, con su dissolucion, y escandaloso obrar, podia ser motivo para que ningun hombre de

sen-

ſeſſo, y de honra, puſieſſe el pie en el umbral de ſu caſa, ni ſe arrojaſſe con deshonor al peligro de ſu viſta.

Fuè el criado à toda prieſſa à la Igleſia, hablò con el Presbytero, el qual con gran caridad, y zelo, ſin detenerſe en nada, acudiò bolando al ſocorro de la gran neceſsidad que le explicaban: vinoſe con el criado; y entrando en caſa de Eudocia, fuè tanta la veneracion con que miròal Sagrado Miniſtro, que arrojandoſe en tierra, le besò, con toda humildad, los pies; y luego le dixo: La cauſa, ſeñor, de llamarte, es el deſeo de ſaber los Dogmas de vueſtra Religion, cuya luz ha rayado en mis ojos, y tengo tomada reſolucion de ſer Chriſtiana: toma aſsiento, te ſuplico, y no niegues à una ſedienta alma la puriſsima agua de la Sagrada Doctrina. Admirado el Santo Presbytero de oir tales razones à una muger, que en ſu trage, modo, y porte, parecia tener muy diferentes cuidados, la preguntò, de què Secta avia ſido haſta alli, y de què ſuperſticion queria paſſar à la Religion Chriſtiana? Lo qual era neceſſario ſaber para inſtruirla, deſtruyendo de paſſo el antecedente error. De origen, y de Secta, reſpondiò Eudocia, ſoy Samaritana.

Philastrio, Episcop. Brix. lib. de Hæres. c. 7.

Si consultamos à Filastrio, Obispo Brixiense, en el Libro, y Cathalogo de las Heregìas; hallarèmos, que los Samaritanos se llamaron assi de un Rey que tuvieron, por nombre Samaro; aunque otros dicen, que de un hijo de Chanaàm, llamado Samaro; esto es, en quanto al nombre, y apellido de nacion, y gente: en quanto à su error, y Secta, los Samaritanos recibian la Ley de Moyses; pero admitiendo solos quatro Libros, no creian à Christo Señor nuestro, Hijo de Dios, anunciado en la Ley, y en los Profetas: no esperaban el Juicio Final, ni la Resurreccion de los cuerpos, la qual solo ponian en la procreacion de los hijos en el siglo presente. Comparados à los irracionales, vivian de suerte, que de ellos se verificaba lo que dice David: *El hombre, estando en honor, no lo entendiò; comparóse con los brutos, y se hizo semejante à ellos.* Esto dice Filastrio. De donde se infiere, que la Secta que professaba, ayudò mucho al desbarato de costumbres de Eudocia; pues no esperando Juicio, y Resurreccion, ni creyendo las almas inmortales, como de necessidad se caìan en desfrutar la vida de

esta

eſte cuerpo, ſiguiendo ſus paſsiones, ſin temor de el caſtigo, ni eſperanza de otros bienes.

Mas por accidente, que de eſtudio, parece avia abrazado Eudocia eſtos errores: Sus padres (cuyos nombres no ſe dicen) la huvieron de criar en ellos; pero ſin conato alguno, ni demaſiado cuydado, de que ſe arraygaſſen en ſu animo, ſino con una omiſsion, y deſcuydo, muy proprio de quien trata ſolo de vivir en eſte mundo, ſin deſſazonar el guſto de eſta preſente vida, con diſcurſos importantes de la otra. Coligeſe, de la gran novedad que le hizo à Eudocia la noticia de el Juicio final, y caſtigo de los malos, que oyò leer aquella noche al Monge Germano, y de la grande operacion que hizo en ella, ſin acudir ſu entendimiento à dificultar lo que oìa, ni ſu diſcurſo à repugnar lo que tanto la aſſuſtaba; lo qual ſin duda hiciera, ſi Eudocia huviera abrazado, con muchas veras, los errores de la Secta de los Samaritanos, que como vimos, negaban la inmortalidad de el alma, la Reſurreccion, y el Juicio. No avia gaſtado el tiempo en eſſos cuydados, ni el diſcurſo, y la edad mas, que en mantener creditos de hermoſa; deſvelo, que ocupa toda una

muger; quando lo es, y quiere parecerlo: Aqui eſtaba el principal daño de Eudocia; y conociendolo ella miſma, deſpues que en pocas palabras dixo al Presbytero la Secta, que havia ſeguido, en lo exterior à lo menos, y en el nombre, paſsò à darle cuenta de ſu obrar, y deſcaminada vida, con eſtas razones, que iba interrumpiendo con ſollozos:

Yo he ſido (ò Miniſtro deDios!) una irracional criatura en eſte mundo, aſſalariada al obſequio de muchos, para infames caminos, y viages indignos de el sèr que tengo: ſea eſta la cifra clara de mi obſcura vida, que no es razon manchar el ayre con el ſonido proprio de mis obras, ni ofender la pureza de tus ſagrados oìdos. Un pielago ſoy de muchos males: acertè à oir por acaſo, que los pecadores ſon atormentados con fuego, deſpues que mueren, ſi no hacen antes penitencia, y confieſſan à Chriſto: quiero enmendarme, quiero ſer Chriſtiana; y ſin poder paſſar adelante, ſe quedò Eudocia zozobrando en la felìz borraſca de ſus ſuſpiros.

Viendola el Presbytero tocada de lo alto, y medroſa, herida de el temor Divino, que es

el

Initium Sapientiæ timor Dñi. Psalm. 110

el principio de la Sabiduria, y la primer saeta, que el Celestial Flechero dispàra al corazon descuydado, para que atienda, acudio, como doctissimo que era, Santo, y discreto, à alentar à Eudocia en sus temores, y à desapretarla el congojado pecho, para que dirigiesse à Dios gemidos mas nobles, y encendiesse en sus Aras afectos mas generosos; y assi la dixo: Si como dices has sido hasta aqui un mar tempestuoso de pecados, sè de aqui adelante puerto quieto, y seguro, donde no alcance el naufragio: Si hasta aqui has sido region inquieta, y agitada de muchos ayres, goza aora la dulce Aura de la tranquilidad, que te inspira: Baxèl has sido errante, por las furiosas ondas de el mundo, sin norte que te guie, ni Estrella que te alumbre: Donde ibas, Eudocia, tan sin tino? Si lo supieras bien, temblàras de tì missma: Cortando aleves espumas, ansiosas de tu ruina, te ibas entrando por cerradas nubes, sin vèr los baxìos, ni los escollos adonde iba à dàr tu velocidad incauta: Rayò entre tanta tiniebla amable luz, que te mostrò el peligro, y te hizo amaynar las velas. Prodigio es de la piedad Di-

vina, que adonde mas ſe esfuerza la ſombra; alli ſe enciende; bien como el Iris, adonde mas la nube ſe obſcureze, alli ſe pinta.

Laſtima diſte à Dios, quando tanto le irritabas: aqui veràs, Eudocia, el miſerable eſtado que tenias, y el milagroſo lance en que te hallas; pues fuè neceſſario, para no perderte, que Dios olvidaſſe ſu ofenſa, y acudieſſe con ſu compaſsion, y laſtima: Mucho debes à Dios! Pudo dexarte en manos de tì miſma, y de tus errores, en cuyo ciego labyrinto perecieras: Pudo caſtigarte Juſto; pudo fulminarte ofendido, y nada de eſſo ha hecho; antes te llama benigno, y te eſpera piadoſo: Alza la viſta, Eudocia, enſancha el animo; que quando todo el Cielo ſe te ſerena, deben los ojos ir à exhalarſe en ſus luzes. Buſca el rocìo de la mañana, que el Cielo te embia, y ſacia la ſed, apartando los labios de el cieno, y lodo, que haſta aqui has bebido: No deſmayes en la conſideracion de las tormentas que has corrido, pareciendote, que aùn te hallas entre las furioſas olas: Yà es otra coſa, Eudocia, yà te alumbran de arriba, y te dirigen, y con el norte de la verdad à la viſta; puedes enderezar la Proa al ſeguro Puerto; don-

donde hallaràs descanso, y medicina: procura desde luego hacerte heredera de los inmensos bienes que en èl ay, y dà à los pobres las riquezas temporales, que segun dices, posees: todo quanto tienes en el presente estado, es un amargo lazo de el pecado: no saben los vicios, ni pueden tratar bien à quien los sigue: verdugos son de el mismo à quien abrazan: bien lo sabes, Eudocia; pues si buelves la vista à tu mal passada edad, mas dias contaràs tristes, que alegres; y aun dificulto te aya amanecido alguno sin fatiga, que te inquiete, y disgusto, que te turbe: sal de esclavitud tan dura: librate de vida tan amarga, y molesta, y juntamente de las tinieblas, y fuego inapagable, en que caeràs, sin duda, si no buelves sobre tì, y mejoras de vida, y de costumbres.

Oyendo esto Eudocia, se desatò toda en lagrimas, y el Santo Presbytero estaba muy alegre, como San Pablo, no porque la contristaba, sino porque la contristaba para hacer penitencia. Eran dos fuentes los ojos de Eudocia, y dandose con la mano en la frente, para que los raudales de su llanto saliessèn mas copiosos; ò lo que es mas cierto, arrebatada de sus fati-

gados penſamientos, que la obligaron à hacer aquel eſtremo, dixo al Presbytero: *De ſuerte, que en tu Dios no ay lugar de miſericordia para los que pecan.* No me has entendido? (la reſpondiò el Presbytero) Soſsiegate, Eudocia, y atiende, que un alma muy turbada, ſe eſtorva à sì miſma, y el reçobrarſe, pide claridad, y quietud: mi Dios perdona à los que ſe arrepienten, porque es benigniſsimo; y por mas razon que tenga, en oyendo un gemido, ſe enternece. A quien llora ſus pecados, y recibe el ſello de la Fè, que es el Santo Bautiſmo, le perdona todas las culpas cometidas haſta alli en toda ſu vida; pero los que rebeldes, y obſtinados perſeveran en ſus yerros, ſin querer reducirſe, eſſos le hallan inexorable, y ſon caſtigados con ſumo rigor.

Abierta yà la puerta à la eſperanza, ſe le deſviò à Eudocia aquella nube de temor triſte, que la oprimia; pero corriò luego ſu libre penſamiento à otro objeto de mas peligro, que era el regalo, riquezas, y comodidades temporales, que al preſente gozaba; y rehuſando el dexarlas, quiſo vèr ſi ſe podia componer todo, Chriſto, y riquezas, virtud, y regalo: ò à lo menos ſaber què intereſſes avia en dexar lo

pre-

presente, por lo futuro; y què bienes eran los que estaban guardados, à los que renuncian lo que tienen en este mundo. Para alentar su esperanza, y acabar de resolverse, dixo Eudocia al Presbytero: Dìme, Sagrado Ministro, què dichas son las que ofrece el Cielo à los humanos? Ay acaso en èl mas preciosos bienes, y mayores delicias, que en este mundo? Aqui tenemos tesoros de oro, plata, y piedras preciosas, y todos los sentidos tienen en que saciarse, prompto el gusto al deseo; y si lo retira la distancia, acude à suplirlo la industria: muchas ricas piedras, que en las orillas de el Ganges costaron estudio al Sol, vinieron facilmente à servirme de zarzillos: las Selvas de la India, y de la Arabia, criaron aromas para mis braseros, y olores para mis vestidos: abundan en las mesas de muchos los mas sabrosos pezes, y regaladas avès, sin faltarles los vinos generosos, y licores de mas gusto. Estas, y otras delicias gozamos en la tierra: Què mas ay en el Cielo?

Plebeya tienes el alma, la respondiò el Presbytero, tosca la imaginacion, y rustica, habituada, en fin, à solo esto exterior, que te han dicho los sentidos, sin aspirar à mas tus pensamien-

mientos. No eres tù sola la que assi yerra; porque à la verdad, el mundo està lleno de zafios, que en las serranìas del vicio siempre calzaron abarcas, sin querer salir de entre las breñas, ni dexar el tosco trage, proprio de el parage inculto que pisan, y Paìs en que viven. Eudocia, sino tienes mas altos pensamientos, inevitables son tus infortunios: sino apartas el animo de la falsa persuasion de este siglo, y desprecias el gusto momentaneo, que brindan à los sentidos estas especies blandas, y engañosas, no podràs alcanzar la vida eterna: si quieres lograrla, conviene olvidar las pompas, y deleytes de esta; y renunciar lo caduco, para conseguir lo eterno.

Muy necia fuera yo, dixo Eudocia, si aviendo de elegir una de dos, anduviera tan imprudente, que antepusiera una vida breve, y azarosa, à una vida inmortal, quieta, y felìz: lo que quiero, Padre, saber es, si recibiendo la Fè Cristiana podrè tener esperanza de llegar à essa vida inmortal, que me anuncias, y si podràs darme alguna señal fixa, de que yo infiera ser cierto lo que me dices, y tambien algun indicio, por donde me satisfaga de que vuestro

Dios

Dios me perdona todos mis pecados ? Yo tengo muchas riquezas con que paſſar alegre , y regalada vida muchos años. Si me deshago de ellas , y ſe las doy à los pobres , como me perſuades , y deſpues no alcanzo los bienes , y guſtos eternos , que me ofreces , què fuera de mì entonces ? Llegàra mi calamidad à lo ſumo , ſin tener adonde bolver los ojos , ni refugiar el animo afligido : Los hombres à quien tengo ofendidos con mis deſahogos , me deſpreciàran enfadados , ſi llegàra à valerme de ellos , y mas en marchitandoſe eſta fiorecilla de la corporal hermoſura , que es la que ſuele conciliar ſu agrado , y mover el animo mas sèrio , yà que no al error , à la piedad , y benigna atencion de ſu ſuplica , y pena.

Yo he vivido haſta aqui con gran regalo: el aſpero roſtro de la neceſsidad, aun deſde lexos me eſpanta : Confieſſote, (ò Santo Presbytero!) que eſtoy congojada, y dudoſa, y que dentro de mì pelèa conſigo miſmo mi fragil animo incierto , y vacilante, en la reſolucion, que ha de tomar : ſi me dieras una prenda ſegura de las magnificas promeſſas que me haces, de que tu Dios perdona al rico , que ſe arrepiente de

ſus

ſus paſſados delitos, fuera gran coſa: Como yo me aſſegure de eſſo; me esforzarè à vencer quanto ſuſto me cerca, y acobarda: romperè por todo, cogiendo animoſamente la vereda, que me ſeñalas, y ſervirè al Señor todos los dias de mi vida, con la mayor verdad, y fineza, y con tanta conſtancia, que los miſmos para quien he ſido lazo eſcandaloſo, y tropiezo de el peçado, tengan en mì un iluſtre exemplo de penitencia: no eſtrañes eſtas dudas, y confuſiones, que me cercan, y detienen; porque aora acabo de oìr, y ſaber coſas nuevas, è impenſadas, de que no he tenido haſta aqui la mas leve ſoſpecha, ni hallado de ellas noticia en los Libros de la Secta Samaritana, en que me he criado: Por caſualidad acertè à oìr la primera vez eſſos eternos caſtigos, que me eſpantan; y eſſas dichas inmortales, que me aficionan; pero es à mucha coſta el ſeguirlas, y no las veo, ni sè ſi llegarè à alcanzarlas: ſi no las ſigo, me pierdo; y ſi las buſco, tambien: Terrible lance para el cobarde animo de una muger delicada! O raro acaſo, què dura guerra introduxiſte en mi pecho!

No fluctùes con animo inſtable, la dixo el Preſ-

Presbytero, ni dividas al alma en cosas tan diferentes, y contrarias: essa variedad de pensamientos, que te confunde, y perturba, maligno aliento es, y engaño; si no lo sabes, del Autor de todos los males, y enemigo de tu dicha, y salud, el embidioso Diablo. Este fiero, y malvado espiritu, viendo en tì essos impulsos, de seguir à Christo, y servirle, para deshacerlo, golpèa tu corazon con vanos sustos, esperando apartarte de la segura, y dichosa senda, que yà has visto, y que te quedes engañada en tu licenciosa vida, representandotela el traydor gustosa, y suave, para que no saques el cuello de la argolla, ni las manos, y pies de las viles prisiones, que te ha echado, y dàr contigo despues en la perdicion, y muerte: essa es la ciencia, y arte, que professan los demonios: este es el sumo, y unico estudio suyo, descaminar à los hombres del bien, y llevarlos à ser compañeros de su pena en el fuego inextinguible: este es el Autor de essa turbacion, y miedo. Aora mira si te està bien abrazar su consejo: serena, Eudocia, el animo, y triunfaràs de su astucia; porque una alma despejada facilmente se sobrepone, al modo q̃ el Aguila, dirigida à lo alto, rompe, y huella las nu-

nubes: Como no te acobardes, presto te reirás de la flaqueza, con que aora tiemblas.

El otro punto que moviste, de querer saber de cierto si es verdad lo que oyes de la bondad de Dios, siempre apercibido à recibir en sus brazos al pecador arrepentido, perdonandole todos sus pecados, y dandole la Vida eterna, es otra astucia del Enemigo, y tentacion, que tù aora no conoces. Eudocia, esse es un deseo muy intempestivo: un camino ay para alcanzar essa certeza que buscas, y es la alta, y atenta consideracion de las verdades eternas, y esta no puede tenerse sin soledad, y abstracion de cuydados de la tierra, y humilde, y fervorosa oracion, dirigida al Cielo, diligencias todas precisas para conciliar la Divina luz con nuestros animos. Aora son muchas nieblas las que cruzan por tus ojos: limpia la vista, y prevèn el animo, que tù veràs prodigios, aùn mayores, que el que deseas saber.

Escusèmos, Eudocia, platicas largas, y digresion; que el Reyno de Dios, no consiste en palabras, sino en obras. Si como dices, quieres ser salva, pòn luego en execucion lo que te aconsejo: Dexa essas galas ricas, y escandalosas,

y con un vestido humilde, recogeté en el mas apartado aposento de tu casa: en èl estaràs siete dias encerrada, reconociendo con lagrimas tus pecados, y confessandolos à Dios, Criador tuyo: ayunaràs esse mismo tiempo, y pediràs al Señor, que te ilumine, y se digne de enseñarte lo que quiere que obres en su culto, y obsequio: creeme à mi, Eudocia: no haràs estas diligencias en vano; porque Dios es misericordioso, y sobre manera apacible, y benigno, y suele salir al encuentro à los que fielmente le buscan.

No respondiò Eudocia, ni pudo articular palabra, por la gran lyd, que avian trabado sus discursos, y passiones, siendo el corazon la dividida campaña en que combatian. Esforzòse à insinuar al Santo Presbytero, que pondria por obra lo que la ordenaba; y èl, que conocia la gran fatiga, y duro trance en que Eudocia se hallaba, la alentò quanto pudo; y al despedirse de ella, la dixo, para su consuelo, como oraculo, y vaticinio, estas palabras: *Christo Dios, que justificò al Publicano, harà tambien tu nombre cèlebre en toda la tierra. Amen.*

CA-

CAPITULO V.

Segundo coloquio de el B. Germano con Eudocia.

APenas ſe auſentô el Santo Presbytero, quando Eudocia, animoſa yà, y fortalecida de lo Alto, reſolviô no tardar punto en convertirſe à Dios. Llamô luego à una de ſus criadas, y la dixo: Si alguno de los que ſuelen verme, viene à viſitarme, haz que no ſepa que eſtoy en caſa, cuydando mucho de que nadie ſe lo diga: yà veo la dificultad de evadirſe de la necia curioſidad, y porfia de eſſos hombres, que con nombre de Amantes, ſon moleſtos zeladores de todas las acciones, y paſſos de una muger; pero ello ha de ſer, enfadenſe, ô no ſe enfaden, que yà no es tiempo de diſsimular con ellos, ni de ſacrificar yo neciſsimamente à ſu agrado las precioſiſsimas horas de mi vida: No por eſſo han de llegar à entender por aora mi deſ-

desvìo, y mi aborrecimiento, ni conviene, porq̃ que me serán mas molestos aborrecidos, que amados: podràs significarles, que yo estoy fuera de Heliopolis, por algunos dias, en una cercana Aldèa, à ciertas dependencias muy urgentes; las quales, concluìdas brevemente, bolverè à mi casa: vè luego al punto corriendo, y dì al Portero, que de ninguna manera permita poner el pie dentro de mis umbrales à hombre ninguno malo, que y à èl los conoce, y mandaselo con las mayores veras, amenazandole con todo mi enojo, si otra cosa hace: un postigo solo podrà servir para lo ptecìso de mi Familia: Las grandes, y anchurosas puertas de mi casa, hasta aora tan abiertas, cuyda de que se cierren luego, y estèn cerradas, hasta que yo mande otra cosa. A los Cocineros daràs orden de que para mi no guisen nada, ni prevengan comida; y en fin, todas las cosas se han de disponer de suerte, que persuadan, y acrediten mi ausencia: esto fio de tì, creyendo de la lealtad con que siempre me has servido, que lo executaràs assi, con el mayor cuydado, y cautela, deseando darme gusto en lo que tan de veras te encargo, y que me importa mas de lo que imaginas.

Entrò à eſte tiempo el Santo Monge Germano; y recibiendole Eudocia con la mayor reverencia, agrado, y reſpeto, aviendo deſpedido la criada, quiſo acabar de informarſe de algunas coſas, y preguntò à Germano, qual era la razon de habitar tan guſtoſos los Monges en los Deſiertos, huyendo de las Ciudades? Si era acaſo por tener en los retirados yermos mas diverſion, y encontrar en las ſoledades mas regalo, y delicias, que en los Pueblos? No es por eſſo, la reſpondiò Germano, ni buſcamos en los pàramos incultos aquello miſmo que huìmos, dexando las Ciudades, que es la abundancia, comodidad, y regalo: El fin con que buſcamos los Deſiertos, es, para abatir la arrogancia, y ſobervia de el animo, y domar la laſcivia de el cuerpo, con hambre, ſed, fatiga, y vil veſtido, y con la falta de toda corporal conveniencia: para eſto nos apartamos de las ocaſiones, aun mas leves de culpas, yà ſean de las que trae conſigo la fragilidad humana, al encuentro de eſtos objetos de nueſtros ſentidos, y yà de las que irrita, y mueve, con ſugeſtion maligna, el Demonio: de todas huìmos por los baſtos arenales, para vencerlas; bien aſsi, como el belicoſo parto, por-

porque con este genero de enemigos, la fuga es la que assegura la victoria.

Importa mucho este estremado desvìo, para librar el alma de lunares, y manchas de pecados, y desordenes, que la afean, y la destruyen, cerrandola la puerta de el Celeste Reyno, que no vè, ni puede vèr, hasta que liquìda en llanto las nubes que echò à la vista, y quitá con àspera penitencia las escamas, que sirven de velo, y carcel à sus ojos. La Silla de luz eterna, y la Region de puro, y sincero gozo, està en los Cielos, donde no llegan las sombras, ni se acercan las feas culpas; porque alli no se dà asiento sino al Hijo de la Luz, ni dexan entrar al que lleva la menor mancha: Abiertas estàn siempre sus puertas, pero las guardan Angeles zelosos, que solo admiten al justo, y resplandeciente: No es facil serlo en este ayre de el mundo, lleno de polvo, y niebla, y por esso salimos à los campos libres, donde el mundano humo no llega, ni estorva la hermosa vista del Sol, y los Astros.

Esta es la razon, Eudocia, de irnos los Monges à vivir à los Desiertos, el estudio, de evitar los pecados en adelante, y de lavar, y quitar

con llanto, y vida auſtera las manchas contraìdas de los paſſados delitos, para deſocupar aſsi, y dexar libre, y ſegura la ſenda de la eterna felicidad, à que aſpiramos. Eſte es, en ſuma, nueſtro fin, y nueſtro eſtado, y eſta es la cifra de nueſtra eſcuela, y eſtudio, deſviar de nueſtros cuerpos el lodo de indignas obras, y conſervar libres las almas de engaño, ceguedad, ſimulacion, murmuracion, y afrenta. El interès que en eſto tenemos, es ſobre manera grande, porque aſsi llegamos à conſeguir belleza, y blancura, igual à los Angeles de Luz, ſegun nos lo anunciò Chriſto en ſu Evangelio, por ſus Sagrados Apoſtoles. En eſta glorioſa empreſſa del Reyno de Dios, no ſon de provecho alguno las temporales riquezas, ni de utilidad alguna; bien como un deſmayado cadaver dentro de el ſepulcro. Y aſsi, Eudocia, ſi querèmos pagar las deudas, que hemos contraìdo, pecando, y adquirir con la paga la ſeguridad, que tanto nos importa, es neceſſario dirigir eſta vida, por los oficios de religion, y virtud, corriendo alegres por la ſenda preciſa de la juſticia, y verdad, y romper nueſtros corazones, al modo que una tunica ſe raſga, con gemido, y dolor

de

de nuestras culpas, invocando continuamente à Dios.

De esta suerte salen las rebeldes manchas de el pecado, y sana el alma de aquellas lastimosas heridas, que la dieron los Ladrones camino de Jericò, à vezes tan antiguas, y enconadas, que de ellas dixo David en su Psalterio: *Pudrieronse, y corrompieronse mis cicatrizes, por mi necedad.* Que hemos de invocar continuamente à Dios, y cantar incessantemente sus loores, nos lo insinùa el mismo Profeta David, quando à su harpa dulcissima, saboreandose en lo mismo que cantaba, decìa: *Què dulces son à mi garganea tus eloquios! Mas que la miel son à mi boca.* Son tan suaves las alabanzas Divinas, que aventajan al gusto, y precio de el manjar mas exquisito, y bebida mas regalada, y dàn mas fortaleza, y fuerza al alma, que el alimento mas sustancial al cuerpo. De esto habla la Escritura Divina, quando dice que el Vino alegra el corazon del hombre, y el Pan le confirma; significando en esse Pan, y Vino los preceptos que nos dexò nuestro Señor Jesu Christo, los quales alimen-

Psalm. 37.

Psal. 118.

tan, corroboran, y alegran el alma, y ſon tam-
bien cierta medicina de todos ſus males, ſanan-
dola de la grave enfermedad de la culpa, origi-
nada de acciones, y obras malas, y al reducir-
la à Dios, la curan, y juſtifican, ſi como debe,
aplica eſtos remedios, conſiderandolos bien, y
meditando con frequencia ſu virtud, ſuavidad,
y fuerza.

Ea, pues, Eudocia, què hazes todavia con
eſſas profanas galas? Arrojalas de tì, y en
humilde veſtido abraza la penitencia, con
buenas obras, que à Dios agraden: ſiem-
bra tus lagrimas en la tierra, y cogeràs en
el Cielo inmenſo gozo; y alegria ſin fin:
Dà ſalida, en copioſo llanto, al pielago
de tus culpas, y agotenle las vertientes de
tus ojos, ſin penſar, que te entregas al ar-
bitrio total de la triſteza, y dolor, y que
yà para tì ſe acabò el guſto de vivir. Mucho
deſto te querra perſuadir el aſtuto enemigo, y
tambien tu flaqueza, haciendola ſoledad el er-
ror antiguo. Segũ las ſeñales de tu penado ſem
blante, alguna obſcuridad te anubla, y entriſte-
ce, temblando tu fragil corazon, abrazarte con
la Cruz, y entrar en el campo de la penitencia,
que te figura aſpero, y eſpinoſo. Quando lo
fue-

fuera, poco, ò nada se pierde en perder toda esta vida caduca, perecedera, y breve: Tan larga es, que sea lastima gastarla toda en asperezas, y rigores? Sobre la tierra, Eudocia, vivimos poco tiempo, y llenos de

Iob. trabajos, y miserias: nuestra vida es una florecilla, que oy sale, y mañana se marchita, sin permanecer un instante en un mismo estado; y una alhaja de tan poco precio, y lustre, nos ha de arrebatar el afecto del corazon, y embarazar nuestro inmortal destino?

A quien trata bien el Mundo? Si me hallares en èl uno, que estè del todo contento, podràs con alguna disculpa poner duda en mis palabras, y persuasiones. Es el Mundo un tyrano, que abraza, y ahoga: el vicio una fiera de hermosa piel, como el tygre, que muestra alhago, y gusto, y dentro es incendio, rencor, ira, y veneno; y es tal el engaño de los mortales, que disputamos, qual es mas suave imperio, el de Dios, ò el del Mundo? En el mismo dolor, penitencia, y llanto de tus culpas, verás por experiencia el gusto, y consuelo que hallas, premissa del que Dios te darà despues en el eterno gozo de los Justos. Nada temas, Eudocia, llora aora

los pecados; que à tu incauto corazon instigò la maligna astucia de el Demonio, y tendràs cerca de tì al Angel Conciliador de tu perpetua dicha: seca los cenagosos charcos, y lodazales de mal anhelito, en que te hà tenido indignamente tantos dias ha el eficàz, y perverso Autor de todos los males, y gozaràs las delicias de el Paraìso, saciando en sus clarìssimos arroyos la ardiente sed de deleytes: contrista con continuados lamentos al que te cargò de tantos pecados, como has cometido, engañandote con falsas lisonjas: persevera, aunque èl se enfurezca, y brame, en el estudio, y practica de el culto, y amor de Dios, y te hallaràs heredera de la luz: trabaja como artificiosa abeja en las flores de diferentes virtudes, juntando justicia, y gracia con muchas acciones santas, y virtuosas: procura agradar à Dios, y ser bien vista de èl, que aqui ostà todo; porque si tienes à Dios ofendido, nunca saldràs de amarguras, y tinieblas; y si le tienes gustoso, te amanezeràn todos los dias alegres.

Penetraron profundamente estas palabras de el Venerable anciano al corazon, y animo de Eudocia, dispuesto yà con lo que antecedente-

te;

temente avia oìdo, assi al mismo Germano, como al Presbytero. Encendida en ardiente dolor de sus pecados, se echò à los pies de el Santo Monge, y con las mayores veras, le hablò de esta suerte: Dignate (ò Varon de Dios!) de acabar en mì la obra, que has empezado; prosigue piadoso, y constante en perfeccionar lo que falta, para que assi me puedas presentar à los ojos Divinos pura, y limpia, librandome de el fiero deshonor, que me han causado mis enemigos, engañandome: quede perfeccionada esta grande obra de mi conversion, y yo heredera de la felicidad, por tus saludables documentos: no apartes, te ruego, la mano de la tabla, hasta que en mì pintes perfectamente à Christo, restituyendo al alma, con vivissimos colores, su imagen.

Persevera, Hija, en el temor de Dios, la respondiò el Venerable Maestro; y encerrada en un aposento, pidele con mucha instancia, y lagrimas ardientes, que borre de tu corazon las varias imagenes de los mundanos objetos, que admirò infeliz, y descuydado, y de tu alma los pecados cometidos, sin que queden señales de sus feas manchas: Assi lo harà, no lo dudes; porque mi Señor Jesu-Christo, benigno, y miseri-

cor-

cordioſo; preſto moſtrarà en ti humanidad, y blandura, y te conſolarà muy apriesſa, con el ſuaviſsimo aliento de ſu gracia. Dichas eſtas coſas, hizo Germano fervoroſiſsima oracion por Eudocia, y formando ſobre ella la ſeñal de la cruz, con feliciſsimo anuncio de ſu cercana libertad, y ſuerte, la encerrò en el mas apartado retrete de ſu caſa, ofreciendola detenerſe en Heliopolis otros ſiete dias, para cuidar de ella; los quales, paſſados en retiro, ſilencio, ayuno, penitencia, y llanto, bolveria à viſitarla, y aſsiſtirla.

***

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO SEXTO.

Eudocia, perseverando siete dias en silencio, y oracion, tiene una Vision maravillosa.

PAssados los siete dias de la reclusion de Eudocia, bolviò à su casa el cuydadoso Germano, y abriendo las puertas de el aposento, en que la avia dexado encerrada, y cuyas llaves, al parecer, se avia llevado consigo, la dixo en voz alta, que saliesse fuera. Saliò Eudocia, pàlida yà, y enflaquecida; el semblante, y aspecto muy modesto, y humilde, y en todo muy otra de la que avia sido. Cogiòla de la mano el buen viejo Germano; y mandandola sentar, despues que èl venerò devotissimamente à Dios, tomò tambien assiento, y la habló en esta forma: Dìme, hija, en què has ocupado el pensamiento estos dias? Què has entendido? Què has visto? Què te ha sido mostrado? Harè lo que me mandas,

das, Padre, y Maestro mio, dixo Eudocia, y te referirè quanto por mì ha passado, que es mucho, y admirable: estàme atento:

Despues de aver perseverado seis dias en la forma de oracion, que me fuè ordenada, estando yà en el septimo dia, postrada de la misma suerte delante de Dios, y pegado mi rostro con la tierra, me vì rodear de una gran luz, que era mas que la de el Sol: levantème con algo de sobresalto, pensando que el Sol, desamparando su Orbe, y regular vereda, se avia entrado en mi aposento, y vì entre el resplandor un Joven, de gravissimo semblante, vestido de una Tunica blanquissima, qual suele estàr la nieve intacta en los montes. Muda yo, y admirada, no tuve alguna accion libre, mas que la de atender, con gozoso susto, la peregrina, y celestial hermosura, objeto nuevo à mis ojos. El Celeste Joven, con grande agrado, me cogiò de la mano derecha, y me sacò à los espacios del ayre, donde haciendo Carroza, y cortina de una nube, me encaminò velòzmente al alto Cielo.

Vì una dilatadissima Region, esclarecida toda de copiosissima luz, en cuya comparacion el dia mas claro de este mundo, es anublada tan de;

de ; y casi obscura noche. Entre el interminable explendor, reparè gran multitud de hombres, todos vestidos de blanco, los quales se ofrecian juntos à mi vista, sin tener necesidad de bolver à diferentes partes los ojos : estaban alegres, y entre sì risueños, y alborozados, anegados, segun parecia, en un mar de incomparable gozo. Repararon en mì, y saliendome al encuentro, me saludaron corteses, y apacibles, con tanta alegria, y cariño, como si yo fuera hermana de cada uno. Con el mismo agrado me llevaban entre sì, introduciendome mas, y mas en aquella inenarrable luz, que excedia dobladamente al mas vivo esfuerzo del Sol, al tiempo del Medio-Dia.

Admirè, à la verdad, tanta atencion conmigo, y que animos encumbrados en el Zenith de dichosos, gastassen tanto agrado con quien no los conocia, ni merecia verlos, y con quien forastera, y deslucida, venia de los infimos valles de la tierra. Tan noble Region es aquella, y tan generosos los que la viven, y habitan. No avia tenido yo tiempo para ponderarlo mas, que era verse una abatida muger en parages tan sublimes, entre tanta luz, y comitiva gloriosa; pero

pref-

preſto me lo hizo advertir un triſte aſſombro; ſobreſaltando el gozo en que me hallaba. No sè què nombre darle: era un monſtruo, un veſtiglo, un eſpectro, y figura disforme, mas triſte, y obſcurecida, que el carbòn, y la pez, y quantas negreguras conocemos. Dixera yo, que la noche mas lobrega ſe copiaba de ſu roſtro, y ſalia reſpirada de ſu aliento: moſtraba ſu encono, è ira, con el rechinar de ſus dientes, y con el mayor conato me procuraba apartar de el lado de mi Celeſte guia: Quien duda, que para enſangrentarſe en mì, y deſpedazarme, como lo hace el lobo montaràz con la incauta corderilla? Ay infeliz de mì, que teniendo enemigos tan fieros, lo ignoraba! Viendo que yo tenia amparo, y defenſa, prorrumpiò en un clamor horrible, à cuyo ſonido ſe llenò de ſuſto el ambito anchuroſo de el ayre.

Diò vozes à los Glotioſos Cindadanos, y les dixo: Tambien à eſta quereis entrar en el Reyno de los Cielos? Pues para què me canſo yo ſobre la tierra, en poner aſſechanzas à los mortales? Vano es todo mi trabajo: eſſa muger manchò toda la tierra con ſus culpas, y deſordenes; inficionò à gran multitud de hombres, con el con-

contagio de su feo obrar: Quanto arte, y fuerzas tengo, todo lo emplcè en prevaricarla, y perderla: Yo conciliè à su hermosura infinitos amantes, nobilisimos, y opulentos, de quien juntò tantas riquezas, oro, y plata, que no la hacen ventaja los Erarios de los Reyes: Gloriàbame yo en verla tan mia, y tan prompta, y eficàz, para el logro de mis intentos, teniendo en ella un palmar instrumento, y maquina irresistible, con que triunfar de los hombres, apartandolos de Dios, y trayendolos à mis redes, y aora se hace esto conmigo? Bolviò entonces la fiera vista al celestial Mancebo, que me llevaba de la mano, y con gran quexa, le hablò en esta forma:

Tanta es tu ira conmigo, (ò General de los Exercitos de Dios!) que me quieras echar à los pies de essa muger, para que me ultrage, y huelle? Aùn no se hà satisfecho tu venganza, con arrojarme tan desayradamente de el Cielo, despeñandome, huyendo de tus ojos, como torbellino embuelto en humo? Despues de esso, no cessa tu ardimiento, siempre armado contra mì, acometiendome cada dia, y haciendome injurias atrocisimas; Esta de aora es la mas sensible,

ble, pues sacas de mi poder una esclava tan mia, y comprada à tanta costa. Yà para mì no queda nada seguro: yà temo, y con razon, que me arranques de las manos todos mis cautivos, para ofrecerlos libres (gran Dòn à la verdad!) en las aras de Dios, llamandolos à la herencia de el Reyno de los Cielos, ò vanos connatos mios! Escusados por cierto son los grandes trabajos, y astucias que pongo, cauteloso, y paciente en coger, y derribar à los hombres. Por què haces burla de mì tan cruelmente? Cessa en tantos estragos, y amenazas, y haz memoria de quien soy; y si te has olvidado, desata un poco estas cadenas, que me oprimen, y veràs en un momento destruìdo el Genero Humano, sin quedar sobre la tierra uno tan sòlo, que buelva à resucitar la Estirpe, à quien tanto aborrezco.

O triste suerte mia, yà insufrible! Fuì yo echado de el Cielo por una brevissima inobediencia, y te atreves tù à introducir en el celeste Reyno à estas criaturas viles, sumidas en amontonados pecados, y acostumbradas, con el mayor desenfado, à burlarse de Dios, estandose por largos años contumaces en sus culpas, y cometiendo delitos sobre delitos? Si en esto no

ha

ha de avẽr mas orden, que tu voluntad, y arbitrio: acaba de una vez, arrebata todos los hombrecillos perdidos, que viven como beſtias; juntalos à todos de ſobre la ház de la tierra, donde andan eſparcidos, y entralos violentamente al Imperio de Dios, y à ſu gracia, que yo entonces no tendrè mas que hacer, que irme à eſconder entre tinieblas, por no vèr violencias ſemejantes, y arrojarme al abyſmo de penas, que me eſtàn preparadas por la eternidad de los ſiglos; menos padeceerè allì, que à viſta de los agravios que me haces.

Eſtas, y otras muchas coſas dixo aquel enfurecido Demonio, perorando vehementiſsimamente contra mì, y clamando, que ſe le hacia injuſticia, en ſacarme de ſu poder, y llevarme à la luz: qual eſtaria yo entonces, yà lo conſideràs, Padre Germano: Eſclava yo de un monſtruo como aquel? El con juſto derecho de poſſeerme, y llevarme à las negras regiones, que habita; deſpues de averme engañado en eſtos triſtes ayres, donde ſe emboſca? Aùn aora tiemblo de imaginarlo! Como me huviera yo librado de tá fatal peligro, ſino tuviera ſuperior defenſa? El reſplandeciente Joven, que me lle-

vaba de la mano, no hizo caſo alguno del vo-
cinglero enemigo, ni le reſpondiò palabra: mi-
rôle ſolo con ſemblante ſevero, y accion de
deſprecio; y bolviendoſe à mì, me atendiò
benigno, y apacible. Deſatòſe à eſte tiempo
de la altura una voz, que pareciò baxar por
entre aquella copioſa luz, que como dixe,
abſorta yo miraba, y difundiendoſe ſu ſoni-
do latamente por aquellos eſpacios luminoſos,
oyòſe, que decia: *Aſsi lo quiere Dios, apia-
dandoſe de los hijos de los hombres, que los que
entre ellos tomaren el ſaludable conſejo de la pe-
nitencia, ſean recibidos en el Seno de Abraham.*
Dichas eſtas razones, ſe dirigiò la miſma cla-
ra voz à mi celeſte guia, y le hablò aſsi: *A
tì digo, Miguèl, Cuſtodio, y guarda de mi Teſ-
tamento, buelve à eſta muger adonde la ſacaſte,
para que acabe ſu pelèa, y yo eſtarè con ella todos
los dias de ſu vida.*

Obediente al Imperio Divino el lealiſsimo
Angel, me bolviò velozmente al conclave, ò
poſento en que yo avia eſtado, que es eſte
miſmo: y poniendome de pies en el miſmo lu-
gar de que me avia ſacado, me mirò con mu-
cho agrado, y me dixo: *La paz ſea contigo,
Sierva de Dios, Eudocia, confortate, y sè robuſta:*

El

El favor Divino te assiste aora, y siempre, y en todas partes te amparará su gracia. Tomando yo de sus palabras, y agrado gran confianza, le dixe: Señor mio, oye mis ruegos, Quien eres? No me niegues, te suplico, esta noticia: sepa yo tu persona, y nombre, para que tambien sepa como he de creer en Dios verdadero, y alcanze assi la vida que deseo. Yo soy, me respondiò, el Principe de los Angeles, que sirven al verdadero Dios: à mi cargo està el recibir à los pecadores arrepentidos, y cuydar de ellos, llevandolos à la Vida Bienaventurada, que carece de fin: es grande el gozo de los Coros de los Angeles en el Cielo, todas las vezes que sale un pecador de la caliginosa sombra del pecado, à la pura luz de la penitencia. No quiere de ninguna manera el Padre amabilissimo de todos, que perezca lastimosamente, y se pierda el alma del hombre, à quien al principio formò con sus proprias manos immaculadas, à su misma imagen, y semejanza. Por esta causa se ale gran todos los Angeles, quando vèn à un alma, que adornada de justicia, adora al Eterno Padre y saliendola al encuentro, festivos la dàn parabienes, y la abrazan, conociéndola por su herma-

na, por aver arrojado de sì las tinieblas del pe-
cado, y convertidoſe à Dios vivo, Padre co-
mun de todos los Hijos de la Luz, conocien-
dole, y tomando reſolucion firme de ſervirle.
Dicho eſto, hizo el Celeſte Principe tres vezes
la ſeñal de la Cruz en mì, y adorando yo à
Dios, poſtrada en tierra, bolviò èl al
alto Cielo.

CA-

CAPITULO SEPTIMO.

Ultima confirmacion de Eudocia, en el Decreto de su conversion: Y ausencia de Germano.

ADmirado; y gozoso escuchaba èl Bienaventurado Germano à Eudocia, ponderando consigo las inefables misericordias de Dios; y haviendola oìdo toda la relacion de sus successos, los recomendò à su estimacion, y memoria, con estas palabras:

Yà, hija, tienes certeza de lo que tanto deseabas saber, para assegurarte; y de aqui adelante no podràs dudar, que ay en el Cielo Dios verdadero, prompto à recibir à los que se arrepienten de sus culpas, en la eterna luz, donde reyna èl mismo, y tiene su Trono resplandeciente, servido de Ministros, y Criados glorioso, que son los Santos Angeles, à quien viste cercados de el explendor inmortal. Tambien has visto

visto por tus ojos la Real Magestad, y Gloria de Jesu Christo, Señor nuestro; y comprobado con la experiencia su blandura, y facilidad en perdonar sus ofensas, y la inefable misericordia, con que està inclinado, y prompto à admitir en su gracia à los que desean su amistad. Experiencia tambien has hecho de su alto sèr, y divinidad, y de la magnificencia, y luz de la Celeste Corte, y Palacio, en que reside; y consiguientemente sabes, quan desmayada, y tibia es la luz de este mundo, comparada con aquella claridad. Aviendo visto cosas tan admirables, quales son aora tus pensamientos? Què intentas? Declarate; dime sin rebozo lo que resuelves.

A esto Eudocia, cierta yà de la verdad, y resuelta à servir de todo corazon à Dios, Sumo Rey, y Padre, respondiò: Creo firmemente, que no ay otro Supremo Dios, sino este, cuyos Règios umbrales vì despedir brillante explendòr, è incomparable lumbre, y cuya Magestad, con ser tanta, no se desdeña de dàr la mano à los que yerran, y salvar à los hombres, que le ofendieron ciegos, y le buscan humildes,

Pues siendo esso assi, bolviò à decir Germano: Prevèn, hija, el animo, para servir à este unico, y amable Dios, que yà conoces, y permanecer en su obsequio, con seguridad, constancia, y paciencia. Los frutos de tu penitencia han de preponderar à los pecados de tu passada vida, haciendo en tì tal transformacion, y mudanza, que de objeto aborrecible, que eras antes, passes à ser Dòn precioso, y agradable à los ojos Divinos: llora, y lamenta, Eudocia, y perfiste en el llanto, hasta que laves de el todo, con lagrimas, la inmundicia contraìda, y quedes tan pura, y hermosa, que merezcas ser sublimada à esposa de Christo: corran las fuentes de tus ojos, hasta tanto que no quede en tì mancha, que no se borre, ni lunar, y defecto, que no salga, y dexe libre de su fealdad tu rostro. De los que lloran sus pecados, està escrito en las Sagradas Letras, en nombre suyo:

Psal. 118. *Mis ojos brotaron golpes manantiales de agua*, porque lagrimas intercadentes, arguyen corazon tibio; y las que presto se secan, no tienen mucha eficacia, ni son para empeño, que tanto importa.

Olvidate, Eudocia, de tus passadas, è infe-

lices glorias; y de tu deſgraciada, y vanà juventud. O con quanto engaño marchitaſte el florido tiempo; creyendo, que la primavera de tu edad era ſolo para el mundo, como ſi Dios te huviera dado eſſa exterior hermoſura para armar contra sì miſmo encanto de tì propia, y veneno de los mortales! Mucho has errado, Eudocia, mucho mal has hecho: conviene, que te aflixa eſſa memoria, y dès al Cielo ſatisfaccion de la guerra, que le has hecho, para que aſsi Chriſto Señor nueſtro ſe olvide de tus culpas, y nunca mas haga ſentido recuerdo de los eſtragos laſtimoſos; que humana fiera hiciſte en tì miſma, y en ſus rebaños. Redime el cuello de el grave yugo, dura, y vergozoſa ſervidumbre, en que el Demonio te ha tenido tanto tiempo, y paſſa al ſuave, y ligero yugo de la vivifica penitencia, para que reſcatada de la eſclavitud tu cervìz, te conozcan, y eſtimen, como libre, los hombres Juſtos, y los *Iſaìas 52.* Santos Angeles: levantate, levantate, viſtete de fortaleza Syon: viſtete de galas de Gloria, Jeruſalèn, Ciudad del Santo, que và no paſſarà mas por tì el incircunciſo, è inmundo: ſal de entre el polvo, levantate: ſientaſ-

tate ; y descansa , Jerusalèn : desata las cadenas de tu cuello , cautiva hija de Syon , porque esto dice el Señor : De valde fuisteis vendidos , y sin plata sereis rescatados.

Cursa , hija , con perseverancia , y connato la escuela de la continencia , y verdad de la Fè Christiana ; y llamando à consejo el testimonio de la buena conciencia , no dudes oponerte animosa , y confiada al Demonio, insultandole , y diciendole : Yà no tienes nada en mì , ni yo contigo dependencia alguna. Yo hallè à mi verdadero , y legitimo Señor , y me restituì à su dominio , para que me possea eternamente , echando de mi pecho aquel tyrano antiguo , infausto dueño , el tenebroso, y obsceno amor , que en su nombre disfraza el mayor odio , y en sus ligeras plumas los mas ciertos desengaños. No pienses (ò enemigo!) que dura en mì prenda suya : mi corazon yà es libre, y bate alegre las antes cautivas alas. Mi pensamiento es mio , y mia mi memoria , limpia su quadra de las engañosas imagenes, que con fingida valentìa de tosco , y falàz pinzèl , presumian estimaciones , para arrastrar las mias , y robar mis afectos. Yà veo el engaño : yà me consta la falsedad,

y mentira, y no ha quedado lienzo; que no raſgue, ni lamina, que no arroje. Las profanas galas, que tuve por adorno, blaſonando de èl, como la maripoſa de el color de ſus alas, yà las tengo olvidadas, y aborrecidas, y eſtoy veſtida de una nueva, è incorruptible Eſtola, que à la luz que echa de sì, me ha hecho hallar la gracia, y hermoſura verdadera, y la vida, que he de gozar dichoſa, por los ſiglos de los ſiglos. No hallaràs yà en mì el menor aſimiento à las riquezas terrenas, porque he conocido, por mi bien, lo nada que ſon; y lo poco que duran. A lo que atiendo, con toda mi alma, cuydado, y diligencia, es, à adquirir los teſoros celeſtiales; y aſsi, toma quanta me diſte, con aſtucia, y engaño, y apartate de mì, aborrecido tyrano, à quien algun tiempo admitì, y tuve por ſeñor, ſiendo à la verdad ageno ladron de los que ſon libres para venderlos por eſclavos, y eſclavo condenado, por ſu mal obrar, à tinieblas ſempiternas. Tratale, hija, de eſta ſuerte, y no le temas, que Dios te aſsiſte, y le quebranta, y como ſobervio, que es, huye de ſu dolor, y deſayre.

No neceſsita Eudocia de tan vehementes per-

perſuaſiones, quando eſtaba yà tan iluſtrada de lo alto, y aficionada à lo eterno; pero mientras peregrinamos en carne mortal, ſiempre ay peligro; y el zelo de Germano, viendo à Dios tan empeñado en atraer à aquella pecadora, aſsiſtiò con ſu eloquencia à ſu declarado amor. Quedò Eudocia ſumamente alegre, y confirmada en ſus buenos propoſitos; y deſeoſa de paſſar luego à la execucion de ellos, dixo al Santo Germano: Venerando, Padre, què me mandas hacer aora? Antes de todas coſas (la reſpondiò) has de recibir el baño de pureza, y de Fè, el S. Bautiſmo, que te guardarà de aqui adelante intacta, y libre para ſiempre. Yo, con la ayuda de Dios, me parto à mi Monaſterio, y bolverè à verte, ſi fuere ſu voluntad. Eudocia, al oìr eſto, vertiendo tiernas lagrimas, le ſuplicò no la dexaſſe, haſta vèr conſeguida del todo ſu converſiõ à Dios, pues era importante ſu preſencia, para que el antiguo Artifice de engaños, viendola ſola, y deſtituìda de ſu auxilio, no intentaſſe retraerla de la ſenda de la vida, y bolverla al vomito de ſu licencioſa, y torpe vida. Dios, que te ha dado eſtos buenos deſeos, dixo Germano, los perficionarà en tì, librandote de los aſtutos lazos de el ene-

enemigo: Perſevera aùn algun tiempo en la humulde confeſsion de tus pecados, delante de Dios, y procura luego ſer bautizada. En eſſe interin paſſarè yo à mi Monaſterio, donde ſoy neceſſario, y brevemente darè la buelta à Heliopolis à verte, y à aſsiſtirte, y entonces ſe tomarà providencia de lo que has de hacer, y del modo, y forma de vida, que has de elegir, ſegun el Divino Eſpiritu nos inſpirare. Dicho eſto, bolviò à hacer oracion por ella, y ſe partiò Germano à ſu Monaſterio, quedando Eudocia muy confirmada en ſus buenos intentos, aunque laſtimada, y llorosa, por la auſencia de ſu Maeſtro.

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO OCTAVO.

Bautiſmo de Eudocia, y Memorial, que diò al Obiſpo Theodoto.

PArtido à ſu Convento el Venerable Germano, perſeverò Eudocia algunos dias mas en eſtrecho ayuno, ſiendo ſolo ſu ſuſtento pan, azeyte, y agua. Paſſaba los dias, y gran parte de las noches en oracion, y continuas lagrimas, pidiendo à Dios la perdonaſſe los desbaratos de ſu vida, y la dieſſe ſu gracia, para hacer la debida penitencia. Acudiò deſpues al Obiſpo de Heliopolis, el qual la bautizò en el nombre de la Santa, y conſubſtancial Trinidad, y bolviendo Eudocia à ſu caſa, recibido yà el Sacramento de la iluminacion, eſcriviò de ſu mano una liſta, ò memoria de todas ſus riquezas, y bienes temporales, que tenia, y la remitiò luego al ſantiſsimo Obiſpo; el qual admirado de lo que el papel contenia, y de que perſona particular fueſſe tan opulenta, em-

embiò à llamar à Eudocia, y la dixo: Eres tù, hija, la que embiaſte à mis manos eſta carta, y memoria de tantos bienes? Yo ſoy, reſpondiò Eudocia, y de nuevo buelvo à ſuplicarte, recibas lo que ofrezco. Replicòla el Obiſpo: Què quieres que haga yo de eſtas riquezas, y en què guſtas que ſe diſtribuyan? A que reſpondiò Eudocia: Manda (ò Santo Prelado!) al Economo, ò Mayordomo de eſta Santa Igleſia de Dios, que reciba de mi eſtos bienes temporales, que tengo, y una vez en ſu poder, diſtribuyanſe à tu arbitrio, entre los neceſsitados, y mendigos. Yo sè, que quanto tengo es injuſto, y mal habido; y aſsi, no reputes à liberalidad el apartarlo de mi, y deshacerme de ello, que no es ſino cuydado de deſprender de mi las culebras, enroſcadas à mi pecho, y garganta, para que no me ahoguen.

De eſtas palabras entendiò el Santo Obiſpo, cuyo nombre era Theodoto, la gran fee, y confianza, que tenia en Dios Eudocia, y la excelencia, y fervor de ſus propoſitos. Miròla con atencion, y conociò la generoſidad de aquel animo previendo en eſpiritu la prodigioſa, y ſanta vida, que avia de hacer, y el glorioſo termino de

ſu

su feliz carrera: todo se lo revelò Dios al Obispo; el qual, admirando, enternecido, las misericordias de Dios, dixo à Eudocia estas razones: Ruega, hermana, por mì à Dios, que te oirà siempre benigno, y amoroso, pues has sido digna de ser su esposa, despues que arrojando de tu corazon al amor impuro, huesped indigno de tan noble retrete, amaste la pureza, y castidad con tan ardiente afecto, que alcanza el precio de arrepentida, à comorarte, en algun modo, el candido lauro de Virgen: Què no haràn las lagrimas, el dolor, y desengaño! Y què no conseguirà de Dios un alma penitente, perspicàz, y afectuosa! Al mundo, que era antes tu señor, has vendido por esclavo; para comprar la preciosa margarita de la gracia, y dicha eterna: llorado yà el error de poco tiempo, tu penitencia te abre las puertas de la eternidad. Antes tenias la muerte en los ojos, y yà sigues con ellos la clara inmortalidad: à muchos perdiste, Eudocia, pero à muchos has de vivificar en Christo: fuera yà de las cerradas tinieblas, te has vestido del explendor de la Fè, y estàs tan pura, y bella à los ojos de Dios, que mereces el titulo de Cordera de Christo, con que ex-

explica su favor, y agrado, y se cumple tambien la significacion de tu mismo nombre de Eudocia, en que estaba como assegorada esta dicha: tù aora, despreciando el vulgo, y hèz de los perdidos hombres, que te ofrecian dones, y riquezas, has escogido el Senado de los Angeles, à cuya pura vista quieres solo parecer hermosa, para merecer su compañia, y vivir entre ellos, siempre felìz, amada, y gozosa: assi serà, assi serà, que es Dios muy fino. Tù, con su gracia, seràs muy cuydadosa, y los Santos Angeles te haràn guarda, y custodia: ruega por mì, buelvo à suplicarte, sierva, y amiga de Dios, felicìssima Eudocia, y acuerdate de mì en el Reyno de los Cielos, si quando tù pisàres alegre los Astros, camino yo todavia por estas cansadas arenas.

Estas, y otras muchas cosas la dixo el Santo Obispo Theodoto; y llamando à su Diacono, le hizo ir à toda priessa por el Prefecto de la Casa de Hospitalidad, que tenia la Iglesia de Heliopolis; y venido à su presencia, le dixo: Yo sè, que eres hombre ajustado, y Religioso, y que tienes el conveniéte cuidado de las almas, que estàn à tu cargo; aora te encargo esta que vès,

y te la encomiendo mucho : cuyda de Eudocia, asistiendola con saludables consejos ; y las riquezas temporales , que ofrece à Dios , y à su Iglesia , repartelas con el modo conveniente , entre los pobres , y mendigos ; que assi lo quiere ella , y assi importa.

Este virtuoso varon , prepósito del Hospital de Heliopolis, era en Dignidad Presbytero, y desde su primera, y tierna edad avia cuydado tanto de la guarda , y pureza de su alma, que avia guardado castidad constantissimamente , y hecho guirnalda à sus sienes de las azuzenas de la Virgen. Quanto le dexaron sus padres, y tenia en el siglo, todo lo renunciò, y hizo donacion de ello à la Iglesia de aquella Ciudad : à un hombre como este , tan puro, desinteressado , y perfecto, le encargò el Santo Obispo prudentissimamente el cuidado de Eudocia, y de sus bienes , y no à otro : hermosura, poco hà, tan libre , y innumerables riquezas , sobraban para peligro de qualquier mortal : à ser posible , Angeles debian ser los que cuydassen de algunas almas ; mas yà que esso no sea , sean hombres, que vivan como Angeles, que un alma es rica joya , y no para todas

manos; y la que todos tienen en vaso quebradizo, pide grande cautela, hasta que el Divino Gedeon quiebre el cantaro, para que brille la encerrada luz.

El Santo Presbytero fuè con Eudocia à su casa, y ella al punto, llamando à todos los criados, que cuydaban de su hacienda, les dixo diessen exacta cuenta de lo que tenian à su cargo, y lo manifestassen todo alli à sus ojos, con distincion, y claridad. Obedecieron los criados puntuales, y apareciò una suma, casi increible, de riquezas. Veinte mil libras de oro muy cabales: vestidos, y galas riquissimas de diferentes telas, no tenian numero: como ni tampoco las joyas, piedras de exquisito precio, y margaritas: de vestiduras de seda, raras entonces, y apreciadissimas, se hallaron setenta y cinco cofres llenos de ellas: de ropa de lino delicadissimo, quatrocientas y diez arcas: de galas de brocado, en que el oro abundante resplandecia, avia ciento y sesenta cofres; y ciento y cinquenta y dos de otro genero de vestidos, bordados prolixamente con aguja, que entre lo precioso de la tela tenian entretexidas piedras preciosas, con preciosissima

las

labor, y arte, llamado Frigionico; por ser invencion de una Provincia de Asia, por nombre Frigia. De otros vestidos ricos, y varios, tenia Eudocia ciento y veinte y tres Arcas, muy grandes: de oro sellado se contaron veinte y cinco myriades, que hacen mas de docientos y cinquenta mil doblones: de almizcle avia doce caxoncillos, y treinta y tres de estoraque putissimo de la India. La baxilla de plata, en vasos, de diversas hechuras, llegaba à valor de ocho mil pesos, ò ducados, de aquel tiempo. El coche, ò silla volante, en que salia Eudocia à ser vista, centelleaba vistosissimamente, con muchas preciosas piedras, engastadas, y repartidas con hermosura, y orden, y tantas en numero, que llegaba à quinientas libras el rico material de la Carroza, que se explicaba en luces. Quantas vezes sus ciegos Amantes la tendrian por la Aurora, creyendolo la deslumbrada Eudocia, sin advertir, que las ruedas de su carro no iban por Cielo, y Astros, sino por tierra, y lodo? Cortinas de seda, y oro se hallaron muchas, que pesaban mas de ciento y treinta y dos libras; y de seda sola, velos, y cortinas, hasta el peso de setenta libras, cuyo pre-

cio, para que se advierta mejor quàn excessivo era, debe advertirse, que por los tiempos que Eudocia vivia, que fuè imperando Trajano, tenia la seda igual valor con el oro; de suerte, que se daba una onza de oro por una de seda, y en esta estimacion estuvo aun muchos años despues; pues, como refiere Flavio Vopisco, en la Vida del Emperador Aureliano, pidiendole licencia la Emperatrìz su muger, para usar de Palio, ò manto de seda, la negò, diciendo ser mal hecho, que los hilos de una tela se pesassen à oro; de lo qual se podrà inferir la opulencia de Eudocia, solo en galas, velos, y ropa de seda. Referir por menor las demàs alhajas, y bienes que tenia, aunque de menos valor que las dichas, fuera trabajo infinito, y cosa de nunca acabar. Demàs de estos muebles, tenia Eudocia muchos bienes raìzes, heredades, y Aldèas, en el territorio de Heliopolis, que le tributaban de renta cada año dos mil y ochocientos doblones.

Absit ut Auro fila pensentur. Vopisc. in Aurel.

No le parezcan à nadie increìblès las riquezas de Eudocia; dexo aparte la segura fee del

del Codice Griego, manuscripto, de esta Vida, que hallò en la Biblioteca Vaticana el Illustrissimo Leon Alatio, escrito mil años antes, con quien contexta el Menologio Griego, que se guarda en el Monasterio de Cripta Ferràta, cuyo Autor fuè el Emperador Basilio Porphirogenito, que administrò el Imperio de Constantinopla, desde el año de 969. hasta el de 1025. el qual, en el Elogio de Santa Eudocia, aunque no dice por menor las riquezas que tenia, como las trae, y refiere el Codice Vaticano, assegura, *que fueron inmensas*, y esso basta. Compruebanlo tambien los Martyrologios Griegos, que en su Idioma se llaman Menèos, y son sus Fastos, y Descripciones de el Rezo, y Oficios Divinos, en los quales se celebra la renuncia que hizo esta Santa de todas las comodidades, y delicias de esta vida, que eran muchas; de lo qual, y de la uniformidad de otros muchos Autores, que afirman lo proprio, resulta un testimonio incontrastable, de cuya verdad, y fee nadie puede dudar.

Para que el poco leìdo acabe de deponer qualquier amago de duda en este punto, advierte muy bien el Padre Pedro Posino, de la

Compañia de Jeſus, eruditiſsimo Interprete de eſta Vida, que la traduxo en Latin del Codice Griego, que ſe hallò en la Vaticana, que ay otros muchos exemplos de otras mugeres, que en las Regiones, y Provincias del Oriente juntaron caſi inmenſas riquezas, por los miſmos medios, y diſſolucion que Eudocia, de que trae muchas noticias Atheneo en el lib. 13. Fryne inſigne Ramera, quiſo levantar à ſu coſta los muros arruinados de Thebas, con condicion, que acabada la obra, la dexaſſen poner eſte Epygrafe, ò Inſcripcion: *Alexandro los derribó, y Fryne, Ramera, los levantò.* En otra coſa moſtrò tambien Fryne la opulencia règia que tenia, que fuè, en tener por Truhàn, para ſu diverſion, y riſa, à uno de los Areopagitas, que era el Supremo Senado de Athenas, no deſdeñandoſe tan autorizado hombre de feſtejar à una muger, que aunque de infame vida, ſe portaba, en el fauſto, y pompa exterior, como una Reyna. Quanto aya ſido el fauſto, y riqueza de Lais, Corinthia, lo indica Propercio, quando dice, que toda la Grecia eſtaba à ſus puertas. La famoſa Thaìs, Athenienſe, aſsi por ſu hermoſura, como por

la

la grandeza de el dote, fue buscada para justa esposa de Tolomeo el primero, Rey de Egypto, despues de la muerte de Alexandro Magno, no teniendo por afrenta tan glorioso Principe, el sublimar à su Trono à una muger como Thais. Rodope, Esclava, y tambien ramera, llegò à tener tantas riquezas, que emulando la gloria de los Egypcios Reyes antiguos, en la fabrica de aquellas Pyramides, llamadas Barbaros milagros de Menfis, levantò otra Pyramide, en nada inferior à essotras, siendo la costa de ellas tan grande, que en solos mantenimientos bastos, y vulgarissimos de los Obreros, dice Plinio, que se gastaron mil y ochocientos talentos, que es una suma grandissima, que prueba la singular opulencia de aquellos vanos, y pròdigos Reyes. Quien supiere la que avemos referido de Frine, Lais, Thais, y Rodope, no dificultarà el creer las riquezas de Eudocia, que aùn no fueron tantas, como las de las mencionadas mugeres, con quien puede hacer compañia la Romana Flora, que dexò por heredero al Pueblo Romano. La locura, y desor-

den de los Gentiles, en aquellos tiempos antiguos, fuè tal, que eran mas Idolatras de sus pasiones, que de las Estatuas; y ciegos, como brutos, sacrificaban vidas, y haciendas, en las torpes aras de sus vicios, y escandalos. Bolvamos yà al hilo de la Historia.

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO IX.

Renuncia Eudocia todas ſus riquezas, y entra en un Monaſterio, donde en breve fue Prelada.

MAniſeſtadas al Presbytero todas ſus grandes riquezas, llamò Eudocia delante de èl à los Eſclavos, y Eſclavas, que la ſervian, y de la gran ſuma de dinero que tenia, diò à cada uno dos mil doblones, ò monedas de oro; y demàs à mas repartiò entre todos el ajuar de ſu riquiſsima caſa, ſillas, camas colgadas, tapizerias, unguentos, y olores precioſiſsimos, que llenaban algunos apoſentos, y las demàs coſas, de que ſe compone una caſa muy aſsiſtida. Deſpidiòſe Eudocia de ellos, y les hablò en eſta forma: Voſotros quantos haſta aora aveis ſido mis Eſclavos, yà eſtais libres: yo os doy libertad, con mucho guſto, y os redimo de la ſervidumbre à to-

todos, y à todas; y pues yà no sois siervos, sino amigos, debo trataros con otro estilo, y agràdecer vuestro passado obsequio, y lealtad, con beneficio de mas monta, que los dones, y libertad, que acabo de daros. Hijos, y hijas mias, à mayor libertad os combido, que durarà para siempre, que esta que de mì os doy, es temporal; y por mas que dure, gozareis de ella muy poco, pues no puede la vida ser muy larga. Podeis, si me oìs, cuydar bien de vosottos, y assegurar vuestra dicha, passando (lo qual està en vuestra mano) à la verdadera libertad de hijos de Dios: conseguireis, sin duda, esta alta suerte, y renombre, si os llegais à Christo, verdadero libertador de las almas; el qual os ennoblecerà con el honroso cingulo de su milicia, al punto que seais libertos de su gracia, y se quiebren las miseras cadenas de vuestros pecados: muchos aveis cometido sirviendome, porque mis ruìnas han traìdo consigo à muchos: harto lo lloro: aora lo conozco, y lo lamento, y quisiera satisfacerlo, y enmendarlo: à esta obligacion se añade mi cariño, y uno, y otro me mueve à daros estos consejos saludables, que es lo que me debeis estimar,

mas

más que todo. Haceos Christianos; ordenad honestamente la vida; reformad las costumbres, y huid de los peligros del mundo; y quando assi lo hagais, y os halleis en la infeliz christiana libertad, acordaos de la misera Eudocia, y pedid à Dios se apiade de ella.

No dexarìa de aver muchas lagrimas en la Familia de Eudocia, al vèr, y oìr esta despedida, considerandola yà como muerta à este mundo; y ella, sin duda, se havia merecido mucho afecto de los que la avian servido, por su agrado, y liberalidad, como se infiere de lo q̃ por ultimo hizo con ellos, dexandolos ricos, y acomodados. Expressamente no se lee, que hiciessen demonstracion alguna de sentimiento; tal suele ser la gente de que se sirven mugeres, que viven como avia vivido Eudocia; pero fuessen, ò no agradecidos, y afectuosos con ella, Eudocia se desembarazò luego de ellos, y los despidiò à todos, quedando sola con el Santo Presbytero, que hasta aqui avia estado callando, atendiendo, y ponderando el gran rayo de Celeste luz, que avia penetrado al corazon, y animo de aquella felìz, y admirable muger.

Di-

Dixòle à eſte tiempo Eudocia: Preſentes, ſeñor, tienes todas mis riquezas temporales: todas las renuncio en tì, muy guſtoſa, y te hago donacion firme, y ultima de ellas, para que las emplees, y diſtribuyas en lo que juzgares mas conveniente. Yo en eſto hago muy poco, pero hago lo que puedo, y debo, por aquel Señor, que con tanto amor me ha buſcado, y reducido, haciendome ſuya, de perdida, que antes era: Eſtremecido el docto, y exemplariſsimo Preſbytero, y ſumamente admirado, de vèr aquel tierniſsimo eſpectaculo de contricion, y profundo deſengaño; y la viſtoſa llama de caridad tan ardiente, la dixo: Bienaventurada eres, Eudocia: con eſte hecho, y merito, te has pueſto en el Coro, y numero de las puriſsimas Virgenes, deſtinadas al talamo de Chriſto: no te engañò la hora de la venida de el Eſpoſo: lograſte felìzmente la improviſa ocaſion de entrar al Aula nupcial: dichoſamente velaſte, precautelando el infortunio, y deſayre, de que te excluyeſſen del talamo, hallando yà cerradas las puertas, y oyendo, aunque llamaſſes, que no te conocian: à buen tiempo preveniſte tu lampara de azeyte, y la

en-

encendiſte, para que no te cogieran las tinieblas: proſigue glorioſa: perſevera en tanta virtud, y esfuerzo chriſtiano, y ruega por mì pecador, tù que te has hecho digna de ſer admitida en el Coro de los Santos. Hizo el Sagrado Miniſtro retirar de alli los bienes, y riquezas de Eudocia, que yà no hacia mas caſo de ellas; que de el polvo que piſaba, y las conduxo al Hoſpital, de que era Prefecto, para gaſtarlas en el ſocorro, y alivio de enfermos, y pobres. Quedòſe por entonces Eudocia en ſu caſa, que à los ojos de el mundo parecia Palacio deſpojado, y à los de Dios, y ſus Angeles, era adornada galeria, en que ſe divertian guſtoſos, ſiendo la deſnudèz de las paredes, y ſilencio de ſus ſalas la mas acorde muſica, y rica obſtentacion; con que pudo Eudocia recibir, y cortejar tan grandes hueſpedes.

En oracion, ſilencio, ayuno, y recogimiento paſsò algunos dias, y noches, ſin aver quien la inquietaſſe. Como avia corrido la voz de aver ido por unos dias à una Aldèa, y era Eudocia, como yà vimos, Señora de algunas, en la vecindad de Heliopolis ſe creyò facilmente, juzgando todos, que las dependencias de

de ſu hacienda la detenian de eſpacio. El vèr à ſus eſclavos, y eſclavas libres, y deſpedidos de ſu caſa, no dexaria de hacer novedad; pero Dios lo diſpuſo de ſuerte, que los mundanos no ſupieron ſus intentos, ni turbaſſen ſu quietud. Enmedio de Heliopolis, donde avia ſido tan publica, y atendida, vivia Eudocia eſcondida, y ſolitaria. En el miſmo golfo, donde acababa de correr borraſca tan deshecha, gozaba la mayor tranquilidad, ſoſſegadas yà las ondas, y trocados los ayres; pues en lugar de los ayrados Notos, ſoplaban dulces Auras, cuyo blando ſilvo, al miſmo tiempo que ſerenaba ſu interior, y la ſuſpendia, la impelia, ſuelto el nuevo blanco velamen de la gracia, y puеſta la Proa à los Aſtros, y la hacia navegar por altiſsimos rumbos de contemplacion, en que iban ſus ſuſpiros dando mas ayre à ſus buelos. Guſtaba Eudocia, y vela quan ſuave es el Señor: ſu llanto era ſu ſuſtento; de dia, y de noche; y hallò por experiencia quanta dulzura encierran las lagrimas penitentes; el dolor las vierte, y el gozo las recoge, y aſsi era Eudocia en los callados jardines, y retiro de ſu caſa, una viva fuente de alabaſtro: el ſentimiento de ſus paſ-

ſas

ſados errores, la enmudecia, y dexaba hecha una eſtatua; y el conocimiento de Dios, y claro deſengaño, la derretian el corazon por los ojos, cuyos raudales, ſaliendo como penados, bolvian à caer gozoſos en la taza de ſu pecho.

Ponderaba Eudocia, arrebatada, y ſuſpenſa, la diferencia que ay de Dios al mundo: eſte hace dolor de la riſa, y de la alegria llanto, ſin acertar nunca à fabricar en ſu Oficina un guſto, ſin ſobreſalto, una diverſion, ſin azàr, ni una dicha, ſin zozobra. Dios empieza como laſtimando, porque ſe halla ofendido, y es neceſſario, que el que faltò à ſu amor, lo ſienta, y gima, ſatisfaciendo agravios con lamentos; pero entre el miſmo lamento, mezcla en breve tal dulzura, que dà mas guſto à una alma un ſuſpiro penitente, que quanto falſo gozo ofrece el Mundo. Eſſa es la muſica que oyò San Juan, formada à un miſmo tiempo de aguas, truenos, y citaras, convirtiendoſe los primeros ſuſtos que atruenan en corrientes, que divierten, y citaras, que ſuſpenden, y elevan. Qual ſerà el gozo, que guarda Dios à los ſuyos en el Cielo, ſi aùn

Apoc. 14.

aun el dolor ; que les intima por las culpas; se le convierte en consuelo ? Las lagrimas de Eudocia eran yà sus delicias : recogida, y gustosa se estaba llorando , y en silencio, y esperanza , iba adquiriendo singular fortaleza.

Vino à este tiempo el Religiosissimo Germano , en quien resplandecia la gracia del Espiritu Santo ; y hallando à Eudocia tan perseverante en su proposito, expendidos yà en piadosos usos sus bienes , y rotos totalmente los lazos del siglo, la llevò consigo, gustando ella, y suplicandoselo assi, y la entrò en un Convento cercano, yendo la Santa vestida de la blanca tunica , que sirviò en su Bautismo ; porque al entrar Eudocia en las sagradas ondas , hizo interior proposito de no traer otro trage, que el que se vestia al bautizarse, y de permanecer en aquel sencillo , y sagrado Avito toda su vida; la qual avia de gastar en el culto , y agrado de Dios. Nunca dexò de traer aquella vestidura blanca, à la qual solo añadia, por tiempo de Invierno, una tunica talar, muy basta, hecha de pelos de cabras, y otros animales , llamada *Cilicina* , por averlas inventado los de Cilicia, Provincia del Asia , ò para defensa del frio , y aguas,

aguas, ò para fruſtrar en las batallas el filo de las ſaetas, ſegun dice Vegecio: De todo le ſerviria à Eudocia la groſſera veſtidura, de deshechar el frio de la tibieza, de defenderſe de las deleznables aguas de ſus paſſados, y fugitivos placères, ſi tal vez ſu amarga memoria ſe le atrevìa, y de burlar las flechas de el enemigo mundo, que ſi hallan aſpereza, dàn en duro, y tuerzen las puntas. Con una miſma accion acudia à muchos intentos, y cautelaba muchos peligros, y de paſſo caſtigaba Eudocia el cuydadoſo aſſeo de andar bien prendida, y el mucho amor que tuvo à ſus profanas galas: de la miſma materia de la tunica ſilicina hizo tambien, y usò un palio, ò manto, en forma de cogulla, y con eſte trage perſeverò ſiempre en el exercicio de la vida religioſa.

Tenia el Bienaventurado Germano ſujetos à sì ſeſenta Monges en un Monaſterio; y en otro, no muy apartado de èl, treinta Sagradas Virgenes, ſiendo ſu Director, Padre, y Prelado. Fue admitida entre ellas Santa Eudocia, y luego empezò à aventajarſe à todas en el exercicio de las chriſtianas virtudes. Trece meſes deſpues de ſu entrada puſo dichoſo fin à ſus

dias santamente, como avia vivido, la Prefecta, ò Prelada de aquel Monasterio, llamada Charitina, en cuya educacion avia hecho Eudocia tantos progressos en tan corto espacio de tiempo, y adelantadose tanto en perfeccion, y aprovechamiento espiritual, que no parecia aver sido nunca del mundo, sino siempre de Dios. Sabia todo el Psalterio de memoria, y con especial ilustracion de el Espiritu Santo, leia, y entendia toda la Sagrada Escriptura, descifrando sus escondidos, y profundos Mysterios. Aguila Real era yà, la que avia sido nocturno Buho de flacos parpados, y con firme vista se entraba por los rayos del Sol à examinar, y vèr su ardor, y luz. Viendola tan sublime, y adornada de todos los demàs dotes, que ilustran à un alma, guardados todos de el zelo ardentisimo con que cuydaba del Culto Divino, y disciplina Monastica, y sobrepuesta claramente en perfeccion, y meritos à todas las Virgenes, dedicadas à Dios en aquel Convento, la eligieron uniformemente por Prelada, en lugar de la Santa Madre Charitina, y no tardò Dios en mostrar con milagros el acierto de esta eleccion, como verèmos presto.

CA-

CAPITULO DEZIMO.

Convierte milagroſamente Eudocia à un joven perdido ; y aviendole muerto , le reſucita.

AVia en Heliopolis un mancebo, de los antiguos amantes de Eudocia, no ingrato à ſus ojos , mientras ſiguiò ciega ſus apetitos. A eſte eſcogiò el demonio para prevaricarla ; y rabioſo de vèr malogradas todas ſus aſtucias, y Roca inexpugnable, la que poco hà avia ſido caña agitada del viento à todas partes, uniò todas ſus fuerzas à eſte arbitrio, que tenia reſervado , para hacer el ultimo eſfuerzo. Sentada en ſu ſoledad Eudocia, y callando , ſe havia ſobrepueſto , y levantado tan ſobre sì , que no llegaban à ſu memoria las eſpecies de el falſo mundo , ſino muy canſadas , y de lexos ; y aun de eſſa ſuerte, eran tan mal admitidas , que ſolo paſſa-

ban à vista de su imaginacion ; para objetos de su aborrecimiento. Vivia en tanta luz, que no assomaban à los Orizontes de sus Potencias internas sombras, ni nubes. Vivia en Christo, no en sì ; y como Christo es luz inextinguible, y segura, transformada Eudocia en èl, gozaba de tan despejado Clyma, y respiraba en ayre tan quieto, y puro, que quantas nieblas exhalan las lagunas de este mundo, no llegaban à su altura, ni el vano rumor de las criaturas alteraba su paz, y su silencio. Todo el mundo, vencido, y olvidado, estaba à los pies de Eudocia por triunfo, y sus afectos, y ojos clavados en el Cielo. Bien conociò el demonio la dificultad de hacerla bolver de tanta luz, y ardor, à la tiniebla, al frio, y al engaño; mas no por esso dexò de intentarlo. Previno èl arco mas robusto, y la flecha de mas alas, para dàr alcance à la remontada Paloma, y ensangrentarse en ella, abatiendola à tierra, sin gracia, y sin vida.

Conmoviòle el animo de Filostrato (assi se llamaba el mancebo) con acerrimos estimulos de concupiscencia : y como èl era materia tan àrida, y dispuesta, la memoria de los passados de-

deleytes, causò en èl tanto incendio, quẽ discurriendo como frenetico, no poder vivir sin Eudocia, resolviò buscarla, con la mayor diligencia, y reducirla à toda costa otra vez à su amor. Huvo de rastrear alguna noticia, de que vivia oculta en aquel Monasterio; y despues de muchos, y varios discursos que hizo, para el logro de su intento, determinò valerse de el siguiente arbitrio, teniendole por mas eficàz, breve, y apropositо.

Vistiòse un Avito de Monge, y llevando consigo oculta una gran suma de oro, se encaminò à pie àzia el parage donde sabia estaba Eudocia escondida. Llegò al Monasterio, cuyas puertas hallò cerradas: llamò Filostrato, y acudiendo à sus golpes una de aquellas Sagradas Virgenes, que era Portera, entreabriò una ventanilla, solamente para el sonido de la voz; y sin dexarse vèr el rostro, poco, ni mucho, preguntò quien llamaba, y què querìa? El astuto Filostrato, que iba informado de los estylos Monasticos de aquel tiempo, respondiò: Soy un pecador, que vengo à pedir vuestra bendicion, y à encomendarme en vuestras oraciones. Dixole la Portera: Hermano, error ha si-

do el llegar aqui; porque eſte ſitio, y clauſura, es inacceſsible à hombres: Paſſa mas adelante al Monaſterio del Venerable Padre Germano, donde conſeguiràs facilmente lo que pides, y deſeas; y ſin detenerſe à mas, cerrò la Religioſa la ventanilla, dexando burlado al engañoſo Filoſtrato.

No deſmayò por eſſo, ni el fuego que èl traìa, ſe havia de apagar con el primer eſtorvo: paſsò adelante al Monaſterio de hombres, y al llegar à èl, encontrò luego con el Santo Padre Germano, que havia ſalido àzia la Porterìa, y eſtaba leyendo en un libro. Arrojòſe à ſus pies el aſtuto mancebo, con la humildad mas profunda, y bien fingida; y levantandoſe deſpues al oſculo de paz, hablò, y ſaludò à Germano, ſegun era coſtumbre, y eſtylo entre los Monges, que en todo ſe avia impueſto, para diſfrazar ſu intento, y facilitar el engaño. Hicieron juntos oracion un rato, como era entonces uſo; y aviendo pedido, y alcanzado la bendicion de Germano, mirandole con mucho agrado el ſanto viejo, le hizo tomar aſsiento junto à sì, y le rogò, que ſi no ſe le hacia moleſtia, le dixeſſe de què Region, y Provincia

era

era, y en què Convento avia profeſſado la vida Regular, y Monaſtica? Que como en aquel tiempo de Emperadores Gentiles andaban los Chriſtianos tan perſeguidos, no podian ſer muchos los Conventos donde ſe viviesſe vida cenobitica, aunque avia algunos, como conſta de eſte ſuceſſo, y antiquiſsima Hiſtoria, que teſtifica aver en la Igleſia Monges Cenobitas, y Monaſterios, en tiempos tan inmediatos à los Apoſtoles, como los de Trajano, cuyo Imperio alcanzò San Juan Evangeliſta; lo qual ſe nota de paſſo, por aver quien diſcurra de otra ſuerte, no admitiendo Monachiſmo en la Igleſia, ni vida Cenobitica, haſta el Imperio de el grande Conſtantino; y no es eſta Hiſtoria el unico inſtrumento, que prueba ſu equivocacion, como alguna vez, ſi Dios quiere, ſe tratarà en otro lugar, y obra.

A la pregunta de Germano, reſpondiò Filoſtrato en eſta forma: Yo, Padre Venerable, ſoy hijo unico de mis padres, à quien debia ſingular amor, y yo ſe le correſpondia, con la mayor ternura: Faltaronme aora poco hà ambos juntos, y quedè huerfano, ſin mas conſuelo, que el verme yà en edad competente para

cuydar de mì, y de mi hacienda. Parecia preciso el casarme, y mas en esta edad que vès, tan expuesta al despeño de las pasiones; pero lastimado mi corazon con la reciente herida de la muerte de mis padres, temblaba de experimentar otra vez semejantes golpes, y la razon despierta, y escarmentada, aumentaba el susto, y cautelaba el peligro, dictandole al alma, que qualquiera objeto criado, en quien pusiesse su afecto, y empeñasse su cariño, le avia de ser por fin cuchillo, que la hiriesse, y dogal, que la ahogasse; porque siendo un bien caduco, y perecedero, quando algun breve tiempo le alegrasse, por ultimo le avia de faltar, sirviendole de pena, y de tormento, y dexandole en triste noche, solo, y desengañado, de que lo que avia abrazado afectuoso, avia sido una sombra, un vapor, y una ilusion fantastica de los sentidos.

Con estos discursos tan claros, y ciertos, se helaron en mì los pensamientos de casarme, y detenerme en el mundo, y preferì al matrimonio la vida Monastica, con tanto conocimiento, estimacion, y aprecio de ella, que procurè luego al punto tomar insignia de Monge, y vesti-

tirme este Avito que vès, con animo de buscar despues Maestro, y Padre à quien obedecer, y quien me instruyesse en los exercicios de la vida Monastica, y Regular. Con este proposito, aviendo yo oìdo tu fama, y nombre, vine aqui de lexas tierras, con largo, y trabajoso camino, anhelando por verte, y arrojarme à tus venerables plantas, deseoso de alcanzar, como lo espero, el que me admitas en el numero de tus Monges., para que pueda servir à Christo, y hacer penitencia de mi mal passada vida.

Mientras el cauteloso Filostrato iba diciendo semejantes razones, y fingiendo desengaños, para engolfarse mas en sus errores, reparò el prudentissimo viejo Germano en la blandura, y delicadèz de su semblante, y notò la ligereza, è inquietud lubrica de sus ojos, señales casi ciertas de animo, no tan desengañado, como proponia. No hizo juicio cierto de su liviandad el Santo Germano; porque lo oculto del corazon humano, nadie lo sabe, ni descifra, sino Dios, que penetra sus mas intimos retretes. Hizo solo reparo en el exterior, y dixo à Filostrato: Gran cosa emprehendes, hijo, en que-

querer ſer Monge; pero diſcurro, que no alcanzan à ello tus fuerzas: Noſotros, yà viejos, y caſi helada la ſangre, apenas reſiſtimos à los vehementiſsimos impulſos de concupiſcencia, que excitan en nueſtros cuerpos los inmundos, y obſcenos demonios, enemigos de caſtidad, y pureza; y quieres tù, en eſſa edad florida apagar facilmente las llamas, cuyo humo no dexa de moleſtar à los viejos, y decrèpitos? Mucho puede Dios: mucho hace ſu gracia, y no dudo, que con ella podràs vencer batallas tan peligroſas; pero en todo debe aver prudencia, y buena eleccion de medios: harto tienes que hacer en la eſfera comun de Chriſtiano. La vida que hacemos los Monges, es muy aſpera, y ſegun veo, para tì muy dificultoſa, ò caſi impoſsible; porque aunque quieras, y eſfuerzes la voluntad à abrazarla, eſſa delicadèz que mueſtras, dice, que has de deſcaecer muy luego, ſin poder llevar el rigor, que profeſſamos.

Como ſi no huvierà exemplares de eſſo miſmo, reſpondiò Filoſtrato, interrumpiendo à Germano, por no dexar paſſar la mejor ocaſion de encaminar ſus diſsimulados intentos.

Quan-

Quantos ha avido, y ay, mas delicados que yo, y en años tambien pocos, y ardientes, que han debelado, con conſtante denuedo, las paſsiones humanas? Baſta para exemplo vueſtra Eudocia, de quien la publica admiracion, y fama me ha dado mucha noticia, aunque yo no la he conocido, ni viſto nunca. Què edad era la ſuya, quando abrazò vueſtro Inſtituto? La mas floreciente. En què regalo, y delicias no ſe avia criado, y vivia? Y no obſtante pisò ſus años, esforzò ſu ternura, y perſevera fuerte, y conſtante en el rigor de vida, que eſcogiò, diſcreta, y deſengañada. Confieſſo, Padre, que eſte exemplo aſſombroſo me ha movido, y arrebatado: Veo los floridos años de Eudocia, la comodidad, y regalo con que vivia, el fauſto, y opulencia con que ſe trataba, y todo lo ha dexado animoſa; contenta yà con un penitente ſaco, y baſto ceñidor, la que antes arraſtraba ſeda, y oro, y ajuſtaba el talle con rica, y viſtoſa cinta, ſembrada de diamantes precioſiſsimos: Pues ſi pudo, y puede deſpreciar tanto la conſtantiſsima Eudocia por amor de Chriſto, por què deſconfias, Padre, de mì, quando por la prerrogativa de Varòn, es razon eſperar de

de mì mas constancia, y firmeza? No ignoro lo dificil de la empressa, y los riesgos, que despues de empezarla sobrevienen, gimiendo la flaqueza humana, al peso de una vida aspera, y molesta; pero si yo pudiera vèr à Eudocia, y hablarla, sin duda tan raro exemplo, sus consejos, y amonestaciones santas, imprimieran en mi generosissimo ardimiento, para pisar constantemente el mundo; y deshacer, mientras me dure la vida, todas las assechanzas del demonio. Y assi, Padre, pudiendo fortalecerme, no es razon desmayarme.

Persuadido Germano de estas palabras de Filostrato, y no rezelando engaño, le respondiò: La vista, y comunicacion de Eudocia, es, hijo, muy dificil; porque ella, y todas observan estremada clausura, evitando, con el mayor cuydado, la vista, y trato de los hombres, y mas Eudocia, por aver peligrado tanto en el mundo; pero con tan gran motivo, como el de salvarte à tì, y excitar à un alma à penitencia, y retiro, se vencerà el de Eudocia, mandandoselo yo. Llamò Germano à un Monge de su Monasterio, que era el que todos los dias iba al Convento de Eudocia à ofrecer à

Dios

Dios al Sagrado Thymiama, y celebrar los Divinos Oficios, y le diò este orden: Toma contigo à este hermano, quando oy vayas al cercano Monasterio de las Virgenes, y dì, que le pongan con Eudocia, à quien desea vèr, para afirmarse en el proposito de vida religiosa, con su voz, y exemplo. Hizo el Monge lo que Germano mandaba, y sin el menor reparo, logrò al fin el dissimulado Filostrato la deseada ocasion de vèr à Eudocia à solas, y hablarla, figurandosele yà al precipitado amante acabada felizmente la empressa; pues haviendole querido bien, discurria, que solo con ponersele delante, arrastrarìa otra vez los afectos de Eudocia, obligada, sin duda, à su fineza.

Bien descuydada de semejante visita, saliò la Santa; y apenas viò Filostrato el descaecimiento, y flaqueza de su rostro, lo basto de su vestido, el maltrato en todo de su persona, y el lecho penitente en que dormia, que eran unas duras tablas, cubiertas de un tosco silicio, quando suspendido primero del nuevo espectaculo, que atendian sus ojos, y lastimado despues de vèr en tal estado al idolo adorado de

sus

sus passiones, afectos todos, que encendia en èl el demonio, para dàr mas calor à sus palabras, y eficacia à sus estremos, prorrumpiò en una indignacion apasionada; y con amorosa ira, mirando à Eudocia, que àun no avia puesto en èl los ojos, ni sabia con quien estaba, la hablò en esta forma, segun traen las Actas de esta Vida, cuyo tenor altèro muy poco, ò nada.

***

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO XI.

Prosigue la materia de el Capitulo passado.

QVè es esto que veo, Eudocia? Eres tù la que poco hà habitabas un règio Palacio, con Real fausto, y grandeza? La que solias dexarte vèr en las calles, y Plazas de una gran Ciudad, llenas de gente, siendo por tu belleza, ornato, y pompa el objeto de la admiracion de todos? Viendo estoy, que eres tù, y aùn lo dudo, porque me falta el animo, para tener por cierta tan cruèl transformacion. Quien fuè el fiero, el tyrano Autor de esta mudanza? El que con eloquencia infausta, y persuasion maligna te sacò de aquellas delicias, de aquella magnificencia, à este abatimiento, à esta indignidad, y à esta estrema, y lastimosa miseria? Yà casi me pesa de la diligencia, que he puesto en saber donde estabas, y de la ven-

ventura de averte hallado; y à prevenir, que me avia de ser tan sensible, y costosa, no huviera tenido valor para emprehenderla. El alma se me angustia de verte: el corazon, sobresaltado, palpita: lealtades son suyas, que en fin eres su dueño. Quien dixera, que de tu vista podia nacer mi congoja? Mas quien verà à la Aurora ahogada entre negras nubes, y sepultado al Sol en condensados vapores, que no se entristezca, y lamente el intempestivo ocaso de sus bellas luzes? Toda Heliopolis, Eudocia mia, està en tinieblas, desde que tù faltas: los ojos de todos te buscan, y desean: hasta los edificios, y paredes mudas han mudado semblante con tu ausencia, y tienen otro color, y otra vista: las altas torres, y sus agudos capiteles, suspiros son, que el comun dolor despide por tì al Cielo; y el ayre, que en ellos se rompe, aprueba su dolor, y con ellos se quexa: nadie ay, que no sienta: nada, que no gima, y à tristes vozes te llame, y te pida que buelvas. Si pena tan universal no te mueve, no de piedra tienes, como Anaxarte, el corazon, y el alma, sino de azero. Yo soy Interprete de los comunes votos, y deseos de todos, y vengo embia-

biádo, para rogarte, en nombre de todos, que no retardes el alegrar à Heliopolis con tu presencia, ni desprecies, y burles la expectacion publica, que cuenta los instantes de verte. Oye, hermosa Eudocia, y señora mia, mis ruegos, y sigueme, saliendo de este obscuro retiro, de esta vileza, indigna de vestido, de esta miseria, y hambre, y de essa dureza de lecho, más propria de un càn, que de una muger como tù, delicada, y hermosa. Buelve al primer explendor, en que vivias: recobra tus riquezas, y restituyete à la règia fortuna con que floreçias; pues aùn te espera con los brazos abiertos, deseosa de servirte, y de tributar à tus pies sus tesoros: Què te detienes, y dudas? Quando todos te admiran, y te aman, tù sola has de ser tu enemiga, y tu tormento? Què injustas iras, con sugeto tan amable! No te corres de esconder entre tinieblas essa hermosura? No te duele el entristecer con llanto essos ojos, emulos de los mas vivos rayos de el Sol? No sè como tienes animo para marchitar con hambre, y aspetezas esse delicado cuerpo, en la flor de su edad, y su hermosura! Donde estàn los unguentos preciosos, que por qualquiera parte

que tù ibas, respiraban olor de celeste Ambrosia, avisando à los mas descuydados, que eras tù la que passabas, y haciendolos bolver à tu veneracion, y vista, como si les saliera al encuentro Venus, Palas, Minerva, ò otra Diosa? Estas dignas delicias has trocado por este desaliño, inmundo, y basto, y por este abatido tratamiento de tu persona? Què bienes sigues, quando tanto yerras? Què vana sombra te aparta de los seguros, y verdaderos gustos, que aun despreciados de tì, te combidan, y te llaman? Ingrata al Cielo, y pròdiga de tu fortuna, arrojaste tus riquezas; pero yà sabemos donde pàran, y se recobraràn facilmente. Fiate de mi, y no te embaraces en esso, que aqui traygo yo quanto oro es necessario para el camino, y lo demàs se dispondrà muy à tu gusto en llegando à Heliopolis. Assi perorò el desatinado Filostrato en la perversa causa de su amor, inspirandole el demonio los conceptos, y frasses mas vivas, y elegantes, que podian con su veneno trastornar el animo de Eudocia, à no estàr tan prevenida de el Cielo.

La novedad de hallarse tan sin pensar con Fi-

Filoſtrato, la aſſuitò algo al principio, y la dexò muda; pero apenas ſe le deſapretò el corazon de eſſa turbacion preciſa, quando acalorada de Divina fineza, reputò por afrenta el eſtàr eſcuchando mas al loco amante: Mientras no pudo hablar, le mirò con grande enojo, y ceño; y teniendo yà deshelados los labios, acompañò la ira de los ojos, con el graviſsimo ſentimiento de las palabras, prorrumpiendo, con impaciente dolor, en eſta forma: *Tome de tì venganza mi Señor Jeſu-Chriſto, juſto Juez, cuya Eſclava ſoy, aunque indigna, y no te dexe bolver adonde con tan mal animo veniſte, como hijo, en fin, del demonio.* En diciendo eſto, reſpirò, è inſuflò en èl, y al punto el infelìz Filoſtrato cayò muerto, ſiendo el aliento de Eudocia el rayo, que fulminò ſu oſſadìa.

Eſtaban las otras Monjas à la viſta de los dos, aunque à lo lexos, ſin oìr lo que hablaban; y viendo aora que à la inſuflacion de Eudocia avia eſpirado de repente el falſo Monge, y caìdo à ſus pies hecho cadaver, ſe alteraron, y conmovieron grandemente, primero con la admiracion de un hecho tan aſſombroſo, y ſuperior à las fuerzas de la naturaleza, en que ſe,

mostrabà claramente la mucha gracia, que havia alcanzado en los ojos de Dios la penitente Santa; y despues, con el temor preciso de que los Juezes, y Magistrados, sabiendo el suceſſo, hicieſſen pesquisa de la muerte de aquel hombre, y con esta ocasion quemaſſen el Monasterio, y le destruyeſſen, no siendo aùn neceſſario este motivo para con los Gentiles, enemigos declarados de la Religion Christiana, estuvieron gran rato afligidas, y dudosas, consultando entre sì què medio tomarian en tan apretado lance; y por ultimo, viendo yà entrada la noche, resolvieron no moverse à nada, hasta las horas mas quietas, en que levantandose, como era costumbre, al Coro, y à la Oracion, al tiempo de la media noche, les inspiraſſe Dios, ò les mostraſſe lo que havian de hazer, en ocasion tan apretada. Recogieronse las assustadas Religiosas: fiina Eudocia, y agradecida, se fuè à arrojar à los pies de Dios, y à darle gracias, celebrando con su Divino Dueño el triunfo alcanzado del mal resuelto amante, y astuto enemigo; y el desdichado Filostrato quedò muerto, y solo en aquel mismo sitio, dando mas horror à la fea noche, que temerosa de los enojos de Dios,

Dios, se cerraba mas en sus sombras; con el miedo de las Celestiales iras.

Passada la media noche, y estando yà las Sagradas Virgenes para empezar la Salmodia, y cantarle à Dios las debidas alabanzas, se rasgò gozosa la Celestial Esfera; y corriendo las cortinas de su Solio la Magestad de Jesu Christo, Señor nuestro, se apareciò à Eudocia en sueños, y la dixo: Levantate, Eudocia, y dà gloria à tu Dios: hàz oracion, puestas en tierra las rodillas; pero sin acercarte mucho al cadaver, que alli yace, de aquel tentador, que el demonio embiò contra tì: no merecen su ceguedad, y atrevimiento misericordia alguna; pero por tì la quiero usar con èl: Mandale bolver à la vida, y entonces èl, con la experiencia de mi poder, y virtud, entenderà quien es el Dios à quien sirves, y de quien te confiaste, y en tì redundarà mayor gracia.

Despertò Eudocia, à quien, sin duda, el sueño avia rendido, por cogerla cansada, y fatigada del antecedente lance, en q̃ ardiente, y zelosa, bolviò por la honra de su Amor, y castigò temeridades mal nacidas, y mal aconsejadas. Alegre aora, y animosa, con aver visto à

Chriſto, à quien amaba, ſe poſtrò en tierra; è hizo larga oracion, la qual acabada, ſe fuè azia el yerto cadaver de Filoſtrato, y con imperio ſoberano, y fee intrèpida, le mandò, que ſe levantaſſe vivo. Obedeciò luego al punto; y conociendo con tanta evidencia à Dios, y la gran miſericordia, que uſaba con èl, ſe arrojò à los pies de la Santa, y la dixo: Ruegote, Eudocia, Sierva del Dios verdadero, que recibas arrepentido, alque poco hà viſte ciego, y caſtigaſte temerario: Perdoname la graviſsima, y ſenſible ofenſa que te hice, pretendiendo, con impìas, y venenoſas palabras, diſſuadirte la quieta, y venturoſa vida, que eſcogiſte, y apartar de ſu centro à tu feliz corazon: dichoſa tù mil vezes, que por la Celeſte ſenda, que te abrieron, corres fervoroſa, y aun buelas, ſedienta de luz, y de inmortales delicias! Infeliz de mì, que qual Azor infauſto, quiſe cortar el buelo à tan remontada Garza, y abatirla otra vez à los valles del mundo, de donde ſe levantò velòz, y deſengañada! Yà conozco mi yerro, conozco mi engaño, porque conozco à quan bueno, y poderoſo Señor amas, y ſirves: no tengo mayor ſatisfacion que darte, que eſtas

tas lagrimas: preciso llanto son; pero yà sabes que Dios se obliga tambien de lo precito: perdoname, te suplico; y pues yà, ilustrada, no ignoras el estilo con que el Cielo responde à los agravios, pagame las ofensas con beneficios, rogando por mì à Dios, para que no solo te quede deudora mi vida, sino tambien mi alma.

Buelve à tu casa en paz, le respondiò seriamente Eudocia, y acuerdate de los beneficios Divinos, sin apartarte de el camino de la verdad, que por dicha has descubierto, ni faltar à la Fè, que prometes à mi Dios. Despidiòse Filostrato, enmendado, y corregido; y la Bienaventurada Eudocia bolviò à dar gracias à Dios, por sus inefables misericordias, assi con ella usadas, dandola zelo, y valor para desamar tan peligroso encuentro, como avia tenido con aquel descaminado mancebo, que aviendo venido ciego, bolvia convertido, è ilustrado.

CAPITULO XII.

Maravilloſa converſion de el Règulo Aureliano, y de toda ſu Familia.

DEſpues que el Goliath de el Abyſmo no pudo rendir en ſingular combate à la esforzada Eudocia, antes bien saliò vencido, y clavada en ſu ſobervia frente la piedra de tan gran desayre; como no es Gigante, que muere de una herida, y cae de un golpe, ſe convirtiò en ſierpe de muchas cabezas, y reſolviò acometer à Eudocia de tropèl, no reparando ſu ferocidad en la ſupercheria, por ſer tan ciega ſu vanidad, que atenta ſolo à ſu encono, no reconoce mal termino, ni diſtingue afrenta. Perdido en fin, que abandonò ſu honra! Viendo el mal deſempeño, que avia tenido con Filoſtrato, à quien eligiò por principal combatiente, por averle otro tiempo mirado bien

bien Eudocia, convocò la tropa de los demàs amantes, y los encendiò en deseos de inquietarla: consultaron entre sì, què arbitrio tomarian, y al fin escogieron este.

Dieron un Memorial à Aureliano, Règulo de Fenicia, puesto por los Romanos, ò tolerado por ellos, con annual tributo, como en otras Provincias lo practicaron con otros; en que le daban cuenta, como Eudocia se avia huìdo de Heliopolis à un lugar apartado, y desierto, llevandose consigo gran suma de riquezas, que pertenecian al Fisco Imperial, y le pedian les diesse algunos Soldados, para ir por la fugitiva, y traerla, y restituìr de essa suerte al Erario lo que le avia usurpado, advirtiendole juntamente, que quando no estuviesse de por medio el Fisco, debia Eudocia ser buscada, y presa, por ser Christiana, y despreciar los Dioses inmortales, à quien ofrecia incienso el mismo Aureliano, y veneraba. Asintiò facilmente el Règulo à estas representaciones, y con vana esperanza de entrar la mano en tan exageradas riquezas, diò orden à un Conde, y Ministro principal, que tomando consigo una escogida Esquadra de Soldados, fuesse luego, sin tardanza, à prender

à

à la Santa, apoderandoſe al miſmo tiempo de ſu oro, y demàs bienes. Saliò el Conde con trecientos Soldados, y antes que llegaſſen, previno Dios à Eudocia de ſu ida, embiando un Angel la noche antes, que en ſu nombre la dixo: *La ira de el Rey ſe ha conmovido contra tí; pero no temas, que yo eſtarè ſiempre contigo.*

A otro dia, yà algo tarde, diò viſta el Conde al Monaſterio, y diſcurriendo, al parecer, que entre las tinieblas de la cercana noche podia executar mas de ſobreſalto, y mejor el orden que llevaba, hizo alto, mientras el Sol ſe ponia; y diſtribuyendo los Soldados en algunos ſitios, les previno, y mandò, que en cerrando la noche, à una ſeñal, que ſe les haria, açometieſſen à un tiempo, por varias partes, el Convento, y le entraſſen. Eſtuvieron todos à punto, para executarlo; pero acudiendo Dios à la defenſa de Eudocia, y de ſu rebaño, ſe embarazaron aquella noche, y ſe confundieron de ſuerte, que no pudieron executar nada. Lo miſmo les ſucediò por tres dias, y tres noches, que alli eſtuvieron detenidos, à peſar de ſu ira, de fuerza ſuperior, que les eleva las plantas, y las manos, y baraxaba, ſin entenderlo ellos, ſus ope-

operaciones. No ſabian què hacerſe los necios Militares, porque jamàs tal coſa les avia ſucedido, ignorantes de quan facilmente poſtra Dios el aliento de los hombres. Deſatinada ſu ferocidad, porfiaban contra el Cielo; y viendolos porfiados, necios, y rebeldes, ſe acabò Dios de deſazonar, y mandò à un Dragòn disforme, que vengaſſe ſus ofenſas, caſtigando à aquellos inſentatos hombres, que no acababan de conocer la blandura con que los corregia, y apartaba de aquella execucion injuſta, y tyrana.

Obedeciò el Dragòn el orden, que ſu Dios le daba, y dexando el deſierto, ò peñas entriſcadas en que vivia, alzò el buelo deſde una, y fuè al alcance de los obſtinados: Si vieron venir por el ayre el disforme bulto, antes de diſtinguirle, ſe hallaron aſſaltados; y ſi vino arraſtrando por el ſuelo, la nube de polvo que levantaba, no les dexò reconocer la tempeſtad que venia. Acometiòlos de improviſo el Dragòn: unos eſpiraron ſolo al horror de ſu viſta; otros entre ſus garras, y dientes fueron laſtimoſo eſtrago. Algunos, arrojando las armas, ſe ponian en pavoroſa fuga; pero tocados yà del

del peſtilente aliento, yendo huyendo, caìan ſin vida, ò quedaban tendidos en el campo, eſperando en breve el ultimo paraſiſmo. Solo el Conde, con tres Soldados, bolviò libre à Heliopolis, y refiriò al Règulo Aureliano, con gran ſuſto, el eſtraño ſuceſſo. Juntò al punto Aureliano el Conſejo de ſus Sabios, y Miniſtros, y les dixo: Què haremos con eſta Maga, que ha muerto tantos Soldados nueſtros con ſus hechizos? Què conſejo me dais? Dexar ſin caſtigo eſta maldad, ſerà mayor maldad. Embarazados todos, y ſuſpenſos, ſe levantò un hijo del miſmo Aureliano, joven brioſo, y ardiente, y dixo: Yo irè con mayor numero de Soldados, è igualando con el ſuelo la Caſa, en que ſe defiende eſſa mugercilla infame, la traerè aqui, quiera, ò no quiera, à peſar de ſus preſtigios, y encantos. Alabaronle todos, y quedò determinado, que lo puſieſſe por obra, como lo decia.

Al dia ſiguiente ſaliò el inconſiderado mancebo, con un lucido, y mas numeroſo Eſquadròn de Soldados; y llegando à la tarde à un Palacio, ò Caſa de diverſion de ſu padre, que era un ſitio muy ameno, entre unas umbros

brosas selvas, con vistosos quartos, galerias, y jardines, regados de muchas fuentes, determinò hazer alli noche, dexando para otro dia el assaltar el Monasterio de Eudocia. Llegò à la puerta de el Palacio, y apeandose del cavallo, con juvenil orgullo, y reparo, se maltratò un pie en una piedra, tan gravemente, que fuè necessario llevarle sus criados à la cama, donde à la media noche, atormentado de sumos dolores, espirò, para que conociesse èl, y todos, quan altamente vive defendido aquel à quien el Cielo ampàra, y el grande empeño que hace Dios en el patrocinio, y resguardo de los suyos. El que con vano, y poco ayroso ardimiento avia intentado, con desprecio, la prision de Eudocia, entrò à otro dia cadaver, conducido à Heliopolis por sus Soldados, antes alegres, y fieros, y yà aterrados, y tristes.

A tan impensada desgracia, cayò Aureliano en tierra, casi muerto. Toda Heliopolis se llenò de susto, y consternacion, concurriendo todos al Palacio, en forma de tumulto doloroso, dando vozes su pena, y haciendo grandes lastimas por el Principe muerto, y por el triste Règulo, que yacia moribundo. Despues de un

gran

gran deſmayo, bolviò Aureliano en sì, en ocaſion que ſe hallaba alli preſente Filoſtrato, aquel amante de Eudocia reſucitado, que era de los mancebos Nobles de Fenicia, y ſabidor del ſuceſſo, avia ido à Palacio à aſsiſtir, y vèr al Règulo, y Señor de Heliopolis. A no averſe hallado alli eſte Cavallèro, la ignorancia de los demàs, y el ſentimiento de el Padre, huvieran quizà tomado algun arbitrio, que los precipitaſſe à todos en mayores deſgracias; pero Filoſtrato, teſtigo ocular de las maravillas de Dios, y aprovechado en ſus eſcarmientos, como diſcreto, acudiò al alivio, y ſeguridad de Aureliano, y le hablò en eſta forma:

Eudocia, ſeñor, eſtà en la manifieſta tutela de Dios: dà credito, y fee al experimentado, y no te dexes llevar de los ardientes conſejos de la ira, que no han de poder dañar à eſta milagroſa muger, à quien aſsiſte celeſtial cuſtodia. Con armas, y rigores no has de poder vencerla, con humildes ruegos sì; y el ſuceſſo te dirà quan acertado conſejo es el mio: Veràs al Principe tu hijo otra vez vivo: Remediaràſe eſta deſgracia, y ceſſarà tu dolor, y nueſtro llanto: Yo sè muy bien, que ſi Eudocia

quie-

quiere, cobrarà el Principe vida; y para que veas que no son vanas palabras, sino seguras experiencias, yo me vì fulminado de su ardiente espiritu, y muerto, en pena de el mal animo con que fuì à inquietarla: anduvo mi alma algun tiempo apartada de el cuerpo, vaga, y errante, por regiones no conocidas, donde vì lo que antes ignoraba: mandòme Eudocia bolver à esta luz, y à este ayre, y sin saber còmo, me hallè restituìdo à la vida; y quien conmigo açaba de hacer este desusado prodigio, bien podrà repetirle, si afable, y cortès te vales de ella, y llenar de alegria tu casa, con el recobrado hijo, que por aver ofendido à Eudocia, ò por mejor decir, al Dios à quien ella sirve, yaze helado en el frio clyma de la muerte.

Sosiegòse con esto Aureliano; y discurriendo prudente, que no era de despreciar tan certificada esperanza, depuso la arrogancia de poderoso, que en estos, y otros lances de nada sirve, y escriviò à Santa Eudocia una carta humildissima, en que despues de pedirla perdon de la vexacion, y molestia, que avia intentado hacerla, y alabar su virtud, su retiro, y su vida admirable, y digna de todo elogio, la ro-

rogaba ; con el mayor rendimiento ; que pues valia tanto con su Dios, no se le hiciesse de mal alcanzar la vida à su hijo, como lo avia hecho con Filostrato, que no menos la avia desazonado, y ofendido. Diò Aureliano la carta à un Tribuno, llamado Babylas; el qual fatigando un cavallo, llegò al Monasterio; y echandose à los pies de Eudocia, la entregò la Real carta, suplicandola, rendido; y lloroso, que en tan grave, y lastimoso caso, se dignasse de socorrer con presteza à un Rey, y padre afligido, y à la Republica, herida tambien de tan sensible golpe.

La Santa, como humilde, se admirò mucho de tal embaxada, y con modestissimo empacho, dixo, que estrañaba el que tan gran Principe tratasse de aquella suerte à una muger pecadora, y plebeya. Pidiò al Tribuno se divirtiesse en un Angulo del Monasterio, en el interin que ella leìa la carta de Aureliano: hizolo assi Babylas; y andando solo, entretenido el tiempo, mientras le despachaban, encontrò en el Claustro un libro, que era el Psalterio de David. Abriòlo por curiosidad, y encontrò con el Psalmo, que dice; *Bienaventurados, Señor,*

los

los que buscan tus testimonios, y meditan tus preceptos. Leyò gustoso todo el Psalmo, hasta el fin, y al acabar de leerlo, estando arrimado al mismo atril, ò sitio en que hallò el libro, reclinò en èl la cabeza; y como estaba cansado de el camino, se quedò dormido. Gentil era este Tribuno, è Idolatra; pero debia de ser muy buen hombre, y adornado de virtudes morales; y para salvarse, dispuso Dios, que Aureliano le embiasse, y aora le alumbrò con un prodigio. Viò en sueños Babylas à un Joven celestial, y muy resplandeciente, que acercandose à èl, y tocandole con una vara que traìa en lamano, le dixo: *Levantate Babylas, mira que el muerto te aguarda.* Despertò luego, y grandemente assustado, con la desacostumbrada vista del Angel, corriò por el Monasterio à buscar à Eudocia, y la dixo: Sierva de Dios, yà es tiempo de que me embies bien despachado en el negocio à que he venido; y consiguientemente la refiriò lo que le acababa de suceder, y la admirable vision, que avia tenido en sueños.

Templò laSanta la priessa, y turbacion del Tribuno; y juntando à todas las Sagradas Vir-

genes, las dixo: Madres, y hermanas mias; què os parece que haga en la ocasion presente, en que un Rey me empeña, y me escrive una carta como esta? Respondieronla todas uniformes: La gracia de el Divino Espiritu es la que manifiestamente te govierna, y rige: responde à Aureliano lo que con inspiracion Divina conocieres que à Dios agrada: El intento de la Santa, en consultarlo con todas, seria huir la estimacion, que de el milagro se le avia de seguir, y assi trazaba, que todas las Religiosas se empeñassen, para que despues se atribuyesse el sucesso à las oraciones de todas; pero frustrò Dios sus humildes intentos, porque queria ser glorificado en sola Eudocia. La Santa, que oyò la respuesta de sus compañeras, que con alta providencia la dexaban en el lance, corriò humilde, llorosa, y confiada, à valerse de Dios: hizo oracion por algunas horas, y levantandose de ella, respondiò à la carta de Aureliano en esta forma:

Yo, vil mugercilla, no puedo hallar razon de averme escrito tu Magestad: mi misma conciencia me arguye, y convence, que soy una miserable, llena de pecados, y de tantos, y tan gran-

grandes males, que no soy apropósito para rogar à Christo Señor, que se apiade de tì, y te consuele, dando la vida à tu hijo. Lo que yo no puedo alcanzar, lo puedes tù disponer; y en esto te hablo con toda confianza; porque tengo muy conocida la benignidad, y poder de mi Dios: cree en èl, con toda tu alma, venerale por verdadero Dios, que resucita los muertos: pòn en èl tu esperanza, con corazon constante, y seguro animo, de que exercitarà su misericordia contigo, y con tu hijo, y pidele despues lo que deseas, no antes, porque no es licito, ni util invocar su Santo, y terrible Nombre, sin creer primero en èl, con piadosa mente, y buena Fè; y assi, si creyeres en èl con toda tu alma, veràs la gran virtud, y poder de el Dios inmortal, y recibiràs de su mano los mayores beneficios.

***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

CA-

CAPITULO XIII.

Prosigue la materia de el Capitulo passado.

EScrita en esta forma la carta; se la diò Eudocia al Tribuno Babylas, cerrada, y sellada con tres Cruzes, que eran la divisa, y Armas de la Santa; y con esso le despidiò. Bolviò el Tribuno, muy otro del que avia venido, porque vino Idolatra, y bolvia Christiano, con plenissima Fè de la virtud, y Divinidad de Jesu Christo, Señor nuestro. Esperabale Aureliano por instantes; è impaciente de la tardanza, desconfiando yà de su cuydado, y diligencia, resolviò salirle al encuentro, para recibir antes la nueva que traìa. Y si es que Eudocia le detenia en su Monasterio, determinò passar hasta èl, y hablar personalmente à la Santa. Publicò su jornada, y con grande, y lucida comitiva, saliò de Heliopolis àzia el Palacio, y Casa de placer, q̃

cos

como yà diximos, tenia en el camino, que guiaba à los Monasterios de el Venerable Padre Germano. Llevaba delante de sì el cadaver de su hijo, en una Litera; y haciendo alli noche, apenas amaneciò, quando penado, y solicito, de vèr, que aùn no parecia el Tribuno Babylas, se puso en camino otra vez.

Poco avia andado, quando se descubriò un hombre, que à toda priessa, en un cavallo, pretendia igualar al viento. Era el Tribuno, el qual, reparando de lexos el grande acompañamiento, entendiò lo que era, que el Rey, impaciente de la tardanza, venia à su encuentro; trayendo consigo el cuerpo de su hijo, cuyo feretro, ò litera funeral, divisò facilmente, aunque distante. Pareciòle al discreto Tribuno, que todo lo que fuesse andar en razones, y en abrir y leer carta, era retardarle à su Principe el alivio; y assi, inspirado de la Fè de Dios vivo, que yà traìa, no quiso decir à Aureliano nada, sino fuesse derecho à la litera en que venia el cadaver, y puso sobre èl la carta, y respuesta de Santa Eudocia, invocando primero en alta voz el Santo, y Venerando Nombre de Christo. Tuvo luego prompto, y maravilloso suces-

lo, por la misericordia de Dios; la grãna de Fè de el buen Cathecumino, levantandose al punto vivo, y sano, el que estaba muerto.

Viendo con sus mismos ojos Aureliano el raro; y portentoso milagro de revivir el difunto, al contacto de la carta, exclamò à grandes vozes: Grande es el Dios de la Christiana Eudocia! Verdadero, y Justo es el Dios de los Christianos! Justamente (ò Señor!) acuden à tì muchos à adorarte, y servirte! Què bien hacen los que en tì creen! Señor Jesu Christo, recibeme en el numero de los tuyos, pues me traes, y obligas tan piadoso, y bienhechor conmigo: Yo creo en tu Santo Nombre, y confiesso, que es Santo, y Bienaventurado, y que tù eres verdadero Dios, por los eternos siglos. Amen. Hecho este reconocimiento; y confesion à vista de todos, bolviò Aureliano desde alli à su Palacio, y Casa de Campo, de donde aquella mañana havia salido, y donde avia muerto su hijo, à quien aora miraba resucitado, por el poder de Dios, è intercesion de su Sierva Eudocia. Celebrò alli el suceso, con Real combite, y recibiò parabienes de su dicha. Despues de lo qual, nada tomò mas à pe-

pechos, que confeſſar al deſcubierto la Fè de Chriſto, à quien tanto debia. Bolviò à Heliopolis, ſumamente alborozado, y por el camino hizo grandes limoſnas à los pobres, que encontraba. Previno ſu llegada la fama de el portento, y todos ſus amigos, y Miniſtros principales le ſalieron gozoſos à recibir, adelantandoſe unos al camino veinte millas, y otros treinra, à vèr, y ſaludar al gozoſo Aureliano, y à ſu hijo. Todo era confuſion feſtiva, y amontonadas enhorabuenas, previniendo de el preſente ſuceſſo repetidas dichas para en adelante; y lo principal de todo, dando grandes alabanzas à Chriſto Jeſus, Autor de tan rara maravilla.

Reſtituìdo Aureliano à ſu Palacio de Heliopolis, celebrò con nuevo, y magnifico combite el gozo, y felicidad de ſu caſa, y deſpues por ſiete dias derramò liberal ſus teſoros, en ſocorro de los neceſsitados, y pidiò al Obiſpo Theodoto le inſtituyeſſe en los Sagrados Myſterios, y en lo que debia ſaber para ſer Chriſtiano. Hizolo aſsi el Santo Prelado, gaſtando en eſſo aquellos ſiete dias, y al octavo recibiò Aureliano el Santo Bautiſmo, con ſu hijo, y ſu

muger. Hechos yà hijos de la Iglesia ; embiò el agradecido Règulo à la Bienaventurada Eudocia mucho oro , y plata , quanto era necessario para edificar un Templo en aquel sitio , y lugar donde habitaba ; y no contento con esso , dispuso poblar aquel lugar , que era desierto , y apartado , y mandò se hiciesse alli una Ciudad populosa , cuyos habitadores celebrassen siempre las maravillas, que Dios avia usado con èl , y con su hijo , y conservassen la memoria de tan singular milagro , y santidad de Eudocia. En que se dexa conocer el gran poder , y autoridad de este Règulo Aureliano , que mandaba poblar Ciudades , y erigia Templos à Christo , sin embarazarse en los Decretos de los Cesares Romanos , opuestos entonces tanto à la Christiandad. Y quien supiere la règia autoridad que permitieron los Romanos à los Tetrarchas de Judèa , y al Prefecto Augustal de Egypto : el gran poder que alcanzò dentro de su Imperio Odenato , Principe de los Palmirenos , y marido de Cenobia , y otros algunos , particularmente en las Provincias confinantes con los Parthos, y otros Dominios , no dificultarà la grandeza de este Aureliano , Principe , y Règulo,

lo ; ò Rey de Fenicia , aunque Feudatario de Roma ; lo qual se debe notar , por lo que toca à la verdad de la Historia ; como tambien el ser diferente de el Cesar Aureliano , que succediò en el Imperio à Claudio el Segundo , ciento y cinquenta y dos años despues de la muerte de Trajano ; y de el tiempo en que viviò Santa Eudocia , y el referido Aureliano , Principe de gran poder en Fenicia.

Despues de las referidas demonstraciones de agradecimiento , y veneracion con Santa Eudocia , hizo otras muchas el nobilissimo Aureliano , respetando siempre à la Gloriosa Santa con el mayor cuydado, y sirviendola , y atendiendola en quanto podia. Escriviala muchas vezes , pidiendola se dignasse de rogar à Dios por èl; y perseverando assi en el estudio de la Religion Christiana , puso dichoso fin à sus dias , no mucho tiempo despues , el ilustre Principe; y passado poco tiempo , muriò tambien su muger siendo el transito de ambos felicissimo, y plàcido, y suave, con el testimonio de su buena conciencia , y con la alegre esperanza de ir à gozar las eternas dichas. Su hijo, à quien resucitò Santa Eudocia, y cuyo nombre

no

no ſe dice en eſta Hiſtoria, hizo con el tiempo tantos progreſſos en la Fè, y ſe adelantò tanto en las virtudes Chriſtianas, que menoſpreciando toda la gloria del mundo, y grandeza, que heredaba de ſu padre, ſe conſagrò à Dios, y fue ordenado de Diacono por el Santo Obiſpo Theodoto, à quien ſuccediò deſpues en la Silla Epiſcopal de Heliopolis, eligiendole los comunes votos, por ſus eſclarecidos, y notorios meritos, ſin atender à ſu gran proſapia, y ſangre, porque en aquellos ſiglos, el mas noble, y ſeñalado en la Igleſia, era el mas exemplar, y virtuoſo.

Una hermana de eſte Principe, llamada Gelaſia, viendo que ſus padres, y hermano avian puеſto toda ſu atencion en el Cielo, deſde que conocieron, y adoraron à Chriſto, no quiſo degenerar de ſu Chriſtiana Eſtirpe, ni exponerſe à los engaños del mundo, cuya vanidad conocia. Puſo la mira en lo inmortal, y eterno; y piſando todo lo temporal, y caduco, dexò el Palacio de ſus padres, y hermano, que deſocupado para ella, la combidaba con el ſolio, y claro derecho al Señorìo de Fenicia. Valiòſe ſolo de una parte de ſus teſoros, y gran-

des

des riquezas, para ofrecerlas à Dios; y comunicando su intento con dos Eunuchos, que fielmente la servian, se desapareciò de Heliopolis, assistida de ellos, y se refugiò en el Monasterio de Santa Eudocia, à quien tenia singular cariño. Alli perseverò constante, y fervorosa, hasta el ultimo dia, sirviendo à Dios, con gran pureza, religiosa disciplina, alabandole, y glorificandole siempre, por los singulares beneficios, que avia hecho à la Casa de sus padres, sacandolos à todos del error de la Gentilidad, y haciendolos, por el Bautismo, herederos de su Reyno, y Gloria; dicha, que les vino por medio de la admirable Eudocia, à quien obedecia y servia Gelasia, admirando en ella la gracia de Dios, y teniendose por dichosa en lograr su compañia.

***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CA:

CAPITULO XIV.

Confieſſa Santa Eudocia la Fè delante de el Preſidente Diogenes, y es atormentada.

Mientras viviò el Catholico Règulo Aureliano, no llegaron à Heliopolis, ni à ſu diſtrito aquellos impios Decretos de los Emperadores Romanos, que perſeguian la Igleſia; y ſi ſe los remitieron, los ſuprimiò el Chriſtiano Principe, ſin querer publicarlos, ni darles cumplimiento. Con eſto en Fenicia floreciа la Chriſtiandad ſin ſuſto, y ſin experimentar las furioſas tormentas, que en las demàs partes excitaban los ſangrientos Ceſares, ò ſus crueles Miniſtros. Mientras durò eſſa bonanza, vivia Eudocia en ſu clauſura, con la mayor tranquilidad, y ſoſsiego, en llanto ſiempre continuo de ſus paſſados errores, y en contemplacion dulciſsima de la bondad de Dios, y ſu gran-

grandeza, que tanto se le avia manifestado. Avia tomado alas de Paloma, y bolado à la soledad, donde descansaba, y gemia; y Dios, que la avia llevado à ella, para hablarla al corazon, la ilustraba cada dia mas, y la encendia. Unica, y dulce tarèa de sus pensamientos, la de llegarse mas, y mas à Dios, doliendose de averle conocido, y amado tarde.

Como otra Magdalena, siempre à los pies de Christo, sin saberse apartar de ellos, passaba Eudocia los dias, y las noches, admirandose, lastimada de sì misma, de aver podido vivir algun tiempo en el amargo mundo, despedazada, y atormentada de su tyranìa, pagandolo su desassossiego corazon, en continua inquietud, entonces mal entendida, y su pobre alma vagando fuera de el centro, sin hallar cabàl descanso en nada; ni poderle hallar: Aora lo conocia, aora lo lloraba, y con los pies descalzos, passaba los arroyos de su llanto, como de Favio la dixo San Geronimo. Clavados los ojos en el Cielo, penetraba con suspiros los Astros, embebecida toda en la bondad de Dios, que apiadado de ella, quando le tenia tan ofendido, la avia sacado de la confusa Troya de el mun-

mundo; de entre el humo, y las llamas; à la clariſsima, y ſuave luz de ſu agrado, y al Clyma de ſu amor, en que aora deſcanſaba de la inutil fatiga de otros afectos.

Cautiva eſtaba Eudocia de la bondad de Dios; pero como adonde eſtà el Eſpiritu de el Señor, alli eſtà la libertad, las cadenas de ſu corazon eran libres alas, con que diſcurria gozoſa por el inmenſo campo de las Divinas perfecciones, al contrario del amor de las criaturas, que como ſon tan cortas, è imperfectas, no dexan reſpirar bien al corazon en ſu corto ambiente, y ponen al alma en eſtrechas mazmorras. Ave del Paraiſo era y à Eudocia, que no ſentaba el buelo en tierra, ni arbol, dirigida toda al Cielo, de cuyo rocio ſe ſuſtentaba. Atraìala el Celeſtial Eſpoſo, eſforzando mas, y mas el olor de ſus unguentos, y fortaleciendola con Divinos Chariſmas, para los duros combates, que la eſperaban.

Muerto el referido Aureliano, Principe Catholico de Fenicia, ſoplaron ayres contrarios, que levantaron tempeſtad contra la Igleſia. Prevaleciò en aquella Provincia el Culto de los Idolos: injuſtiſsima Ley mandò encen-

der

der sus frias aras, y llevar à ellas las execrables victimas: los perversos Gentiles, denunciando à muchos Christianos, los precipitaron en su impiedad, y todo se confundiò de suerte, que era Heliopolis otra Babylonia. La causa de tanto mal, fue un mal Ministro, que para alterar el mundo, no es menester à vezes mas que un mal hombre. Dieron los Romanos la prefectura de Fenicia, y governò de Heliopolis, à un Cavallero ilustre en el siglo, llamado Diogenes. Este era un hombre muy opulento, y rico, y estremadamente dado à la superstician de los Idolos, y culto de los falsos Dioses. Su nombre, en el Idioma de aquellas gentes, decia alusion al de *Jupiter*, mentido Principe de las fingidas Deydades; y discurriendo Diogenes, que su mismo nombre era prevenido precepto, ò oraculò, que le añadia mas obligacion, se empeñò, con el mayor connato, en adelantar aquella Secta diabolica, y en destruir à quantos se le opusiessen.

Como era tanta la fama de Santa Eudocia, y se decian de ella cosas tan grandes, è ilustres, presto tuvo noticia de ella el cruèl Governador. Empezòse à turbar, y à concebir contra

la

la santa grande ira: el zelo que tenia contra todos los que despreciaban à sus Dioses, era para èl bastante causa; pero se le añadiò otra, que como azeyte echado al fuego, en que empezaba à arder, levantò doblada llama, y encendiò mas su descompassado furor, y rabiosa ira. Avia Diogenes vivido antes algun tiempo en Heliopolis, en linea de Cavallero particular, y sin cargo alguno. Prendòse entonces de el amor de Gelasia, hija, como vimos, de el Règulo Aureliano; y el Padre, siendo Gentil, no desdeñaba por yerno à Diogenes: despues que se convirtiò, y se hizo Christiano, mudò consejo, y desviò la platica, no sufriendole el animo, ni la concienoia, entregar una hija bautizada à un esposo idolatra. No se le hizo à Diogenes el desayre manifiesto: buscaronse pretextos para dilatar las apalabradas bodas, siendo el fin de Aureliano coger tiempo para vèr si Diogenes hacia lo que otros muchos, que era conocer, y venerar à Christo, cuya Divinidad constaba mas cada dia, à la luz de tantos, y tan repetidos milagros, como su nombre, y poder obraba. Diogenes muy engolfado en sus comodidades, y riquezas, nunca costeaba la orilla de

la

la verdad, para oìr tan grandes cosas; y muy ceremoniatico con sus Dioses, nunca pensò en desamparar sus Aras, ni disputar el fabuloso poder, que tantos necios les atribuìan. Muriò en santa paz Aureliano, y pocos dias despues su muger, como yà diximos; y temerosa Gelasia, muertos sus padres, del gran poder, y diligencias del resentido Diogenes, huyò, segun yà vimos, al Monasterio de Eudocia, y en èl se ocultò, y se consagrò à Christo.

Esta fuga, y clausura fue con tanta cautela, y silencio, que aun estando yà Diogenes nombrado por Governador de Heliopolis, no se sabia de cierto donde estaba Gelasia; solo corria un incierto rumor, de que Eudocia la tenia consigo escondida en su retiro. Bastò esto para que el picado Diogenes mandasse à cinquenta Soldados fuessen luego, y traxessen presa à Eudocia. Mientras ellos iban, se apareciò de noche el Señor à la Santa, y la previno, diciendola: *Hija Eudocia, vela cuydadosa, y persevera en tu Fè, y en la oracion: pelèa varonilmente, que presto te veràs en la ocasiõ de testificar mi gloria: yà està prevenida la arena en que luches, y la balla en que corras; brevemente saldràn contra tì hombres es-*

traños, como bestias fieras: tù no te turbes, nì desmayes, que yo estarè contigo en todos tus peligros, y trabajos, como fiel compañero, y ayuda fuerte, y segura. Fortalecida Eudocia, y alegre, se le hacian tardas las horas, de verse yà en los combates.

Llegaron los Soldados de Diogenes, y acometieron de noche al Monasterio. Eudocia, que vigilante, como Prelada, andaba visitando la clausura, oyendo el rumor de los alborotados Ministros, les salió al encuentro, animosa, y les preguntò, què querian? Dixeron, que buscaban à Eudocia; y no dudando la Santa manifestarse, y decir, que era ella, fue presa luego al punto. Viendose yà en poder de los lobos la Cordera de Christo, se le ofreciò una prevencion notable, y pidiendoles la concedieslen un breve rato, fuè corriendo à la Iglesia, y con impulso superior, que la guiaba, abriendo la sagrada arquilla, en que se guardaba el precioso cuerpo de Christo, tomò una Particula, y la puso en su seno; y hecha esta diligencia, se bolviò otra vez à poder de los Soldados, y partiò con ellos.

Era muy de noche, y tanta la obscuridad, que

que ni aun la Luna alumbraba. Acudiò el Cielo al alivio, y consuelo de Eudocia, y de mas allà de los Astros descendiò presuroso un Celestial Joven, vestido de blanco, que con una resplandeciente antorcha en la mano, iba delante de Eudocia, sirviendola de Page de hacha, y mostrandola el camino. Los Soldados, que entre las cerradas sombras, no vian el Angel, ni la luz, discurriendo, al modo humano, el grande afàn, con que iria la Santa; siendo tan delicada, y que quizà descaeceria en el camino, la ofrecieron un cavallo, ò jumentillo, y se le llegaron, pidiendola se valiesse de èl, y recibiesse de su piedad aquel alivio. Rehusòlo Eudocia, y no quiso admitirlo, diciendo alegre, y glossando aquel Verso de David: *Estos, en carros, y en cavallos; pero yo, confiando, Christo, en tì, irè por mis pies, gozosa.* Llegaron à la Ciudad, y sabiendolo Diogenes, mandò llevarla à la Carcel, y tenerla alli encerrada dos dias. Passados estos, llamò al Carcelero, y le preguntò, si havia dado algun alimento à aquella Hechicera? Jurò el Carcelero, que ni èl, ni nadie avia dado à Eudocia, en aquellos dos dias, y noches, de comer, ni

Psal. 19.

de beber ; y que andando èl en esso muy cuydadoso , y à la vista , la havia hallado siempre sola , y postrada en tierra , adorando , segun èl discurrìa , à su Dios. Pues hasta mañana (respondiò Diogenes) no he de vèr su causa , ni oìrla; porque aunque lo deseo harto, me embarazan oy otras ocupaciones de mi cargo.

Al quarto dia, sentandose en su Tribunal el mal dispuesto Juez, mandò traer à Eudocia ante sì. Vino la Santa en su humilde Avito, y cubierto el rostro. Mirò la Diogenes, y por empezar à mortificarla, mandò à los Ministros, que la descubriessen el semblante. Apenas la quitaron el velo, quando del rostro de Eudocia saliò un maravilloso explendor ; de que herido Diogenes, como de un impensado rayo, enmudeciò, y se cortò por un buen rato. Qual serà la turbacion de estos sobervios del mundo , al vèr el ultimo dia la cara de Christo , quando la luz, y severidad de un alma, amiga suya, los confunde , y enmudece? Admiraba el Prefecto la singular, y Angelica hermosura de Eudocia , y aquella rara , y amabilissima magestad de su modesto rostro. Contemplabala como pasmado , y absorto, y serenandose el ceño

de

de su ira, al agrado de la luz, bolviòse à los que le assistian, y les dixo: Por el Sol, à quien sirvo, y adoro, que dudo mucho sea digna de muerte esta muger que miro! Ni en belleza, ni en luz, la hace ventaja esse luciente Dios; y yo la atiendo con tanta veneracion, que tengo por cosa inhumana maltratar tanta hermosura. Dixole uno de sus Assessores, ò Letrados: Pues acaso crees, que essa hermosura es natural, y propria? Yo no lo creo, ni apruebo la admiracion que la tributas: Ignoras, quanto pueden los encantos, y hechizos? Estos son los que con falsos colores pintan en aquella frente aquella fingida tèz, y mentirosa belleza, y presto verás como aparece su fealdad nativa; porque estos prestigios, que burlan los ojos, son leves nieblas, que facilmente huyen.

Esforzòse con esto algo el turbado Diogenes; y mesorandose lo que pudo, preguntò à la Santa su nombre, vida, y fortuna. Eudocia, que inmòbil en la Fè, y amor de Christo, avia estado hasta entonces puesto su pensamiento en quien amaba, y los ojos en tierra, viendose preguntar por el Juez, hizo en todo su cuerpo la señal de la Cruz; y levantando intrèpida el ros-

roſtro, le reſpondiò de eſta ſuerte: Yo me llamo Eudocia: lo que preguntas de mi vida, y mi fortuna, es intempeſtivo, y nada neceſſario; y aſsi, cuyda de lo demàs, y dexa eſſo: lo que ſolo hace al caſo, y lo que has de inquirir, quando me llamas à tus Eſtrados, es, ſi ſoy, ò no ſoy Chriſtiana. Soylo, por la inefable miſericordia de mi Dios, y Criador de todas las coſas, à quien debo tanto, que ſe ha dignado de concederme el que ſea, y me llame ſu Eſclava. Ruegote, (ò Prefecto!) que no cuydes de oìr de mì otra coſa, ni gaſtes inutilmente el tiempo en ottas preguntas: Fulmina luego contra mì la ſentencia, que ſueles contra los demàs Chriſtianos, y en el modo, y forma que te pareciere, que yo confio en Chriſto, verdadero Dios, y Señor mio, que no me ha de deſamparar en eſte lance; y como èl eſtè conmigo, quien ſerà contra mì?

Dixola Diogenes: Palabras de mucho arte ſon las que aſtutamente enlazas, poniendo aſſechanzas à nueſtros oìdos: Sin duda, Eudocia, nos quieres pervertir con tu loquacidad, pues à una breve pregunta nueſtra has reſpondido tantas, y tan varias razones: Si yo te huvie-

viera provocado con mas palabras, y mas austèras, quanto huvieras respondido? Creyendo yo, dixo la Santa, que la verdad era dulcìsima à los oìdos de los hombres cuerdos, tratè de ella contigo; pero si tù eres de otro sentir, y aguardas de mì otra cosa, con què fruto perdèmos lo que hablamos? Replicò el Prefecto: Quien no se alegra con la verdad? Sino es que tù hagas tan siniestro juicio de nosotros, que pienses nos irrita lo que à todos agrada; y assi, para que veas que soy del mismo parecer, y deseo en todo saber de tì la verdad, dìme: Por què causa, dexando esta Ciudad, y despreciando à los Dioses, te huìste à la inculta, y retirada soledad, de donde te he sacado, llevando contigo grandes sumas de dinero publico, defraudando al Fisco?

CAPITULO XV.

Proſigue la miſma materia.

REſpondiò la Bienaventurada Eudocia al Governador en eſta forma : La cauſa de aver dexado à Heliopolis , te la dirè en una palabra : Fuime de eſta Ciudad , porque quiſe : yo no era eſclava de nadie : era libre, y mia , y no sè que aya ley , que eſtorve al libre el irſe adonde le agradare. En lo que toca à mi hacienda , y perjuicio , que dices del Fiſco Imperial , quiſiera , que ſe hallàran preſentes los que aſsi te han informado , para que vieras ſer notoria calumnia , y deshecha de mi verdad tal mentira : Pues hombres ſon, replicò Diogenes , conſtituìdos en Dignidad, y los de mas ſupoſicion en eſta gran Ciudad ; los que me han teſtificado eſſe delito ; y aſſegurado lo que tu llamas falſa acuſacion : ſi es como tù dices , veamoslo : ſalga à luz eſſa verdad , de que tan vanaglorioſa

te precias; porque mientras la tuvieres oculta, y no constare, à mì me serà preciso dàr credito à tan autorizados testigos, y sentenciar por su deposicion esta causa: Yo no puedo dexar de juzgarla, ni esta es materia, que se puede quedar assi, sin averiguarse, porque incurrirè en la ira de el Cesar, cuyo Fisco ha sido perjudicado; y en negocios de esta calidad, ningun Ministro es descuydado, sin gran peligro suyo.

Dixole à esto la constante, y discreta Santa: Si gustas (òPrefecto!) de fingir una cosa, tirando à otra, y de mezclar causas Fiscales fingidas, para disimular el aborrecimiento de la Religion Christiana, que es el motivo con que contra mì procedes: en esso hàz lo que quisieres, que lo que à mì me toca, es, confessar à Christo, verdadero Dios, y Maestro de la verdad, que es à lo que aqui vengo: esta es la causa de mi prision, y lo que solo hace al caso, y solo à esto responderè lo que fuere conveniente: En lo demàs no hablarè una palabra, y particularmente en essa frivola, y afectada calumnia del Fisco del Cesar, que es mas para despreciada, que para redarguìda.

No piensses, dixo el Prefecto, evitar con en-

engañosas excepciones el juicio, y sentencia de mi Tribunal, ni estès tan confiada en la Ciencia Magica, que sabes con eminencia, que discurras librarte con encantos de la fuerza de las Leyes: el unico camino de evitar las penas, y castigo, que ellas decretan, es, escoger una de dos cosas, ò sacrificar à los Dioses, ò bolver al genero de vida, que antes tenias.

Replicòle Eudocia: Ningun alabado Juez, empezando à conocer de una causa, la dexa sin concluìr, como con hastio de ella, y se passa à otras, que son diferentes; porque de esso necessariamente se ha de seguir confusion de la verdad, y desorden en la rectitud, y modo de juzgar. Dexemos, pues, aparte esta intempestivissima calumnia, y ficcion del hurto hecho al Fisco, de que has hecho mencion à lo ultimo, como de cosa que no hace aora al caso: insistamos en lo primero que propusiste, que es, sin duda, el punto unico, y principal de esta causa; lo de venerar à tus Dioses, ò bolverme al primer genero de vida: tratèmos de esto solo, y no te canses en hacerme otros cargos, obligandome à decirte varias vezes, que no son aproposito: si procedes, como dices, en fee de lo

que

que te han dicho essos hombres, tan graves, y personages de primera autoridad, que no nombras, con ellos cumples, si como yo te pido, me juzgas, tratando solo de lo principal, y dexando lo impertinente, y fingido; porque essos mismos sugetos, tan autorizados, no han tenido otro motivo para conmoverte contra mì, sino el disgusto de verme Christiana, y recogida, y el aborrecimiento, que tienen à mi Religion, penitencia, y retiro.

Siendo este el punto en que este lance estriva, respondo de una vez, y digo, que yo no he de bolver à la perdicion, y vicios de que salì, por especial beneficio de mi Dios, ni he de ofrecer incienso à vuestros Dioses, que son maleficos Demonios: Aunque me dès mil tormentos, no has de contrastar este proposito; porque yo no puedo dexar el verdadero Dios, à quien, por gran dicha, y gracia suya conocì, ni faltar à la Fè, que le dì, de ser siempre suya.

Conociendo de estas palabras Diogenes la inmutable constancia de la Santa Martyr, dexò de ponerse cõ ella mas à razones, y determinò vencerla con amenazas. Compuso el rostro con se-

severidad fingida, y mandò entrarla dentro, como à ser despojada de sus ropas, para mandarla azotar luego. Asieron de ella los Ministros violentamente, y Eudocia, dando un afectuoso suspiro, mirò al Cielo, è hizo oracion de esta suerte: Señor Jesu Christo, cuyo inmaculado, y Venerando Nombre traygo cõmigo, segura prenda del amparo, que de tì espero, cierra las boças de estos acusadores, que intentan turbarme, con delitos supuestos, y oprimirme con mentiras, y calumnias. Esto solo es lo que siento de ellos; que en lo tocante à que te adoro, y amo, esse culto, y amor es mi unica gloria, y no quiero la vida, sino para credito de esta obligacion, y de mi fineza.

Retirada la Santa adentro, acudiò Diogenes, y haciendo señas, sin que Eudocia lo viera, à los Verdugos, de que suspendiessen la execucion, porque aùn no avia hecho el animo, mas que à amedrentarla, la hablò con afabilidad, y la dixo: Por los Maximos Dioses te juro, Eudocia, y te ofrezco, que como retrocedas algo de esta pertinacia, aunque sea poco, te favorecerèmos luego todos, y cuydarèmos de tu asistencia, y regalo, con el mayor cariño, y

desvelo; pero si prosigues en essa locura, no te podrèmos escusar de las atrocissimas penas, à que te condenan las quebrantadas Leyes.

Yo huì de la muerte, creyendo en Christo, (respondiò la Santa) y no puedo bolver à precipitarme en la muerte, huyendo de la vida; y assi, no tardes en resolver conmigo lo que mas te pareciere; porque yo soy Esclava de mi Señor Jesu Christo, y muero por èl gustosa. Entonces Diogenes, fingiendo fiereza en el semblante, dixo alterado, como pronunciando la ultima sentencia: Coxan los azotes de hierro, y varas quatro Verdugos, y herid, con todo rigor, à esta pertinàz muger, hasta tanto que despedazada su pièl, y rotas sus costillas, se vean por las heridas sus entrañas. Dicho esto, con grande ira, aun no se llegò à la execucion; antes bien mandò à todos por señas, que se apartassen, y dexassen sola à Eudocia, para vèr lo que deliberaba hacer, puesta en tanto terror, y expectacion inminente de tan cruèl suplicio.

Despues de dos horas que la dexaron sola, bolviò Diogenes à tentar su constancia, y la hablò assi: Hasta quando has de mantener lo-

cas

camente essa indomita constancia; no queriendo sacrificar à los Dioses, à quien tanto debes, por essa singular hermosura, de que te adornaron? Sin duda las tres Diosas del Ida dexaron yà la contienda, conviniendose en hacer de si una copia, celeste cifra de las perfecciones de todas tres, à quien se diesse, sin disputa, la Manzana de oro: Esta eres tù, y te armas, ingrata, contra las Deydades, que en formarte se esmeraron? En furor pica esse desagradecimiento. Ea, pues, bellissima Eudocia, buelve en tì, y rinde culto à los Dioses en sus Aras, que yo te ofrezco, si tal hazes, de premiar tu obediencia con los mayores privilegios, y honras, que à muger se pueden conceder en todo el Romano Imperio, y darte tantas riquezas, que no eches menos las que antes tuviste.

Segun la templanza de este Juez, bien se colige, que andaban de por medio los antiguos y nobilissimos amadores de Eudocia, que tendrian muy empeñado al Prefecto, en que la procurasse reducir, sin llegar à maltratarla. y el Demonio tambien le inspiraba agrado, y lastima con la Santa Martyr, deseoso de bolverla al mundo, y ensanchar su Imperio, con el esfuer-

zo;

zo, yà experimentado, de aquella celeberrima hermosura, que podia perder à muchos, y à sì con ellos: este era el intento de el mundo, y de el Abysmo; pero estaba yà el corazon de Eudocia tan guardado, que qual si fuera en pedernal duro, torcian las puntas las malignas flechas, cayendo à sus pies quebradas.

A la artificiosa persuasion del Prefecto, respondiò assi Santa Eudocia: Si tu juzgàras recta, y justamente, dexàras de persuadirme lo que notoriamente se encamina à perderme; y antes bien bolvieras tù en tu acuerdo, conociendo la clemencia del Sumo Dios, y Señor, que està mirando el injusto modo, con que procedes, y hà rato que te sufre, afectando en tu Tribunal severidad, y justicia, quando solo intentas la injusticia, y sinrazon. Què cosa es persuadir un Ministro, tan sèrio, y tan grave, desbaratadas costumbres à los humanos, debiendo contenerlos en los limites de lo justo, y de lo honesto? Si tus Dioses lo fueran, yà te huvieran fulminado, ô allà en sus fabulosas Juntas hicieran burla de tì; pero como tales Deydades no presiden al Orbe, ni las ay, libre estàs de su risa, y de su enojo; mas no de la ira del Dios

Dios verdadero, que yà provocas demasiadamente: tèn respeto à su grandeza, y yo te asseguro gran fruto; porque assi conseguiràs el perdon de tus procederes injustos, y desreglados, por los quales mereces inmortales castigos: estaste haciendo sordo al clamor interno de tu corazon, y conciencia, que te reprehende allà en secreto, y te pronuncia reo de muerte eterna: cerrando los oìdos à sus vozes, y los ojos à sus luzes, persistes contumàz en tus perniciosissimos consejos, y quieres voluntariamente acabar de despeñarte, por aver empezado yà à caer? Conseguiraslo, que el Cielo, si piadoso avisa, al fin se venga, y yà te espera el fuego, que no se apaga, donde seràs abrasado vivo, con suplicio, y dolor imponderable.

Considera (ò Prefecto!) la diferencia de tus consejos à los mios, y unas promessas, y otras: tù me persuades dissolucion, y torpeza: yo à tì razon, y justicia: tù me ofreces riquezas, y honras en este siglo: yo à tì en el Reyno eterno seguridad, y gloria: tù me amenazas con muerte temporal, y penas, que duran poco; y yo à tì con muerte eterna, y castigo sin termino, deseando compassiva librarte de tal des-

gra-

gracia : veaſe aora quien debe mas à quien ; y qual de los dos procede mas juſtamente: hagamos Juez à qualquier entendimiẽto, bien puesto, y deſapaſsionado, y verás como ſale condenada tu injuſticia, y glorioſa mi razon. Ceſſa, pues, en tu intento, que porfiar en el error, es afrenta de el hombre; y ſi tù haces capricho de perderte, yo tengo tan bien empleada el alma, que quiero, y debo guardarla, para ſacrificarla eternamente en las aras de mi Dios, à quien ſirvo, y adoro. Convencido Diogenes, y por eſſo irritado, mandò colgar à Eudocia, luego al punto, de un alto madero, por los ombros, y los brazos.

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO XVI.

La Sagrada Eucharistia, convertida en fuego, abrasa à los Ministros, y al Prefecto, y Santa Eudocia los resucita.

ACudieron los Ministros à las vozes ayradas de el Prefecto, y para executar lo que les mandaba, empezaron à toda priessa à desnudar à la Santa Martyr, de la cintura arriba, en que acaeciò uno de los mas singulares, y maravillosos sucessos, que se leen en las vidas, è Historias de los Santos.

Diximos yà, como al prender à Santa Eudocia en su Monasterio una noche, corriò à la Iglesia, y con impulso superior, abriò el Sagrario, y se echò en el pecho una Forma consagrada, ò Particula, del preciosissimo Cuerpo de Christo, como azezillo de Myrra llevaba à su

su Divino Esposo en el seno, y como sello sobre el corazon, assi por no apartarse de èl, como por aplicar al corazon, y al pecho el necessario aliento de su amor, y gracia, y la virtud de aquel pan de Angeles, que confirma el corazon del hombre, y hace esforzados, y fuertes.

Aora, al desnudar à Eudocia, para atormentarla, cayò en tierra el Venerabilisimo Sacramento: sucesso, que à la Santa huvo de dexar muda, al improviso dolor, de vèr à su Dios en el suelo, sin tener voz para advertir à los Ministros, el respeto con que debian tratarle. Ellos que lo avian visto, y no sabian lo que aquello era, llevaron la Forma, ò Particula al Prefecto. Estendiò Diogenes la mano para recibirla, y verla, y de repente la Divina, y Celeste Prenda se encendiò, y convirtiò en fuego: y dilatando presto en gyros sus llamas, abrasò à los Ministros, y al Prefecto le quemò el ombro izquierdo.

Furioso con el dolor, se arrojò en tierra: No fuè accion de respeto, que para esse, no bastaba estàr un hombre postrado delàte de su Dios caìdo: fuè efecto del gran tormento, que

sentia, con el atacto de el Divino Incendio: con el qual clamaba Diogenes, y decia: Señor Sol, líbrame de esta pena, que yo te ofrezco entregar luego à las llamas à esta Hechicera, dando con esso satisfaccion à tus luzes, de el delito de tolerarla à tu vista tanto tiempo. Estando el insensato Juez pronunciando tales locuras, la viva llama del fogoso Sacramento, que andaba haciendo grande estrago en los Verdugos, Alguaciles, y Ministros inferiores, se hizo un globo, mas dilatado de ardores, y disparandose qual rayo impetuoso contra el necio, y pertinàz Diogenes, rodeò todo su cuerpo, y en un momento le quitò la vida, quedando su cadaver tostado, dando terror à quantos lo miraron. Corriò luego la fama del assombroso, y tragico sucesso, y se llenò de consternacion toda Heliopolis, con la impensada desgracia de su Governador.

Mientras Christo Sacramentado, ardiente Leon de Judà, castigaba à los Tyranos, y defendia à su Esposa, mandò à un Angel, que la asistiesse, y sirviesse cuydadoso. Baxò bolando el Ciudadano Celeste, vestido de blanco, que es el color preciado en el Empyreo; y llegando

se à Eudocia, como quien la hablaba al oido, la consolaba, y fortalecia; y al mismo tiempo cubriò con un blanquissimo velo su pecho, y ombros desnudos. Viò este prodigio un Soldado, de los que se avian hallado presentes, y persuadido de la verdad de la Religion Christiana, se llegò à la Bienaventurada Eudocia, y la dixo: Yo creo en tu Dios, recibeme, pues eres su Sierva; benignamente, y admiteme, pesaroso de mis antiguos errores. La gracia de una buena conversion (le respondiò la Santa) vendrà, hijo, sobre tì, y segun veo, aora empiezas à vivir; como nuevamente engendrado, y nacido: Si quieres ser salvo, pòn gran cuydado en apartarte de el todo de la incredulidad, en que hasta aora has estado.

El venturoso Soldado, que debia de ser hombre honrado, y muy afecto al Governador, que era su Xefe, passò à rogar con grandes veras, à la Santa que tuviesse piedad del difunto Prefecto, y le alcanzasse de Dios, como podia facilmente, el bolver à la vida, de que se seguiria, sin duda, el creer muchos en Dios verdadero, resucitando, por la Fè de Christo, à la feliz, y nueva vida de la gracia; y hecha esta

Suplica, desatò à Santa Eudocia del madero, ò patibulo, en que la avian puesto, y atado.

Entonces la Santa, hincando en tierra las rodillas, hizo Oracion largo tiempo: y levantandose despues, clamò, con grande voz, y dixo: Señor Jesu Christo, que conoces lo oculto de los humanos pechos, que con sola una palabra fabricaste, y estendiste la hermosura de el Cielo, y criaste todas las cosas con sabiduria, manda, te suplico, pues basta solo tu querer, y voluntad, que buelvan à vivir todos estos, que quedaron abrasados de el fuego milagroso que embiaste, para que muchos, ò confirmados en tu Fè, y Religion, que yà conocen, ò excitados à abrazarla, y recibirla, glorifiquen tu Santissimo Nombre, por los siglos de los siglos. Acabada esta oracion, se encaminò la glorioſissima Eudocia, sirviendola de brazero el Soldado convertido, al lugar donde yazian los abrasados cadaveres; y cogiendolos por la mano uno à uno, decia: *En nombre del Señor Jesu Christo, que resucitó de los muertos, cobra la vida*; y al punto se levantaban, resucitando assi todos, sanos, y buenos, con mucha quietud, y facilidad, como quien despierta de un sueño.

Uno

Vno de ellos fue el Prefecto Diogenes, de el qual no se dice, que diesse por entonces las gracias à la Santa, ni la hablasse en nada: tan atonito saliò de las manos de la muerte, que no tuvo aliento mas que para considerar, pasmado, admirado, y mudo, el poder de Dios, y de su Sierva Eudocia.

Mientras toda Heliopolis veìa, y admiraba tan singulares portentos, y tocaba con sus ojos cosas tan raras, y maravillosas, llamò la atencion de todos à otra parte un subito lamento. En el lugar donde estaba el Tribunal, y Silla de el Prefecto, avia quedado assistiendo de Oficio un Conde, llamado Diodoro, que era el Cabo inmediato de los Soldados, que tenian los Romanos de guarnicion en Heliopolis. Estando aora todos suspensos en los prodigios, que obraba Dios por su Santa, llegò azeleradamente un triste Nuncio, noticiando al Conde, como su muger, por nombre Firmina, acababa de espirar, con un repentino accidente, en un baño. Tocò el sentimiento de tan impensada desgracia à lo mas de la Ciudad, assi por estàr en ella muy bien quisto el Conde Diodoro, como por estàr enlazado en parentesco con las

las nobiliſsimas Familias de Heliopolis; ò por sì, ò por ſu muger, y aſsi fueron muchos los que hiriò la triſte nueva. El mayor dolor era el de el Conde; el qual, en tan grave pena, raſgò la clamyde, ò ropa, que veſtia, y con grandes ſollozos, y llantos, corriò al lugar donde le decian que ſu muger avia muerto. Fuè en ſu ſeguimiento el Governador Diogenes, por no faltar en aquel lance à un hombre tan ſeñalado como el Conde; y llegando ambos al baño, hallaron, que verdaderamente avia muerto Pirmina.

Viſto el ſuceſſo, dexò el Prefecto alli al Conde, diſponiendo dàr ſepultura al cadaver; y bolviendo azelerado al Pretorio, de donde avia venido, y adonde eſtaba Santa Eudocia, la hablò en eſta forma: Verdaderamente creo, que tu Dios es ſuperior, y mucho mas poderoſo, que los nueſtros; pero ſi eſta fee mia, poca, y tibia, que aora empieza, merece de tì el que la aumentes, y fortalezcas: vèn conmigo, te ſuplico, à ſocorrer à eſta Señora, que acaba de morir: ſi la reſtituyes à la vida, no avrà en mì la menor tardanza de creer en tu Dios, firmiſsima, y conſtantemente. Reſpondiòle la San-

Santa: No solo por ti hará en esso mi Señor Jesu-Christo lo que fuere su voluntad, que siempre lo es, favorecer benigno à los que le invocan, y le llaman; sino tambien por otros, à quien su misericordia ha alumbrado, y desean entrar en su Reyno; y assi vamos luego à poner por obra, mediante Dios, lo que dices.

Iban los dos juntos, el Prefecto, y Eudocia, siguiendolos gran multitud de gente. Encontraron en el camino con los que llevaban à enterrar el cuerpo de Firmina, compuesto en un lecho, ò Feretro. Dixo entonces al Prefecto la milagrosissima Eudocia, que hiciera estàr la gente quieta, y la detuviera, y sossegàra por medio de la Cohorte, ò Compañia de los Soldados de su guarda, y poner el Feretro en tierra, para llegarse à èl, y rogar à Christo por la difunta. Hizose todo assi, con la mayor presteza; y entonces hincò las rodillas Santa Eudocia, y pegado su rostro con la tierra, hizo larga oracion, vertiendo tiernas lagrimas. Levantòse despues, y con aquella acostumbrada confianza en el poder, y bondad de Dios, cogiò de la mano à la difunta, y con voz clara, y grande, poniendo los ojos en el Cielo, bolviò à orar, de

de eſta ſuerte : Dios grande , y eterno , Chriſto mio , que eres Verbo de el Padre , y Señor de la vida , y de la muerte, por quien los vivos alientan , y los muertos reſucitan , dignate, para convencer à los preſentes , de tu alto sèr, poderìo , y Mageſtad , de hacer eſte gran milagro , de dàr vida à Firmina , y conceder à ella , y todos eſpiritu de penitencia , para que ſe conviertan à tì , que eres viviente , y eterno Dios.

En diciendo eſtas palabras en clara voz, Santa Eudocia , ſaltò de el Feretro Firmina. La turba de la gente,que haſta alli avia eſtado en un profundo ſilencio , y callada ſuſpenſion , exclamò gozoſa , diciendo todos à una voz : Grande es el Dios de Eudocia : verdadero de el todo , y juſto : haznos ſalvos , Eudocia , à todos por tu Dios : en èl creemos firmemente , y ſin duda. Aſsi clamaba la gran multitud de gente ; pero entre todos , el Conde Diodoro , gozoſo ſumamente de vèr buelta à la vida à ſu nobiliſsima eſpoſa Firmina , ſe echò à los pies de la Santa Martyr Eudocia , diciendola : Ruegote , Sierva de Chriſto , que me hagas Chriſtiano : aora conozco , con toda verdad , y certeza , qual,

y quàn grande es el Dios à quien ſirves. Toda Heliopolis ſe llenò de admiracion, y alegria, y al Nombre de Chriſto ſe daba honor, y gloria. Inſtruìdos en la Fè, fuè bautizado Diodoro, ſu muger, y toda ſu Familia, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Eſpiritu Santo; y de la miſma ſuerte el Prefecto Diogenes, que perſeverò toda ſu vida conſtante en la Fè de Chriſto, y deſcansò dichoſamente en paz.

***

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO XVII.

Dà vida Santa Eudocia à un muchacho, à quien matò un Dragòn, y à este la muerte.

YA no havia en Heliopolis quien perseguiesse à la invencible Eudocia. Todo lo havia rendido su constancia, y la virtud milagrosa con que el Cielo la asistia: Presa havia venido, intentando muchos contrastar, no solo su Fè, sino la pureza de sus costumbres, en que se avia igualado à las Virgenes, con su fervorosa, y continuada penitencia: Su ardiente llanto avia sacado todas las manchas, y señales de sus passadas culpas, tan de el todo, que si el mundo la viera el alma, la desconociera, creyendo, que era otra de la que avia sido, y muy diferente de aquella Eudocia, que en su ayre con-

tagioso se llenò de lepra, y en sus inmundas cavi lles de polvo, y lodo. Sabialo Dios, y sus Angeles, que la atendian gozosos, haciendo gran fiesta el Cielo por esta pecadora, que havia hecho tan cabal penitencia, y purificadose tanto, que mas parecia Angel, que humana criatura.

Vestida de blanco, seguia Eudocia al Cordero por donde iba; y qual nevada azucena, florecia en el ameno campo de la gracia. Persuadiòse el demonio, y creyò el mundo, que podia bolver los ojos à sus frondosas selvas, en cuyo enmarañado labyrinto, un tiempo se perdiò; pero viendola sorda, la dieron vozes, y echaron al encuentro sus engaños, pensando detenerla, y hacerla tropezar en ellos, quando huìa. No lo configuieron, porque no se echa bien la red delante de los ojos de los que buelan. Frustrò Eudocia su assechanza: rindiò su ira, siendo à sus pies trofeos las persecuciones, y los peligros.

Frustrà autem iacitur Rete ante oculos pennatorum. Prov. 1.

No bolviò la Santa à su Monasterio: quedòse en Heliopolis; porque queria Dios, que alli donde la avian conocido anzuelo de la culpa, la vies-

sen

sen milagro de su gracia; y Eudocia tuvo por obligacion regar con doloroso llanto aquellas calles, que avia passeado profana, y discurrido escandalosa. El Conde Diodoro, obligado, y agradecido, la hizo grandes instancias, combidandola con su casa, y Eudocia admitiò el hospedage, comunicandolo antes, como se debe creer, con el Santo Obispo Theodoto, que viendo lo mucho que conducia à la honra, y gloria de Dios, aprobaria su quedada, y presencia en aquella Ciudad populosa, que tenia tan conmovida, y admirada con sus virtudes, y milagros. Predicaba Santa Eudocia, como otra Samaritana, à sus Paysanos, la Ley de Dios, à todos los que querian oirla, que eran muchos, è hizo admirable fruto, resarciendole à Dios, con conversiones, las ruinas, que ocasionò otro tiempo, y enjugando à la Iglesia las lagrimas, que vertiò en otro tiempo, por su causa: mudanzas son estas de la Diestra del excelso, que qual otro Machabeo, con la espada, que quitò de las manos de Apolonio, conseguia glorioſisimos triunfos, y celebradas victorias.

La vista sola, y las palabras de Eudocia,

eran

eran baſtantes, para que los Heliopolitanos rindieſſen guſtoſos la cervìz al ſuave yugo del Evangelio, y los milagros que avian viſto; pero no ſe abreviò la mano del Señor con ſu Sierva, y aſsi ſe repitieron las maravillas. La ſiguiente tiene eſpeciales circunſtancias de admiracion, y ſingularidad.

En una caſa, vecina à la de el iluſtre Diodoro, donde habitaba Santa Eudocia, eſtando un muchacho dormido, à medio dia, en un Huerto, à la ſombra de algun arbol, un venenoſo Dragon, con ſu dañado aliento, le quitò la vida. Era eſte muchacho hijo unico de ſu madre, que conſolaba con èl ſu viudèz, y deſamparo. Sabiendo el caſo la piadoſiſsima Eudocia, dixo al Conde Diodoro, que ſe vinieſſe con ella, à vèr otro Myſterio de la bondad, y miſericordia de nueſtro Dios, y Señor. Obedeciòla Diodoro luego al punto; y llegando à la vecina caſa de la afligida viuda, y viendo al muchacho muerto, y en gran manera hinchado, con el concebido veneno de la perniciosa ſierpe, dixo Santa Eudocia al Conde: Aora conviene, que uſes de la Fè que tienes, ſi es que la tienes perfecta, y firme: Qual ſea la

que

que tienes con Dios, lo manifeſtarà aora una experiencia: haz oracion: levanta tu corazon al Cielo, y reſucita eſſe muerto.

Turbado Diodoro, la reſpondiò: Señora mia, y Sierva de Chriſto, yo ſoy Neophyto, y poco hà venido à la Fè Chriſtiana; y aſsi no puedo aùn todavia clavar en Dios los ojos de mi corazon inmobilmente, como ſe requiere, para obrar eſſe portento: Yo tengo confianza cierta en mi Dios, dixo la Santa, y ſin la menor duda, de que oye preſto los ruegos de los que lloran ſus pecados, quando le piden lo que es bueno, y juſto: invoca, pues, con toda tu alma, al Señor, poderoſo en virtud, y veràs como viene à noſotros ſu miſericordia.

Executado Diodoro del precepto de Santa Eudocia, no ſe atreviò à reſiſtir mas: inclinò la cervìz, y arrodillado en tierra, hiriendo ſu pecho, empezò con muchas lagrimas à rogar à Dios, diciendo en voz alta, que todos los circunſtantes oyeron eſtas palabras: Señor Dios, que por tu voluntad te dignaſte de llamarme à tu Fè, y gloria, aunque pecador, è incrèdulo, que diſpuſiſte con benigna providencia, y por admirables caminos, vinieſſe à no-

osotros esta Venerable Sierva tuya, para que
omasse à su cuydado las almas de los que pe-
ecian, por arte de el mal demonio: Reci-
e, te suplico, esta oracion de un hombre
ecador, è indigno; y conociendo mi in-
nutable Fè contigo, manda que resucite, y
obre vida este muchacho, herido de un Dra-
on fiero, y se levante à glorificarte, y à ado-
arte, mientras viviere, para que assi èl, co-
no todos, alaben su Santissimo Nombre en los
iglos de los siglos. Aviendo hecho oracion en
ste modo, le dixo Diodoro al muerto: En el
ombre de Jesu-Christo, crucificado por Pon-
io Pilato, levantate Zenon. Levantòse al
unto vivo, sano, y limpio, de la corrupcion,
materia, que corria por su cuerpo, causada
le el pestilente anhelito, y tòsigo de el Dra-
òn. Vista, y divulgada tan rara maravilla,
odos engrandecian al Dios de el Cielo, y de
a tierra, creyendo en èl. No parò aqui el
rodigio.

Estando la multitud de gente, que avia
oncurrido à este milagro, para retirarse yà, è
rse à sus casas, les dixo à todos la glorioßissi-
ra Eudocia: Hermanos, esperad un poco,
aùn ha de ser mas glorificado nuestro

Salvador Jeſu-Chriſto. Obedecieronla todos; y ſuſpirando afectuoſamente, orò la Santa en eſta forma: Señor, y Dios mio, que habitas luz inacceſsible, y deſde ella cuydas de todos, ſegun tu beneplaçito: Tù, que vès los intimos penſamientos de cada uno de noſotros, y nunca rehuſas oìr à los que con verdad te buſcan, oyeme à mì, aunque criatura vil, y manda, que eſte enemigo, y alevoſo Dragon, aborrecible juſtamente à tus Siervos, venga aqui à recibir la pena, y caſtigo de ſu traycion, y à viſta de todos ſe deſpedaze, y muera, para que los que te ſirven, concibiendo de eſte beneficio cierta eſperanza en ti, glorifiquen tu Santiſsimo Nombre en los ſiglos de los ſiglos.

Coſa Aſſombroſa! Apenas avia acabado de decir Santa Eudocia eſtas palabras, quando la fiera ſierpe ſe dexò vèr, huyendo ligeriſsima de una hoguera de fuego, que la ſeguia por las eſpaldas. Apartòſe quanto pudo la medroſa gente; y hecha enmedio una plaza, entrò en ella el terrible Dragon, y alli, cercado del fuego, que le ſeguia, daba horroroſos ſilvos, ſirviendo un rato de entretenimiento à los preſentes, que lo miraban ſin rieſgo, aunque con ſuſ-

ſuſto, haſta que quebrantadas ſus duras eſcamas, de la fuerza del incendio, doblò la azul cervìz, y duras creſtas, y vomitando todo el veneno de ſus rotas entrañas, quedò en las llamas muerto, ſirviendo à la horrible fiera de enſangrentada arena la ceniza. Viſto tan gran prodigio, la numeroſa gente corriò à buſcar al Obiſpo de Heliopolis. y todos, con ſus mugeres, è hijos, fueron bautizados en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Eſpiritu Santo.

*** *** *** *** ***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPITULO XVIII.

Santa Eudocia es degollada, por mandado de el Preſidente Vicencio.

DEſpues de algun tiempo murió el Prefecto Diogenes, y vino en ſu lugar otro, llamado Vicencio, hombre fiero, y enemigo de los Chriſtianos. Eſte, oyendo las coſas tan grandes, que ſe decian de Eudocia por toda Fenicia, los milagros que obraba, y quan firme Columna es del Chriſtianiſmo, reſolviò proceder con ella de hecho, y ſin formalidades de juicio, que podian dexarle deſayrado, como à otros, y mas deſpreciados à ſus falſos Dioſes. Embiò executivamente Soldados, que la cortaſſen la cabeza; y Dios, que queria premiar yà ſu conſtancia, y ſu amor, no quiſo poner eſtorvos, como otras vezes, à los Tyranos, ſino dexar à eſta blanca Paloma levantar de una vez

el

el buelo de los valles de este mundo; y estender las puras alas àzia el Empyreo. Consumò gloriosamente su carrera Santa Eudocia con el Martyrio, y fuè degollada el dia primero de Marzo, siendo Governador de Heliopolis Vicencio, è imperando en nosotros Jesu Christo Señor nuestro; à quien con el Padre, y el Espiritu Santo sea dada gloria, y potestad, aora, y siempre, en los siglos de los siglos. Amen.

Recibe, Glorioſiſsima Eudocia (como al acabar de escrivir su Vida, decia à Santa Fabiola San Geronymo) este corto obsequio, de quien, admirando en tì la ternura de el Altiſsimo, ha copiado, con tosca pluma, tus virtudes, para que resplandezcan sus misericordias. En la Sangre del Cordero blanqueaste tu Estola, y aora le sigues por los Prados Celestiales, entre el Sagrado Coro de Virgenes, que vestidas de blanco, le acompañan à qualquier parte que và. Lo que hizo en ellas una cuydadoſiſsima, y nunca ajada pureza, obrò en tì una fervoroſiſsima penitencia: Entre las Azu-

Sequuntur Agnũ quocumque ierit. Apoc. 14.

zenas de el Empyreo florezes, como una de ellas, y ninguna con pie mas limpio, piſa el nevado campo, y huella el ſuelo de oro. Deſde eſtos profundos valles, llenos de polvo, y humo, no alcanzan à verte nueſtros ojos, pero percibimos, yà que no tu luz tu fragrancia. A quien no moverà tu exemplo, y tu admirable vida? Aqui ay muchos peligros, donde perdernos; aì muchas manſiones, donde aſſegurarnos: Sea tu interceſsion la que nos encamine, para que deſde eſte mar tempeſtuoſo tomèmos puerto en las inmortales Playas, y y alabèmos à Dios eternamente, en tu compañia.

Platea Civitatis Aurũ mundum. Apoc. 16.

Ioann. 14.

Hacen mencion de Santa Eudocia muchos Autores, Griegos, y Latinos, y es cèlebre ſu memoria. En los Faſtos de los Griegos, que ellos llaman Menæos, ſe lee un Diſtico, que dice:

Eudocia, Samaritana,
No agua te ofrece Chriſto,
Sino ſangre de la garganta.

Y alli tiene Santa Eudocia el elogio siguiente, digno de ser atendido, por mostrarse en èl la elegancia exquisita de los Griegos. Dice assi, hablando con la Santa: Lo primero, con el exercicio cuydadoso de tu espiritu, te adornaste, y domaste con la templanza la lascivia de la carne: Despues, en dura pelèa, disipaste los ardides de el enemigo, y alcanzaste de èl victoria (ò Eudocia!) por Dios venturosissima. Por esso Jesus, amador de los hombres, y Salvador de nuestras almas, ciñò à tus sienes Corona de dos luchas.

En los sulcos de tu corazon (ò divinamente inspirada!) recibiste la Divina Semilla, como Campo fertilissimo, y germinaste la espiga cienduplicada del Martyrio, y la encerraste en los racionales graneros, con la virtud, y esfuerzo de aquel celeste Espiritu, (ò celeberrima Eudocia!) que te tranformò, y con mejor alteracion te convirtiò en otra de la que eras, con su gracia.

Resucitaste los muertos con tu vivifico Imperio (ò celeberrima Eudocia!) Despues (ò Sapientissima!) que diste muerte en ti misma à las passiones del cuerpo, con los trabajos de la templanza, y penitencia; pero aora habitas los

Cielos; aviendo tenido glorioſo fin con los Martyres, y terminado felizmente la batallada carrera, con el auxilio de el Divino Eſpiritu: Ai ruegas à Dios por todos los que con Fè te alaban.

Deſpreciadas (ò Santa Martyr!) todas las delicias de eſta vida, aunque muchas, y cogiendo brioſa la cruz en tus delicados ombros, mereciſte, que Chriſto ſe vinieſſe contigo en ſanto deſpoſorio; pero al miſmo tiempo que te ſublimaba, pueſta à ſus pies con lagrimas, gimiendo, le decias: No me arrojes de tì, por impura, pues eſtàs, Señor, acoſtumbrado à limpiar à los pròdigos, perdidos en ſus vicios: No deſprecies eſtas lagrimas, que vierte mi corazon, herido de el conocimiento de mis graviſsimas culpas, antes me recibe con el agrado, que aquella que ofrecia à tus pies precioſiſsimos unguentos. Oyga yo tambien de tus labios aquellas dulzes vozes: *Tu Fè te ha hecho ſalva: vete en paz.* A mas ſe eſtiende el elogio de Santa Eudocia en los Faſtos Griegos; pero eſto baſte, para que ſe reconozca quan cèlebre era, y es entre ellos ſu nombre.

En el Menologio Griego, cuyo Autor ſe dice

ſer

ſer el Emperador Baſilio Porphyrogenito, que imperò en Conſtantinopla deſde el año de 969. haſta el de 1025. tiene eſta Santa Martyr otro ſingular Elogio, ò Epitome de ſu vida, que es el que ſe ſigue:

La Santa Martyr de Chriſto Eudocia, originaria de la Ciudad de Samaria, viviò imperando Trajano: Viviò al principio luxurioſamente, y con ſu elegante forma arraſtrò muchos amantes, de los quales cogiò inmenſas riquezas; pero oyendo à un Monge, llamado Germano, hablar de la penitencia, compungida de animo, y impelida deſpues de una viſion que tuvo, buſcò al Obiſpo Theodoto; y recibiò de èl el Bautiſmo. La viſion fue de eſta ſuerte: Miraba à un Angel, que de la mano la llevaba al Cielo, y otros Angeles al encuentro, que la daban parabienes: viò tambien à eſſe tiempo al feo, y cruèl demonio, que bramaba, y decia haceerſele grande injuria en ſer Eudocia Chriſtiana. Por eſto ella diſtribuyò à los pobres ſus riquezas, y abrazò la vida Monaſtica; pero denunciado calumnioſamente por ſus amantes ante el Rey Aureliano, y traida à ſu Tribunal, le induxo à creer en Chriſto, aviendo

con

con su oracion resucitandole à un hijo muerto. Libre entonces, y absuelta, despues fue otra vez presa, y degollada por un Presidente de aquella Provincia.

Assi epitomò la pluma de este Cesar la vida, y hazañas de Santa Eudocia, que en los grandes Fastos de los mismos Griegos tiene otro elogio semejante à este, y dilatado.

El primero que puso esta Santa en los Fastos Latinos, parece aver sido el Doctor Molano en el Auctuario à Usuardo, dia primero de Marzo. Despues Galesinio, que en sus Notas cita el Menologio, y Horologio de los Griegos; y ultimamente fue puesta en el Martyrologio Romano, con estas palabras: *En Heliopolis, Santa Eudocia Martyr; la qual, en la persecucion de Trajano, bautizada por Theodoto Obispo, y prevenida para el certamen, herida con espada, por mandado de Vicencio, Prefecto, recibió la Corona de el Martyrio.* Habla de Santa Eudocia el Cardenal Baronio en las Notas, y cita al Menologio Griego; y Artuto la trae en su Sacro Gyneceo, ò Conclave de Virgenes, y Mugeres Santas. Christoval Patricio, Griego, y Proconsul de Mithilene, dice en su Menologio:

Sea

Sea Eudocia honrada con Hymnos.

Es celebrada tambien de Maximo, Obiſpo de Cytherea, en las Vidas, que eſcriviò en Griego de los Santos; y de Antonio Arcudio, en ſu Authologio. Y finalmente, el Padre Franciſco Laberio, de la Compañia de Jeſus, aora en nueſtros tiempos, puſo à eſta inſigne Santa en el Magno Menologio de Virgenes, que ſacò en ſu Idioma Francès.

***

LAUS DEO.

TABLA

TABLA
DE LOS
CAPITULOS
DE
ESTE LIBRO.

CAP. 1. Juventud, y vida perdida de Eudocia, pag. 1.
Cap. 2. Coloquio de Eudocia con Germano, Monge, pag. 10.
Cap. 3. Prosigue el Coloquio de Eudocia con Germano, pag. 23.
Cap. 4. Trata Eudocia con el Presbytero de su Conversion, pag. 32.
Cap. 5. Segundo Coloquio de el B. Germano con Eudocia, pag. 48.
Cap. 6. Eudocia, perseverando siete dias en si-

silencio; y oracion; tiene una Vision maravillosa, pag. 59.
Cap. 7. Ultima Confirmacion de Eudocia en el Decreto de su conversion: y ausencia de Germano, pag. 69.
Cap. 8. Bautismo de Eudocia; y memorial que diò al Obispo Theodoto, pag. 77.
Cap. 9. Renuncia Eudocia todas sus riquezas, y entra en un Monasterio, donde en breve fuè Prelada, pag. 89.
Cap. 10. Convierte milagrosamente Eudocia à un Joven perdido; y aviendole muerto, le resucita, pag. 99.
Cap. 11. Prosigue la materia de el Capitulo passado, pag. 111.
Cap. 12. Maravillosa Conversion de el Règulo Aureliano, y de toda su Familia, pag. 121.
Cap. 13. Prosigue la materia de el Capitulo passado, pag. 132.
Cap. 14. Confiessa Santa Eudocia la Fè delante del Presidente Diogenes, y es atormentada, pag. 140.
Cap. 15. Prosigue la misma materia, p. 152.
Cap. 16. La Sagrada Eucharistìa, convertida en fuego, abrasa à los Ministros, y al Prefecto, y Santa Eudocia los resucita, pag. 162.

Cap.

Cap. 17. Dà vida Santa Eudocia à un muchacho, à quien matò un Dragòn, y à este la muerte, pag. 172.
Cap. 18. Santa Eudocia es degollada, por mandado del Presidente Vicencio, pag. 180.

FIN.

Plieg. * 14.

Donde este se ha impresso, se hallarà mucha variedad de Libros exquisitos en Castellano.

CON LICENCIA: En Madrid: A costa de Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad: Se hallarà en su Imprenta, y Librerìa, Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste.

MISC 21
6743852
MISC